COLECCIÓN LABOR

BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

La Naturaleza de todos los países. La Cultura de todos los pueblos. La Ciencia de todas las épocas

PLAN GENERAL

Sección I
Ciencias filosóficas

Sección II
Educación

Sección III
Ciencias literarias

Sección IV
Artes plásticas

Sección V
Música

Sección VI
Ciencias históricas

Sección VII
Geografía

Sección VIII
Ciencias jurídicas

Sección IX
Política

Sección X
Economía

Sección XI
Ciencias exactas, físicas y químicas

Sección XII
Ciencias naturales

Sección XIII
Religión

INDIA

COLECCIÓN LABOR

SECCIÓN VII

GEOGRAFÍA

N.º 77

BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

STEN KONOW

INDIA

Traducción directa del alemán

por

CARLOS DE SALAS

TERCERA EDICIÓN REVISADA

EDITORIAL LABOR, S. A.

BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO

Con 38 figuras en el texto, 12 láminas y 2 mapas en color

Primera edición: 1926
Segunda edición: 1930
Reimpresión: 1935
Tercera edición revisada: 1946

PRINTED IN SPAIN

TALLERES GRÁFICOS IBERO-AMERICANOS, S. A.: PROVENZA, 86. BARCELONA

ÍNDICE

Págs.

Los grabados de las láminas I a V, VII a X, XI_1, y de las figuras 1, 4 a 6, 11, 15 a 19, 21 a 23, 29 a 30, han sido suministrados por el *UNDERWOOD PRESS SERVICE*, de Londres.

I. El país

La India. Este nombre, así aisladamente pronunciado, sirve para designar la India británica, el gran Imperio del Asia meridional, regido desde el año 1858 por la Corona inglesa. Tal nombre no es de origen índico, sino que proviene de la palabra persa *Sindhu*, con la cual se expresa en este idioma el *río* y en especial el río Indo. De ella los griegos hicieron *Indos*, y del nombre griego nació la denominación usual de India.

La India británica no constituye una entidad geográfica claramente definida. En ella están incluídas Birmania y las islas Andamán y Nicobar por el E., y Aden, Perim y Socotora por el O. En cambio, Ceilán y la península de Malaca están excluídas.

La India, propiamente dicha, es un triángulo irregular al cual sirven de marco: por el N., las montañas más formidables del Globo; por el O., el mar o golfo Arábigo, y por el E., el golfo de Bengala. En el N. se extiende el país hasta los 37° de latitud, es decir, hasta próximamente la altura de la Sicilia meridional, mientras el vértice S., llamado cabo Comorín, dista tan sólo 8° del Ecuador. De E. a O. comprende unos 40° de longitud, correspondientes a una diferencia de $2^3/_4$ horas. Su superficie es de 4 940 583 kilómetros cuadrados y su población de 325 millones de habitantes.

Sus fronteras con el resto del Asia están de tal modo definidas, que bien puede considerarse la India como un apéndice del macizo continental asiático, como una pequeña parte del mundo desglosada de esa otra parte — la mayor de todas — que es el Asia. A lo largo de la frontera N. se desarrolla la más espléndida, la más

gigantesca cordillera de la Tierra, el Himalaya (fig. 1), «el reino de las nieves», en una longitud de 2550 km. y con una anchura media de más de 200, aumentada

Fig. 1. Perspectiva de las estribaciones del Himalaya, desde las proximidades del Simla

además por las cadenas montañosas paralelas, situadas más al N. En ella comienzan las nieves eternas entre 4500 y 5500 m. sobre el nivel del mar, llegando sus cumbres más elevadas hasta alturas prodigiosas, muy cer-

canas a los 9000 m. Los pasos entre sus dos vertientes son pocos, peligrosos y están situados a gran altura: Sikkim al E., Almara en el centro y los valles del Sutlej al O. son los más caracterizados. El más bajo de todos es el desfiladero de Dras, en Cachemira, a 3443 m. de altura, utilizable casi todo el año. Las aguas fluviales atraviesan en dos puntos la ciclópea barrera del Himalaya por el Indo en el O., por el Brahmaputra en el E.; en tanto, de la cordillera principal se destacan hacia el S. poderosos contrafuertes que completan el aislamiento del país. En el NO., allí donde el Hindu Kush y el Karakorum constituyen el límite de la zona montañosa del otro lado del Indo, allí donde la aérea cumbre del Nanga Parbat se yergue a 8120 m. de altura a modo de colosal torre terminal de la cordillera indiana, es donde comienza toda una serie de cordilleras que se prolongan hasta el mar: el Safed Koh, los montes Suliman, etc. Allí es precisamente donde se encuentran las más antiguas e importantes vías comerciales entre la India y los países vecinos: el valle del Kabul, el paso de Khaiber, los valles del Kuram, del Tochi, del Gomal y el paso de Boan, próximo a Quetta, todos los cuales conducen al Afganistán, y finalmente, los pasos de Kalat, orientados hacia el Beluchistán. Algo parecido ocurre en la región oriental, en los parajes donde el Brahmaputra rompe, por así decirlo, la masa montañosa. A partir de la larga cortadura fluvial arrancan hacia el S. varias estribaciones que separan Bengala oriental de Birmania y de Assam y que se prolongan después a lo largo de Indochina. También aquí encontramos desde muy antiguo cierta facilidad de comunicaciones, y, en consecuencia, cierta actividad comercial con el mundo exterior. Este interés mercantil no ha desaparecido hoy día, antes al contrario, la técnica de los transportes no tardará en estudiar el modo de vencer las dificultades que presenta el establecimiento de un tráfico ferroviario intensivo con los distritos vecinos de China, tan ricos y prósperos.

Si pudiésemos examinar el conjunto de la India a vista de pájaro podríamos diferenciar en su inmensa superficie tres partes bien distintas, a saber: el Himalaya,

la llanura septentrional y la península meridional. Estas tres partes, geográficamente tan distintas, pertenecen

Fig. 2. Mapa geológico de la India

además a edades geológicas muy diferentes (fig. 2). De las tres, la más antigua es, con mucho, la parte meridional.

En el período paleozoico estaba todavía separada del resto de Asia por un mar cuyas aguas cubrían el Afganistán y el Beluchistán, la llanura índica y las montañas himaláyicas del NO. Por otra parte, parece probable que en los períodos geológicos más remotos la India estuviese ligada al África del Sur y a Australia. Entonces no pertenecía a la misma parte del mundo que hoy. Hacia el fin de la formación cretácea fué teatro de espantosas convulsiones volcánicas. La lava y los sedimentos volcánicos cubrieron medio millón de kilómetros cuadrados, y la península meridonal recibió su actual forma, en que la cordillera litoral del O. puede considerarse como el resto de la divisoria correspondiente al antiguo Continente sumergido. En el N. se produjo un levantamiento: enormes masas de piedra caliza marina, de la época numulítica, surgieron sobre las aguas hasta 6000 m. de altura y formaron la más poderosa cordillera de la Tierra, mientras grandes extensiones del Continente primitivo desaparecían bajo el mar. La gran depresión entre los terrenos antiguos de la India del S. y las montañas recién formadas se fué llenando con los depósitos de aluvión acarreados por los ríos originarios del Himalaya.

Desde el punto de vista económico, el Himalaya es la parte menos importante de la India. La agricultura representa allí un papel secundario. No obstante, las laderas meridionales están bastante cultivadas y toda aquella vertiente está dividida en terrazas sucesivas. Los grandes bosques tienen más importancia que las plantaciones agrícolas; en el O. ocupan, de preferencia, la vertiente septentrional, mientras que en el E. la vertiente meridional también está cubierta por ellos. En el Terai — terrenos pantanosos inmediatos a la montaña — encontramos típicas yunglas, con sus espesas florestas de árboles gigantescos, altas hierbas, cañas y gruesos bambúes, entre los que la luz solar no puede abrirse camino. Hasta los 900 m. de altura sobre el nivel del mar florecen las plantas tropicales: higueras, helechos arborescentes, magnolias, shorea *(Shorea arbusta)*, orquídeas, etc. A mayores alturas aparecen los robles, laureles, arces, abedules alisos y abetos, y aun más elevados, los bellísimos rodo-

dendros con sus magníficas flores color púrpura. El árbol característico de los distritos montañosos es el deodar *(Cedrus deodara)*, también llamado *árbol divino*, o cedro del Himalaya. Por todas partes una naturaleza pródiga despliega el soberbio manto de sus magníficas floraciones. ¡Quien haya vivido, por ejemplo, en Cachemira, difícilmente podrá olvidar los umbrosos plátanos *(Platanus orientalis)*, los ubérrimos árboles frutales y las inmensas alamedas! Allá en lo alto, en el «valle de la felicidad», prospera hasta la vid, siendo así que en el resto de la India el clima apenas se presta a su cultivo. En cuanto a metales preciosos, el Himalaya no parece ser muy rico, y lo mismo podemos decir del reino animal, cuyos limitados ejemplares: cabras, rebecos, osos, gatos de distintas especies, etc., no ofrecen interés más que para el cazador.

La parte más rica y más importante de la India es, sin duda, la llanura septentrional. Allí ha sido, además, donde se han desarrollado los principales episodios de la historia índica. Durante siglos y siglos, los conquistadores se han sucedido unos a otros en la invasión de aquellas feracísimas llanuras; nuevos Imperios y nuevos Estados han ido ocupando el lugar de los anteriormente derrumbados, pero siempre la India ha sido tierra de promisión para todos, madre dadivosa y espléndida, pronta a repartir sus copiosos dones entre los nuevos hijos venidos de tierras extrañas. Poco a poco, todos ellos se han amoldado al espíritu del país; han adaptado sus modalidades exóticas a las de la nueva patria de adopción; han cedido a la influencia avasalladora del nuevo ambiente; en fin, se han convertido en verdaderos indios. Las relaciones con el mundo exterior eran tan difíciles que los nuevos invasores no tardaban en perder todo lazo espiritual con sus anteriores compatriotas.

La llanura tiene una extensión de 800 000 km.^{2} y una anchura de 150-500 km. Muy lentamente su altura aumenta a partir de los dos mares; el punto más bajo de la divisoria está solamente a 280 m. sobre el nivel del mar, aproximadamente a unos 1700 km. de la desembocadura del Ganges y a unos 1400 de la del Indo. La pendiente de los ríos es, según esto, de un metro por cada

seis kilómetros, pero no es uniforme, sino que disminuye lentamente hacia la costa. Ante los ojos del viajero el paisaje se despliega siempre igual, con interminables plantaciones y labrantíos. Al O. del Ganges, durante la estación seca, todo adquiere un tinte grisáceo, el suelo se cubre de espesa capa de polvo y los árboles pierden todas sus hojas. Ya en el Punjab da el paisaje la sensación de un desierto, y en el valle del Indo y en la Rajputana el carácter desértico se acentúa todavía más. En esas regiones los bosques propiamente dichos no existen, y sí tan sólo pequeños grupos de árboles al pie de los montes o a la orilla de los ríos. Por el contrario, cuanto más nos trasladamos hacia el E., tanto más verde es el colorido del paisaje. Las aldeas se ocultan a las miradas, bajo los deliciosos bosquecillos de mangos. A la sombra del hermoso pipal *(Ficus religiosa)* se congregan los aldeanos para realizar sus ofrendas y cambiar impresiones sobre la carestía de la vida y el estado del tiempo; palmeras y otros árboles ofrecen su agradable sombra, sobre todo el bor o baniano *(Ficus indica)*, con sus múltiples raíces aéreas, que al hincarse en el suelo pueden hacer nacer todo un bosque, como, por ejemplo, el famoso baniano del Jardín botánico de Calcuta, que cubre con su bóveda de ramaje más de 1500 troncos y ocupa la extensión de una aldea (lám. III).

La gran llanura índica se ha formado de los sedimentos aluviales, predominando el limo, rico en mica y cal. De la profundidad de estos depósitos nada se sabe. En Calcuta se han efectuado sondeos hasta una profundidad de 146 m. sin haber encontrado su fondo, y lo mismo ha ocurrido en Lakhnau, donde se ha llegado con el mismo resultado negativo hasta 300 m. bajo el nivel del mar. Fuera del delta del Ganges existe una depresión que llega hasta los 550 m. bajo el nivel del mar y se ha supuesto que esta profundidad es precisamente la correspondiente a los depósitos citados.

Los ríos que depositaron esos aluviones proceden casi todos del Himalaya, algunos de su vertiente septentrional, la mayoría de su vertiente meridional. Próximo al ángulo NO. del Estado de Nepal, en las cercanías del

monte Kailasa, brotan las fuentes de tres grandes ríos índicos (fig. 3). Uno de ellos es el Tsangpo, cuya primitiva

Fig. 3. Mapa fluvial de la India

dirección es hacia el E., hasta que al llegar a los 94° tuerce al S. y bajo el nombre de Dibang irrumpe en la India

británica. Únese al Dibang procedente del N. y al Luhit, que aporta las aguas de las comarcas adyacentes de China. Unidas las tres corrientes forman el Brahmaputra. Su lecho, cuya dirección, a consecuencia de los limos depositados, cambia con frecuencia, cruza Assam con rumbo a O., hasta que al llegar a los 90° tuerce hacia el S. acabando por unirse definitivamente, bajo el nombre de Jamuna, con el brazo oriental del Ganges. Es navegable para los vapores en una longitud de 1350 km. a partir de Dibrugarh. En la misma comarca nace el Indo. Éste corre al principio en dirección NO. hasta que logra abrirse un camino entre fragosas gargantas a través de la cordillera del Himalaya. Pronto cambia su primitiva dirección por la del SO. y une sus aguas con las de otros ríos procedentes de las ásperas regiones del S. del Hindu Kush y más tarde, al llegar a Atak, con las del río Kabul. En tal momento la pendiente del Indo se suaviza, sus aguas corren mansamente a lo largo de inmensas llanuras arenosas, muy a menudo de verdaderos desiertos. Su caudal en este trayecto disminuye mucho y no recibe por la parte occidental más afluentes importantes que el Kuram y el Gomal, los cuales nacen en las vecinas montañas que por aquel lado limitan su cuenca. Finalmente, vierte sus aguas en el golfo Arábigo formando el gran delta de Karachi. A consecuencia de las grandes cantidades de limo acarreadas por la corriente, el lecho del río se levanta, provocándose con frecuencia peligrosas inundaciones. No lejos de las fuentes de los dos ríos anteriores se encuentran las de otro, también importante: las del Sutlej, cuya primitiva dirección es asimismo la del NO.; después atraviesa el Himalaya por entre rocas de colosal altura, haciéndose su curso cada vez más torrencial, hasta Rampur, donde su lecho desciende rápidamente a una altura de 900 m. Más suavemente sigue descendiendo, y en Bilaspur su altura queda ya reducida a 300 m. Después de un curso de 1500 km. une sus aguas a las del Indus.

Entre las dos últimas corrientes citadas se desarrolla todo un sistema fluvial que transmite al Indo gran parte de la riqueza acuosa acumulada por las precipitaciones

de la ladera meridional del Himalaya. Mencionemos el Jehlam — el Hidaspes de los antiguos —, que forma el bellísimo valle de Cachemira, toma después rumbo hacia el SO., alcanza, tras de un curso muy pendiente con pro-

FIG. 4. Puente de cuerdas, sistema usado frecuentemente por los habitantes del valle de Cachemira

fusión de gargantas y rodeos, la llanura, y vierte sus aguas en el Indus, no sin haberse unido antes con el Chenab y el Ravi, procedentes del NE. Mencionemos también el Bias, el último río del Punjab, que afluye al Sutlej después de 450 km. de recorrido. El Punjab es más fértil en su parte oriental que en la occidental, donde

predominan las estepas. Los ríos de esta región se aprovechan cada vez más para la construcción de canales y de toda clase de obras de irrigación, lo que produce un aumento constante de la riqueza agrícola.

En la parte oriental de la llanura indiana septentrional el río más importante es el Ganges, en el cual se funden, en definitiva, todos los demás que descienden de la ladera meridional del Himalaya oriental. Nace en el centro de la cordillera, en un ventisquero cuyo nombre es Gaimukhi, «boca de vaca», y se denomina en un principio Bhagirathi. En Hardvar comienza el gran sistema de irrigación que en ciertas épocas desvía del Ganges la casi totalidad de sus aguas. En Allahabad se une con el Jumna, cuyas fuentes no distan mucho de las suyas, y que antes de la unión ya ha recibido a su vez las del Chambal, procedente del centro de la India. En Allahabad existe un santuario, el Prayag, de gran fama desde tiempo inmemorial. Aun muy lejos, aguas abajo de la confluencia de los dos ríos sagrados, pueden diferenciarse sus aguas, las azules del Jumna de las amarillentas y oscuras del Ganges. El majestuoso río sigue corriendo hacia el E., a través de las Provincias Unidas, bañando los muros de la ciudad santa de Benarés, donde los indios acuden en todas las épocas del año en demanda de sus ondas salutíferas. En ellas se bañan, y de ellas beben para borrar sus pecados y curar sus enfermedades. Rebasada la ciudad de Benarés, recibe el tributo del Gogra, que, al igual del indo y del Sutlej, atraviesa la cordillera del Himalaya por el Nepal occidental. En Bihar, cerca de la ciudad imperial de Patna, se unen al Ganges el Gandak, el río del Nepal central, y el Son, procedente del NE. del centro de la India. Unos 530 km. antes de la desembocadura la pendiente se hace tan insensible que las aguas no pueden acarrear las masas de limo, y éstas se precipitan elevando el fondo del cauce. Entonces corre el Ganges por la rica provincia de Bengala, subdividiéndose en numerosos brazos, de los cuales uno de los occidentales, llamado Hugli, es navegable para grandes vapores hasta Calcuta, la antigua capital de la India. Entre el Hugli y la corriente principal del Ganges, al cual se une el Brah-

maputra inferior, se deslizan hacia el golfo de Bengala innumerables corrientes inapreciables. En estos terrenos pantanosos y fértiles la flora alcanza una magnificencia sin igual en el resto de la India. ¡Lástima que las fieras —serpientes y tigres, sobre todo — y las fiebres hagan tan peligrosa la permanencia del hombre en esos parajes!

Al S. del gran delta del Ganges-Brahmaputra, una vez traspuestas las tierras del Hugli, encontramos el delta de Mahanadi, el río del Orissa. Su fecundidad es también prodigiosa y se pone de manifiesto en inmensos arrozales y bosques de palmeras. Es aquí, en las riberas del golfo de Bengala, donde encontramos uno de los santuarios más famosos de la India, el templo de Jagannath a donde anualmente acuden cientos de miles de peregrinos.

Al SE. del Punjab las tierras esteparias del valle del Indo se continúan por la Rajputana occidental, formando el desierto de Thar, típico de la India, con sus dunas de arena de 15-30 m. de altura y el cual extiende sus inmensas soledades hasta la cadena de los Aravalli. En él falta casi por completo la vegetación. Tan sólo en la proximidad de las ciudades, entre las que cuentan Jaisalmer y Bikanir como las más importantes, adquiere el paisaje tonos algo menos áridos. Un solo río, el Luni, corre con dirección SE. hacia el Ran de Katch donde el desierto de Rajputana se une al de Sind, recorrido por el Indo en su curso inferior. Al S. y al E. de los montes Aravalli la Naturaleza parece mostrarse algo más propicia, aunque todavía las arenas siguen predominando y de vez en vez encontramos parajes de desoladora esterilidad, como, por ejemplo, los alrededores del lago salado de Shambar. Poco a poco el suelo va siendo más fértil, las zonas de grandes bosques se hacen más frecuentes y al amparo de una naturaleza aún ruda, pero también vigorosa y productiva, han nacido esas razas fuertes y guerreras que desde hace siglos son las dueñas de la Rajputana meridional.

Geológicamente la parte más antigua de la India es el Sur, el Deccán, una palabra que no significa otra cosa que meridional o Mediodía. Esta parte es el asiento de masas montañosas antiquísimas de granito, gneis y otras piedras cristalinas bajo capas de pizarra que a veces están en grandes pliegues. Aquí se encuentra la ganga de cuarzo, de la que se extrae el oro en cantidades remuneradoras. Desde el SE. de Rajputana el terreno sube lentamente hasta la divisoria de los Vindhya, una sucesión de sierras que atraviesan la India a la altura del paralelo 23 y que han constituido siempre un valladar contra las invasiones de pueblos extraños. La vertiente meridional de estos montes desciende bastante más rápidamente a buscar el lecho del Narbada, volviéndose a elevar el terreno al otro lado del río para formar nuevas sierras, como los Satpuras, los Mahadeo, etc. Traspuestos éstos y el río Tapti se llega a la India central propiamente dicha, constituída por amplias llanuras de asperón rojo, terrenos limosos en la parte de la divisoria y series de colina de cúspides llanas con profundas gargantas y muy frecuentemente cubiertas de bosques. Sus ríos pertenecen a los sistemas del Jumna o del Ganges. Al S. de los Vindhya se extienden el Deccán propiamente dicho, las Provincias Centrales y las Presidencias de Madrás y Bombay ; en conjunto una meseta con suave pendiente hacia el E., provista de valles despejados y extensas llanuras. Las Provincias Centrales del Norte están cubiertas de montañas selváticas. La magnificencia y la fecundidad de sus bosques recuerdan las yunglas del Terai. Lo mismo podemos decir de la región al E. del Godavari, cuyo contraste con las extensas tierras de labor de los Estados interiores de Hyderabad y Mysore es notable. Hermosas acacias, shoreas *(Shorea robusta)*, *(Tectona grandis)*, nopal *(Cedrela toona)*, tamarindos, bambúes y, sobre todo en el Sur, los árboles de sándalo son característicos de la meseta. Nada tan bello, en el estío, como los elevados dakes *(Butea frondosa)* y los algodoneros rojo escarlata, que tan atrayentes hacen a los ojos del viajero los panoramas del Deccán.

Tanto al E. como al O. la meseta está limitada por serranías — los montes Ghates —. Los Ghates orientales se desarrollan a lo largo de la costa de Coromandel, a unos 80 km. de ella, destacando de trecho en trecho espolones cuya altura disminuye hasta degenerar en amplias

lenguás terminales. La altura media de la cresta es de 450 m. Al pie de los montes se extiende la citada costa de Coromandel desplegando el eterno verdor de sus arrozales y, sobre las arenas del litoral, la pompa magnífica de sus espesísimos bosques de palmeras. Desgraciadamente, esta costa carece de puertos naturales, lo que obliga a los buques a anclar en pleno mar, lejos de las ciudades. La altura de los Ghates occidentales se eleva a unos 900 m. por término medio, con cumbres de 1400 y 2000 m. y hasta de 2640 en la cúspide del Dodabetta, donde se verifica la conjunción de las dos cordilleras oriental y occidental. Esta última es mucho más escarpada; vista desde la costa da la impresión de verdaderos

Fig. 5. Flores de loto, en las lagunas de Cachemira

ghats o terrenos escalonados, con sus despeñaderos, terminados aquéllos en cumbres semejantes a torreones en plataforma. Sus laderas occidentales están cubiertas de bosque. En el N. de la cordillera encontramos acceso al interior a través de puertos bastante cómodos, entre otros los de Borghat y Thalghat. Varias estribaciones se destacan hacia la llanura, y en el S., en el distrito de Malabar, continúan la cordillera los montes Nilgiri, de 2000-2400 m. de altura. Más al S. aún se presenta una profunda depresión, el Palghat, al través del cual corre un ferrocarril. Después vuelve a elevarse el terreno, la montaña se reproduce y sigue en busca de la punta extrema de la península índica. Ni el mar detiene su desarrollo, pues salvando el golfo de Manaar continúa en la isla de Ceilán. Entre el mar y la montaña se extiende una faja de terrenos muy feraces, donde se dan principalmente las distintas variedades de palmeras; lleva en el S. el nombre de costa de Malabar, en el N. el de costa de Konkau y posee varios puertos y factorías, de la época de las primeras colonizaciones europeas.

De los ríos del S. de la India sólo dos desembocan en el golfo Arábigo, y ambos muy al N., en el golfo de Cambay, por encima de Bombay. El Narbada, el más septentrional, corre durante su curso superior en un lecho encajonado, con profusión de cascadas y rápidos, entre los montes Vindhya y los Satpuras. Más tarde aumenta la anchura de su lecho, la corriente se hace más pausada y los últimos 100 km. pueden ser navegables durante la marea alta. En su desembocadura está asentada Broach, uno de los puertos más antiguos de la India. Al S. del Satpura corren las aguas del Tapti, que vierten en el mar no lejos de la ciudad de Surat. Más al S., no se encuentra río alguno digno de mención que corra hacia el O. Los Ghates occidentales forman como la divisoria, del mismo modo que la formaban ya en los tiempos prehistóricos, cuando el S. de la India formaba parte de otro Continente. Con frecuencia ocurre que los ríos siguen en un principio la dirección O. para luego cambiar de rumbo e ir, finalmente, a morir al golfo de Bengala atravesando los Ghates orientales. En su curso inferior sus aguas

sufren muchas captaciones o desvíos artificiales para fines agrícolas o industriales.

Entre estos ríos del S. de la India los más importantes son los siguientes: el Godavari, cuyas fuentes se hallan próximas a la ciudad de Nasik; en el transcurso de sus 1400 km. recibe el tributo de numerosos afluentes que poco a poco acrecen su caudal hasta convertirlo en un soberbio río al cual los indios atribuyen carácter sagrado. Antes de alcanzar la llanura, atraviesa una garganta grandiosa donde se estrecha su cauce; el Kistna, rápido y encajonado en su curso superior, despejado en las llanuras en su curso inferior; y el Kaveri, el río principal de Mysore, cuya fuerza se utiliza mucho en estos últimos tiempos para la obtención de energía eléctrica.

Ya hemos indicado que la naturaleza de este país no es uniforme, sino que presenta, muy al contrario, la mayor diversidad. Esto ocurre en su suelo y esto debe ocurrir también en su flora y en su fauna. Especialmente aquélla ofrece una variedad como es imposible encontrarla en cualquier otro país de la misma extensión, y por ello sería imposible dar en pocas páginas una imagen, ni siquiera superficial, de su riqueza infinita. Contentémonos con las breves indicaciones ya señaladas. En lo referente al mundo animal, las mismas razones nos vedan toda descripción minuciosa y extensa, debiendo limitarnos a las particularidades más notables.

Todo el que haya residido en la India recordará siempre los grandes monos, los langures o hanumanes (semnopitecos). Por todas partes se les ve y en todas partes son objeto del trato más considerado, hasta convertirlos en animales sagrados. Para justificar esta veneración refiere la leyenda que Hanumán, el príncipe de los monos, ayudó a Rama, el héroe fabuloso, a rescatar a su amada esposa Sita cuando le fué arrebatada por Ravana, señor de los espíritus malignos. En realidad se trata de un culto antiquísimo practicado por los aborígenes.

En las tradiciones el león desempeña también un gran papel como rey de los animales. Este animal carnicero estaba en otros tiempos seguramente mucho más extendido que hoy día, pues puede decirse ha desaparecido de la India, a excepción de la península de Kathiavar en

cuyas soledades pedregosas aún se encuentran ejemplares. Mucho más abundante es ahora el tigre, sobre todo en las faldas del Himalaya, en el delta del Ganges y en las yunglas de la meseta central. Vive comúnmente de la caza de animales silvestres, pero cuando llega a viejo y le falta la celeridad indispensable para perseguir a éstos suele sustituirlos por el hombre, en quien encuentra una presa mucho más fácil; entonces se convierte en un peligrosísimo devorador de hombres. Se sabe de tigres que devoraron más de cien en el transcurso de un solo año y por temor a ellos se abandonaron aldeas enteras. Por otra parte, el tigre es una pieza muy buscada por los monteros, quienes lo cazan a lomos de elefantes, al acecho desde los árboles o a pie firme como en la India central. Gracias a las continuas batidas, el número de tigres parece disminuir algo; así y todo, cada año perecen entre las garras de estos terribles felinos varios centenares de personas. Las panteras y leopardos también atacan a veces al hombre, aunque por regla general son más temibles para los animales domésticos. Existe una especie de leopardo, el chita, fácil de adiestrar y muy útil por su gran celeridad como auxiliar de caza.

Como piezas de caza son muy apreciadas las distintas clases de hienas, osos — entre ellos el oso lavador (mapache o proción lotor) — y lobos. Muy interesantes también los perros rojos utilizados en jaurías y con los cuales, según se dice, es posible incluso perseguir y matar tigres. Otra alimaña característica de aquellos países es el chacal, tan voraz que no rechaza ningún alimento por repugnante que sea. Por este motivo se le abandona la limpieza de las calles de muchas aldeas y hasta de algunas ciudades. Sus aullidos lastimeros resuenan en el silencio de la noche como los gritos de un niño aterrorizado. En la fauna indiana el chacal goza de cierto prestigio; en las fábulas es el consejero del león, como en Europa la zorra lo es del oso o del lobo; las aves de rapiña como el buitre y la corneja, respetan su prioridad cuando de devorar una carroña se trata.

Entre los animales de la India no debemos olvidar al elefante, aun cuando propiamente en estado salvaje sólo

se encuentra en las vertientes inferiores del Himalaya y en las comarcas montañosas del S., desde Mysore hasta el cabo de Comorín. La caza del elefante es monopolio del Gobierno y se lleva a cabo, habitualmente, ahuyentando a una manada en la dirección de una empalizada cons-

FIG. 6. El elefante empleado como animal de tiro. Carruaje del Maharaja de Rewah

truída de antemano y en la que se deja una abertura para que penetren los paquidermos. Para su domesticación sirven otros elefantes ya domados. Se emplean para el transporte de maderas y otras muchas cargas, y también como cabalgadura y animal de tiro en los suntuosos cortejos de los príncipes (fig. 6). Son muy abundantes los asnos salvajes u onagros, los rinocerontes, tanto en la India como en Birmania; en cuanto a bóvidos salvajes

existen nada menos que cinco especies diferentes. De ellas, el yack se encuentra únicamente en las regiones de Cachemira que pertenecen al Tibet, mientras el búfalo, por el contrario, habita en Bengala, Assam y Orissa, y el bisonte, en las montañas de todo el país. El búfalo es domesticable y la leche de sus hembras es, en general,

FIG. 7. Encantadores de serpientes, en Bombay

superior a la de las vacas comunes. Los machos, por su parte, son muy empleados como bestias de carga. El cebú o buey índico se diferencia del ganado vacuno europeo por su joroba característica.

Animales montaraces de la familia de los ciervos, venados, corzos o cabras existen en gran profusión. Particularmente ciertos géneros, como el sambar y el antílope, están extraordinariamente extendidos. No ocurre lo mismo con el nilgo, de piel azul oscura, al cual los indios consideran como animal sagrado, y que no obstante ser también muy abundante, es más característico de regio-

nes determinadas, como la región de Gujarat, por ejemplo. Otro animal, muy apreciado por los cazadores, es el jabalí *(Sus cristatus)*, al cual persiguen a caballo y lanza en ristre.

Las aves están representadas por un gran número de especies entre las que figuran la mayoría de las conocidas en Europa: grullas y cisnes, gansos y patos en número infinito pululan por todas partes, así como otras clases — mainas *(Gracula religiosa)* y papagayos — que los indios encierran en jaulas para venderlos.

No olvidemos, en fin, las serpientes, de las cuales cada comarca tiene sus especies. Muchas de ellas son venenosas. De esta condición existen nada menos que 27 especies acuáticas. Una de las más comunes y peligrosas es la llamada serpiente de anteojos, de 1 m. de longitud. Una subclase de la de anteojos mide 4 m. y junto a ella podremos citar especies tan peligrosas como la serpiente cobra, de 1 m., la víbora de Russell *(Vipera Russelli)*, etc. Los indios se dedican a «encantar» o domesticar estas serpientes venenosas (fig. 7) y gustan extraordinariamente de las luchas entre ellas y sus enemigos mortales, las mangostas, luchas que se celebran en público y son muy concurridas.

II. El clima

La gran barrera montañosa que por el N. separa a la India del resto del mundo antiguo, es la causa de las grandes diferencias climatológicas entre este país y los restantes del Asia. Las corrientes de aire inferiores del Continente asiático no alcanzan a la India, la cual se encuentra en cierto modo aislada de ellas. Existe una circunstancia que ejerce una influencia notable en su clima, a saber, que su suelo está durante una parte del año a más temperatura y durante otra parte a menos que los mares circundantes. De ello se deriva una alternancia entre períodos de altas presiones y períodos de bajas presiones sobre el Continente, como consecuencia de lo cual durante las primeras se forman terrales secos y durante las segundas vientos de mar húmedos. Estos vientos periódicos se llaman monzones, del árabe, *mausim* (estación del año), palabra adoptada por los portugueses bajo la forma de *monçao*. Existen dos monzones bien distintos: desde mediados de diciembre a fin de mayo el monzón del NE. con vientos de tierra, secos, y desde junio hasta mediados de diciembre el monzón del SO. que sopla del mar, cargado de humedad. En este período caen sobre la India el 90 % del total de lluvias del año.

En el monzón del NE. se distinguen un período frío y otro caliente. El período frío se manifiesta hacia el final de diciembre en toda la India, siendo en el Punjab donde primero hace su aparición. La atmósfera se torna clara y transparente, el tiempo hermoso y la diferencia de temperatura del día a la noche es muy sensible. El movimiento del aire se verifica en el N. de la India con dirección E., pero al pasar a Bengala va derivando cada vez más al SE., luego al S., y, finalmente, en el golfo de Bengala, hacia

el SO. y O., movimiento que se continúa en este sentido a través de las provincias meridionales, es decir, en sentido contrario que en el N. En la zona intermedia reinan vientos variables y de poca intensidad.

Durante este período considerado, las corrientes aéreas superiores retroceden hacia el N. como una continuación del movimiento ascendente de aire húmedo generado en el Ecuador. Por otra parte, se originan tempestades que se propagan con rumbo a E., a través de la Persia y de la India, produciendo en las altas montañas copiosas precipitaciones. La llanura septentrional y el centro de la India reciben también una parte de esas precipitaciones. En Rajputana, India central y Provincias Centrales se forman tempestades locales de granizo y lluvia. En el S. los vientos del E. acarrean densos nubarrones y en las comarcas litorales cae a veces la lluvia a continuación de los tempestuosos ciclones del N.

Desde marzo en adelante la temperatura se eleva. Mientras en enero es de 10° en Ravalpindi, 12,7° en Lahore y 25° en Trichinopoli, pasa a ser en marzo de 17,5°, 20,9° y 29,7°, respectivamente; en mayo, de 28,7°, 31,8° y 32,4°, y en junio, de 31,7°, 34,1° y 31,4°, representando estos números temperaturas medias. A medida que la temperatura se eleva, las presiones van siendo cada vez más débiles; en cambio, en el golfo de Bengala y en el golfo Arábigo, los vientos, sin abandonar la dirección NE., van perdiendo su intensidad. Como resultado de ello, en las ardientes comarcas del interior se forman centros de depresión cuya extensión crece poco a poco y adonde son atraídos los húmedos aires del mar. Fuertes vientos barren de arriba abajo los valles de los ríos. Como consecuencia de las diferencias de temperatura entre los días y las noches y lo variable del grado de humedad se forman huracanes de arena en el Sind y en Rajputana, en el Punjab y en la llanura del Ganges; huracanes que se transforman en tempestades en Bengala, Assam, Birmania, Deccán y en la costa occidental. Cuando estas poderosas corrientes de aire llegan a la montaña, su propio impulso las obliga a elevarse y originan accidentalmente formidables tornados.

Poco a poco el aire de las costas se hace más húmedo y el del interior más seco, el monzón del SO. comienza a desarrollarse y al fin se extiende, desde junio a septiembre, por toda la India. El calentamiento creciente del suelo y la elevación de temperatura del ambiente traen consigo un cambio lento de los centros de presión; los vientos del SO., procedentes del otro lado del Ecuador, no encuentran ya bastante resistencia a sus ímpetus y acaban por irrumpir a través de la zona ecuatorial sobre el golfo Arábigo y el golfo de Bengala. De aquí violentas tempestades que en las comarcas costeras de Bengala y Orissa provocan verdaderos turbiones de agua. La masa principal del monzón se extiende a Birmania y Tenasserim y llega a alcanzar el valle del Irawadi. El resultado es un período de lluvias abundantes sobre toda Birmania. En tanto, una fracción choca contra los montes Arrakan, que la rechazan hacia el O. y continúa corriéndose hacia el N. y el NO. acabando por subdividirse en dos corrientes. Una de ellas recorre el valle de Assam y al tropezar con la elevada barrera del Himalaya origina las lluvias más copiosas que se registran sobre el Globo. Así, en Cherrapunji la altura media de la precipitación anual es, por término medio, de 12 090 mm., llegando en años excepcionales a rebasar con mucho esta cifra, como ocurrió en 1861 en que alcanzó la pavorosa de 22 987 mm. La otra corriente la rechaza el Himalaya hacia el O. y se resuelve en lluvias a lo largo de toda la cordillera alcanzando su influencia hasta Cachemira.

El golfo Arábigo es también asiento de violentas tempestades de carácter ciclónico muy peligrosas para el tráfico marino. Estas corrientes, originadas asimismo por el monzón del SO., comienzan siguiendo la costa hasta próximamente la altura de Bombay; a partir de aquí derivan al E. La masa principal del monzón se estrella contra las costas occidentales donde producen abundantes lluvias. Pero las alturas de los Ghates no son suficientes para detener el impulso de las corrientes aéreas; éstas, al contrario, rebasan la divisoria, no sin haberse descargado antes de toda su humedad en las cumbres, y continúan su curso a través de la península indiana

acabando por unirse a las corrientes del golfo de Bengala. De la masa principal se desglosan antes de Bombay otras corrientes menos importantes, las cuales salvan a su vez el obstáculo de la costa mediante el tributo de copiosas lluvias y se extienden después a través de los desiertos de arena; luego encuentran los montes Aravalli, que las desvían hacia el N. y el NE. y, finalmente, llegan al Punjab oriental, donde encuentran los vientos procedentes del golfo de Bengala. Ambas corrientes se funden y dan como resultante otra dirigida al O. Tales son los vientos que llevan sus precipitaciones sobre el Punjab y la Rajputana orientales y el Himalaya occidental. La parte meridional de la gran llanura índica yace, pues, entre ambas corrientes desglosadas del monzón del golfo Arábigo; su régimen de vientos es variable, abundando en violentas tempestades y aguaceros.

Es natural y lógico que el monzón no aparezca simultáneamente en todas las comarcas de este inmenso territorio. En años normales comienza en la costa de Malabar el 3 de junio, en el Punjab oriental el 30 del mismo mes, etcétera. Julio y agosto son los meses lluviosos; a primeros de septiembre comienza el monzón a ceder, y a final del mismo puede darse por terminado. Sin embargo, no hay que creer que las cosas se verifican siempre de este modo; a veces el monzón continúa después de la fecha indicada; a veces, por el contrario, cesa antes. Además, no es raro que se produzcan interrupciones más o menos largas, interesando zonas más o menos extensas, sin contar con otras varias irregularidades. También la cantidad de lluvia es muy variable en las distintas comarcas, desde 70 mm. en el Sind superior a 12 000 en Assam. A veces en las zonas más secas no cae una sola gota de agua en todo el año. En todos aquellos países donde los riegos artificiales no están debidamente organizados, la aparición del monzón del SO. se espera con ansiedad indecible; de él depende la lluvia bienhechora o la sequía funesta, la mayor de las abundancias o la más espantosa de las miserias, una vida risueña o una muerte cruel.

El final de septiembre marca el tránsito del monzón húmedo al monzón seco. Dicho tránsito comienza a manifestarse en el N. de la India. Después de las últimas tormentas del verano el firmamento se despeja, la temperatura durante la noche desciende, mientras la del día sube en un principio para descender también, algo más tarde. Los vientos húmedos cesan. En el interior del golfo de Bengala el monzón, a consecuencia de la nueva distribución de las presiones, sufre una desviación, y va a depositar sus lluvias en la costa oriental desde Sarkars, al S. del Mahanadi, hasta la costa de Coromandel. A mitad de diciembre la región de las bajas presiones se aleja definitivamente del golfo de Bengala. Algo parecido ocurre en el golfo Arábigo donde el monzón en retroceso origina ocasionalmente lluvias sobre la costa de Malabar. En esta época también es frecuente se produzcan tempestades ciclónicas, sobre todo durante el mes de octubre, en el golfo de Bengala. Tales ciclones son origen de no pocos desastres; en el mar producen formidables mareas que llevan la devastación muy al interior.

Las modalidades climatológicas son, por lo que se ve, muy complicadas en este país. No solamente cambian la cantidad de lluvia y la temperatura en las distintas regiones. En una localidad puede faltar la lluvia en el transcurso de todo un año, en otra caen en un solo día 1000 mm. En invierno no es raro que el termómetro marque 3,5° en Ravalpindi, temperatura sumamente baja si se compara con los 52° registrados en verano en la ciudad de Jacobabad. Además de estos contrastes entre distintas localidades hay que contar con los producidos en una misma región, durante un mismo año. Ante todo se debe admitir siempre la posibilidad de un atraso, inclusive de una ausencia del monzón. Como ya hemos dicho, tal coyuntura significa la sequía, la esterilidad y el hambre.

III. La población

Según el último censo de población, correspondiente al año 1921, el número de habitantes de la India británica y de los Estados indios anejos es de 318 942 480, correspondiendo, por lo tanto, 68 habitantes por km.² Esta densidad de población está comprendida entre la de Francia (74 por km.²) y la de Portugal (63). En la India inglesa propiamente dicha, la densidad es mayor: es de 86, y por consecuencia supera a la de la antigua Austria-Hungría (79), pero se mantiene inferior a la de Suiza (91). En los Estados indios corresponden 39 habitantes por km.², densidad equivalente a la de España. Por lo demás, en las distintas partes del país aparecen manifiestamente las mayores desigualdades: en el Beluchistán, por ejemplo, encontramos 2 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras en el distrito de Habara (Hovrah) de Bengala existen 714. Ya sabemos que las montañas y los desiertos dominan en grandes extensiones de este inmenso país; donde tal ocurre la densidad no rebasa de 40. Por el contrario, en otras comarcas más feraces y llanas, donde se acumula una tercera parte de la población total, aquélla se eleva hasta rebasar de 200. Aun prescindiendo de las regiones no cultivadas surgen en este aspecto los contrastes más notables. Las zonas más densas son los distritos agrícolas de Bengala, parte de las provincias de Bihar y Orissa, las Provincias Unidas y los Estados de Cochin y Travancor. La más despoblada es el ya citado Beluchistán. El número de habitantes por km.² se reparte como sigue:

Ajmer-Merwara	71	Punjab..............	68 (175)
Assam	44 (295)	Provinicas Unidas. ..	165 (320)
Beluchistán.........	2	Provincias Centrales.	47 (139)
Bengala.	213 (444)	Baroda.	96 (132)
Bihar y Orissa......	137 (310)	Hyderabad	63 (116)
Birmania.	20 (199)	Cachemira.	14 (395)
Bombay............	56 (171)	Cochin..............	261 (473)
Coorg.	43 (306)	Mysore.	76 (232)
Madrás.............	112 (303)	Rajputana..........	32
Frontera del NO.....	63 (204)	Travancor.	175 (425)
		India central	47 (147)

Las cifras entre paréntesis se refieren al terreno cultivado con exclusión del que no lo está.

El factor más importante determinativo de la densidad de población no es, como en Europa, el mayor o menor desarrollo de la industria. Dos tercios de la población total viven de la agricultura, y la industria, por consiguiente, sólo desempeña un papel secundario. La densidad depende de la capacidad de producción del suelo, la cual a su vez depende esencialmente de la riqueza y distribución de las aguas. Donde esto se manifiesta con la mayor claridad es en las comarcas en que se han introducido los riegos artificiales. El distrito denominado de Lyallpur, en el Punjab, por ejemplo, antes no contaba más de 3 habitantes por km.²; en cambio, actualmente, debido a los riegos, su densidad ha llegado a 105 y tiende a aumentar. Después del factor agua influye también la configuración superficial del suelo; si es montuoso, si la pendiente del terreno facilita el curso de las aguas, la acción poco perdurable de éstas se traducirá en una disminución de la capacidad productora y, por lo tanto, en una menor densidad de población. En cuanto a la naturaleza, a la calidad misma del suelo, parece tener menos influencia; por ejemplo, tanto en el valle del Indo como en el del Ganges, el suelo está constituído por los depósitos de acarreo; sin embargo, en el valle del Ganges todo es verdor, fecundidad y abundancia, gracias a las copiosas precipitaciones, en tanto la cuenca del Indo, no participando de los beneficios de las lluvias, reviste un aspecto desolado y desértico. Aparte estos factores, existen otros factores secundarios; así, las vicisitudes y agitaciones políticas pueden acarrear una disminución de la densidad; la naturaleza pantanosa y

malsana del suelo puede, como en Assam, ejercer una influencia desfavorable. Pero estos factores son muy variables, poco considerables en general y, por lo tanto, poco dignos de tenerse en cuenta; el factor decisivo es, repetimos, el régimen de riegos.

Fig. 8. Desarrollo demográfico de las ciudades más importantes de la India

La frecuencia de las grandes urbes en una región determinada no es aquí un indicio seguro para deducir la densidad de población en esa región. En efecto, la gran masa de la población india habita en el campo, y sólo un 10,2 % reside en las ciudades. Por lo demás, aquí el concepto de ciudad se emplea en un sentido sumamente amplio, pues, en relidad, las ciudades no pasan de ser, en la India, grandes aldeas. No obstante, su población ha aumentado considerablemente, en los dos últimos decenios, debido al progreso de la industria. En su mayor parte, la forman una multitud de criados,

operarios de fábrica, empleados subalternos, etc., y esto explica el gran tanto por ciento que en ellas corresponde a los hombres. Por término medio, corresponden en las ciudades 847 mujeres por cada 1000 hombres, proporción que aún disminuye en Calcuta hasta 500 por 1000. La proporción en el total del país es de 944 mujeres por cada 1000 hombres. En el año 1921 la India poseía 33 ciudades con más de 100 000 habitantes (fig. 8). Las más importantes eran: Bombay con 1 145 914; Calcuta, sin arrabales, 908 000; Madrás con 126 941; Hydarabad, 704 187; Rangoon, 341,962; Lucknow, 240 566; Delhi, 304 420; Lahore, 271 881; Ahmedabad, 274 007; Bangalore, 237 496; Karachi, 216 883; Cawnpore, 216 436; Patna, 214 796, y Benarés, 198 477. La capital del Estado es, desde diciembre de 1911, Delhi. En los meses de verano y durante la estación de las lluvias, el Gobierno se traslada a Simla, en los montes del Punjab.

El número de viviendas se calcula en unos 65 millones. Pero tengamos en cuenta que en la India el concepto de vivienda, o casa, es muy elástico. Las clases trabajadoras no disponen con frecuencia más que de una o dos chozas de una sola pieza para toda la familia; entre las clases opulentas, por el contrario, la casa familiar comprende toda una serie de edificios donde se alojan no sólo los distintos miembros de la familia, sino también su numerosa servidumbre. Con frecuencia aquéllos permanecen en la casa aun después de haber contraído matrimonio y haber fundado a su vez otra familia. Semejante costumbre se conserva, sobre todo, entre los indios de las castas elevadas; en cambio, entre los mahometanos y las estirpes inferiores de los indios, los vínculos familiares se pierden rápidamente.

Los edificios destinados a vivienda son de muy distintas clases. Donde el clima es húmedo se suelen construir de zarzos y si el invierno lo requiere los zarzos se recubren de arcilla. En las comarcas secas, las cabañas son en general de barro. No obstante, se encuentran también muchos edificios de ladrillo, sobre todo en las ciudades. En Birmania, la mayoría de las casas son de madera.

El crecimiento anual de población es inferior al de los países germánicos y asciende, por término medio, a uno y medio por ciento. Los nacimientos son muy numerosos, unos 44 por mil, frente a los 32 por mil correspondientes a Europa. Pero un gran número de niños perecen a poco de nacer. Las comadronas suelen ser en este país muy poco expertas y en general la asistencia sanitaria durante el puerperio deja mucho que desear. Un 28 % de los nacidos mueren durante el primer año de su vida y un 8,6 % durante el segundo. Después, la mortalidad decae hasta 1,23 % entre los once y los doce años para volver a subir lentamente a 2 % entre los veinticuatro y los veinticinco, 3 % entre treinta y ocho y treinta y nueve, 4 % entre cuarenta y nueve y cincuenta, 5,78 % entre cincuenta y nueve y sesenta, etc. Las grandes hambres y las epidemias son la causa del débil crecimiento de la densidad de población. El primer factor tiende a disminuir en importancia, debido al desarrollo de las comunicaciones de todas clases que permiten el transporte de granos y de primeras materias desde las regiones favorecidas a las más necesitadas. A pesar de haber disminuído, como decimos, no ha desaparecido su peligro, tanto más cuanto que aún lo agrava su cortejo inevitable de cólera y otras plagas. Por fortuna, la disminución de población que esos azotes provocan se compensa, generalmente, por un período posterior de mayor fecundidad. Las fiebres epidémicas y la peste, independientemente de las grandes hambres, pueden ser causa de un retardo en el aumento de población; a veces y en determinadas regiones han llegado incluso a ocasionar una verdadera regresión en este sentido.

La mortalidad que la peste y las plagas similares originan es mayor entre las mujeres que entre los hombres, mientras con el hambre ocurre todo lo contrario. En general, la vida de las mujeres es menos sana que la de los hombres. Permanecen habitualmente en el interior de las viviendas en cuyos oscuros recovecos pululan a millares los mosquitos de la fiebre. En las clases inferiores están obligadas a un trabajo excesivo y agotador, y en las clases elevadas viven severamente recluídas, lo

cual las hace propensas a la tuberculosis. Por añadidura, las muchachitas jóvenes no suelen ser tan bien tratadas como sus hermanos varones, y a una edad temprana en que su constitución todavía no ha llegado a fortalecerse se las obliga a casarse y a sufrir los quebrantos de la maternidad. Muchas fallecen en la niñez. No es extraño, así, que el número de mujeres sea inferior al de hombres — de 94 a 95 mujeres por cada 100 hombres —. Semejante inferioridad se agrava por la circunstancia de ser el número de nacimientos de hembras inferior al de varones (de 930 niñas por cada 1000 niños). Claro está que en esto hay excepciones; en las comarcas montañosas de Assam, por ejemplo, las mujeres son más numerosas que los hombres. Donde su número es en proporción menor es en el NO., aumentando poco a poco hacia el E. y el S., hasta llegar a Madrás, donde alcanza su máximo valor. La preponderancia del elemento masculino se pone aún más de manifiesto en aquellas comarcas adonde llegan en busca de una ocupación transitoria grandes masas de trabajadores, los cuales dejan a sus familias en los países de que proceden.

Los cambios más importantes de esta clase son los que se realizan a modo de grandes emigraciones desde Biahr y Orissa, Madrás, las Provincias Unidas y Rajputana, preferentmente hacia Bengala, Assam y Birmania. En estas regiones, en los centros industriales de Bengala, en las plantaciones de té de Assam, y en los molinos arroceros y en los pozos de petróleo de Birmania se necesitan multitud de trabajadores, muchos más de los que la oferta local puede proporcionar; de aquí la citada inmigración. De esos inmigrantes una parte adquiere carta de naturaleza en su nueva residencia, pero la mayoría vuelven a su patria. En otras comarcas, la mano de obra indígena es suficiente: tal ocurre en Bombay, donde a pesar del gran desarrollo de la industria, la inmigración es insignificante. En Madrás se encuentran, entre las castas inferiores, infinidad de individuos a quienes nada amable, nada risueño retiene en su patria de nacimiento y a los cuales anima a emigrar un afán de liberación; la mayor parte de los trabajadores llegados a Birmania

y Cellán proceden de esa Presidencia. En esas comarcas, de donde parte cada año, y de un modo más o menos definitivo, gran número de varones, la relación entre los individuos de ambos sexos sufre constantes modificaciones, de modo que en Bihar, Orissa y Madrás, las mujeres superan en número a los hombres y algo parecido pasa en las Provincias Centrales, sobre todo entre las estirpes totemistas, así como entre los indígenas de Birmania. Donde el número de mujeres es menor es entre las castas elevadas del Indostán.

Estos movimientos, estas fluctuaciones de población, no son las únicas; allí donde los riegos artificiales abren a la agricultura nuevas comarcas explotables, los pueblos colindantes, menos favorecidos por la Naturaleza, irrumpen en masa seguidos después por otros pueblos de residencia más lejana. Tal ha sucedido en las colonias del canal de Punjab. El indio no se limita a emigrar de unas a otras regiones de su inmensa patria; cuando la necesidad le impele no vacila en aventurarse hasta las colonias francesas u holandesas a las cuales prefiere, no obstante, las otras partes del Imperio colonial inglés (Borneo, Australia, Aden, etc.). En el censo de 1921 se contaron: 461 000 indios en Ceilán, 401 000 en los Estados del Estrecho y Estados anejos, 47 000 en Natal, 37 000 en la Trinidad, 47 000 en Mauricio y 33 000 en Fiji. De ellos el 80 % procedían de Madrás y eran en su mayor parte agricultores. Su situación no es a menudo muy lisonjera que digamos, y el trato a que se les somete ha provocado muchas veces en la India agitaciones populares.

De esos emigrantes, son muchos los que después de una ausencia más o menos prolongada vuelven al fin a su patria, pues el indio no parece inclinado a abandonar definitivamente la hermosa tierra que le vió nacer. El último censo nos dice cómo el 90 % residen en la misma comarca de su nacimiento. Claro está, hemos de prescindir de ciertos movimientos de población poco esenciales, como los que origina la costumbre india de buscar esposas para sus hijos en las aldeas próximas a la suya.

IV. El matrimonio

El número de indios que no contraen matrimonio es verdaderamente insignificante. En la enorme masa de la población total pueden calcularse los varones casados en un 44 % y las hembras en igual situación en un 47 %; los viudos comprenden un 5 y un 17 %, respectivamente. Casi puede decirse que el grupo de los solteros está solamente integrado por los niños. En efecto, las tres cuartas partes de los individuos no casados cuentan menos de quince años; eso entre los hombres, porque entre las mujeres aún ocurre esto en un grado más elevado, ya que los cuatro quintos de las solteras son muchachitas de menos de diez años, y escasamente existe un 5 % cuya edad excede de los quince. En las clases elevadas el matrimonio es tan de rigor que sólo se sustraen a él los enfermos incurables o aquellos a quienes se lo impide un motivo religioso.

En este país, el hombre considera como un deber sagrado el contraer matrimonio y reproducirse. Para los padres es una ignominia, una deshonra tener en su casa hijas sin casarse al llegar a la pubertad. Semejante prejuicio es propio no sólo de los indios brahmánicos sino de todos, cualquiera que sea su religión. Según expresan los números anteriores, en la India el matrimonio se realiza a más temprana edad que en Europa. De los mozalbetes entre diez y quince años se casa un 3 %, y casi un 9 % de las niñas entre esos mismos límites de edad. Las mujeres casadas con menos de diez años ascienden a dos millones y medio. La costumbre de casar a las hijas a tan tierna edad está, sin embargo, mucho más extendida entre los hindúes propiamente dichos que

entre los adeptos de las otras religiones. En el intervalo de 10-15 años ya ascienden, entre ellos, los casados a un 44 %, mientras entre los mahometanos, animistas y budistas ese tanto por ciento se reduce a 34, 17 y 0,4, respectivamente.

Aunque parezca increíble, es lo cierto que el matrimonio hindú se celebra a veces antes de cumplir los contrayentes los cinco años. El casar a los niños no es una costumbre uniformemente extendida; en Bihar y Orissa, Baroda, India central y Hyderabad es donde tiene más arraigo. Las clases elevadas de la sociedad parecen ser las menos partidarias de estos esponsales infantiles, a excepción de India central y Hyderabad donde también los brahmanes lo practican. Sin embargo, precisamente los reformadores salidos de las altas castas han iniciado un movimiento en contra de esa costumbre; dos príncipes indios amantes del progreso, el *gaikvar* de Baroda y el maharajá de Mysore han decretado leyes limitando semejante abuso. Claro está que en tales matrimonios todo se reduce a la ceremonia nupcial. Una vez celebrada, la joven esposa vuelve a residir en la morada de sus padres y sólo al llegar a la pubertad es entregada al esposo. Entonces es cuando ambos comienzan su vida en común y fundan el nuevo hogar. Hay comarcas donde la entrega se realiza antes de que se opere la transformación de la tierna niña en mujer apta para la procreación; la esposa virgen se convierte en madre sin haber alcanzado el desarrollo físico adecuado. Se comprenderá fácilmente los perjuicios ocasionados, en consecuencia, tanto a la madre como a los hijos.

A pesar de que, como decimos, la mayoría de los indios se casan, existen muchas limitaciones e impedimentos que dificultan el matrimonio. Así, por ejemplo, es costumbre entre los hindúes no consentir la boda de los hijos menores mientras el mayor de todos permanezca soltero. La elección de la novia, sobre todo, está sujeta a minuciosos requisitos, especialmente donde reina la distinción de castas. En el primer matrimonio no se permite salir de la casta a que se pertenece. Dentro de la casta existen distintos grupos integrados por los descendientes de un antepasado común; de aquí surge una segunda restricción en virtud de la cual los pertenecientes a un grupo deben buscar esposa en otro distinto. Tales grupos exógamos no son exclusivos del brahmanismo, sino que también se observan en los adeptos a otras creencias, especialmente entre los totemistas. Cada uno de estos grupos tiene su correspondiente tótem: un animal, una planta, un árbol, etc., del que recibe su nombre y al cual están ligados todos los miembros del mismo por una relación mística. Se ha supuesto que los grupos exógamos de los hindúes provienen precisamente de tales grupos totémicos. En general, el parentesco que suele ejercer impedimento es el de la rama paterna. En el N. de la India el rigor es mayor y todo matrimonio con parientes cercanos está prohibido.

En el S. las anteriores restricciones desaparecen hasta el punto de preconizarse el matrimonio con las hijas de las hermanas del padre o de los hermanos de la madre. Pero también aquí encontramos vestigios de un estatuto matriarcal en el que el factor determinativo es el parentesco por vía materna.

Aparte estas trabas de carácter general, hay otras puramente locales: no poderse casar con las de la propia aldea, o la llamada hipergamia, muy generalizada, que permite a las hembras elegir esposo únicamente entre los varones de condición igual o superior a la suya, haciendo descender al padre, si no atiende a ese precepto, de su posición social a la correspondiente al yerno. La hipergamia se practica en Bengala, donde por su causa es muy difícil para los padres encontrar un marido conveniente para sus hijas. En ocasiones el problema es tan difícil de resolver que hay necesidad de recurrir a una poligamia legalizada convenientemente; los varones de elevada alcurnia toman entonces el mayor número de esposas posible sin que vuelvan a preocuparse de ellas lo más mínimo, una vez realizado el matrimonio colectivo. Un escritor indio refiere que en el año 1871 vivían en Bengala cuatro brahmanes cada uno de los cuales poseía 65, 56, 55 y 41 mujeres, respectivamente. Se dice, y es muy comprensible, que los cabezas de fa-

milia necesitan llevar verdaderos libros registros. Esta costumbre tiende a desaparecer, desde que la ley obliga al hombre a mantener a sus esposas.

Entre los mahometanos hay menos restricciones para la elección de esposa. Basta que la primera esposa sea de una categoría social equivalente a la del hombre, y que no estén ambos ligados por un parentesco demasiado cercano. Los budistas pueden contraer nupcias con cualquier mujer a excepción de la madre, hermanas, hijas, tías paternas o maternas y nietas. Los totemistas se casan dentro de la estirpe familiar, pero fuera del grupo totémico.

Según hemos visto, un hombre puede tener varias mujeres. El derecho brahmánico no reconoce en esto limitación; el islámico sí, limita a cuatro el número de mujeres. Pero aunque consentida, la poligamia no es la regla general; la mayoría de los indios no poseen sino una sola mujer. Los prejuicios de casta se oponen a la posesión de varias, a no ser que la esterilidad de la primera esposa o una dolencia incurable impongan al varón un nuevo matrimonio. Por lo demás, la cuestión económica, el problema de tener que mantener a la familia hace al indio retraerse ante la poligamia. ¿Cómo ha de prosperar, en fin, en un país donde el número de hombres supera al de mujeres?

En algunas comarcas encontramos un estado de cosas completamente distinto. Cada mujer posee varios esposos. En lugar de poligamia, poliandria. Tal es el caso de las tierras del Himalaya, de algunos pueblos montañeses del Punjab y de los Nilgiris, y de ciertas castas muy inferiores de la costa de Malabar. Por regla general varios hermanos se conciertan con una sola mujer, a la cual mantienen entre todos. Los hijos pertenecen al hermano mayor o la mujer elige como padre al más de su agrado.

Las costumbres a este respecto son muy variables entre el sinfín de pueblos, razas, castas y religiones distintas de este inmenso país. En unos sitios, el papel de la mujer es pasivo cuando de elegir esposo se trata; en cambio, entre las estirpes primitivas de Assam y de

la India meridional, o entre ciertas castas inferiores de Cachemira, Punjab, Provincias Unidas, Provincias Centrales y Beluchistán, la mujer soltera goza de libertad absoluta. En las tribus tibetobirmanas de Assam los adolescentes duermen en grandes dormitorios colectivos donde las muchachitas solteras tienen libre acceso para escoger marido.

En general, la moral femenina raya a gran altura entre los mahometanos y los hindúes, por lo menos a tanta como pueda estar la de la mujer europea. Hasta las tribus primitivas consideran el matrimonio como un vínculo sagrado, y si en algunas castas se consiente a la mujer entregarse también a los más próximos parientes del marido, debe mirarse esa tolerancia como una regla general.

La separación de los cónyuges, el divorcio, es menos frecuente en la India que en Europa. El matrimonio lo consideran como un sacramento teóricamente indisoluble, aunque en la práctica no lo sea, sobre todo en las castas inferiores del N. y en muchas del S. Entre los mahometanos la mujer sólo en circunstancias muy especiales puede aspirar a una separación; el marido, en cambio, puede rechazar a su esposa, repudiarla aun sin razón alguna. No obstante, hemos de decir en honor suyo que no abusa de esa facultad que las leyes le conceden. Entre los budistas de Birmania, tanto uno como otro de los cónyuges puede demandar el divorcio.

Puesto que, teóricamente, el matrimonio es indisoluble entre los hindúes, no es de extrañar la costumbre establecida, en virtud de la cual les está prohibido a las viudas volver a casarse. En los más antiguos documentos de la literatura india se hace ya referencia a la obligación que contrae la esposa de seguir a su marido después de muerto. De aquí ha nacido la execrable práctica de quemar a la viuda sobre el cadáver del marido, rito bárbaro, que si bien ha sido terminantemente prohibido por las leyes inglesas, todavía se lleva a cabo, a despecho del Gobierno, en ciertas comarcas medio sustraídas a su jurisdicción. Cuando la mujer hindú se queda viuda no puede volver a casarse; las leyes de su religión se lo

prohiben en absoluto; las castas superiores son las que con más rigor observan ese precepto. En Bengala su vulneración sólo se consiente a los individuos de la más baja extracción social. En los pocos sitios donde la viuda puede volver a casarse pasa a pertenecer, por regla general, al hermano del difunto que le sigue en edad. En cuanto a los mahometanos no prohiben a la viuda el contraer segundas nupcias. No obstante, también es muy raro entre ellos la verificación del segundo matrimonio.

La consecuencia inmediata de la repugnancia a contraer matrimonio con viudas y de la costumbre de casar a los niños lo antes posible, es que el número de aquéllas sea muy considerable. Mientras los viudos constituyen el 5 % de la población masculina, las viudas ascienden a un 17 % de la población femenina, de ellas un 28 % cuentan con menos de cuarenta años y se calcula en $^1/_3$ de millón aquellas que aún no han alcanzado los quince años. La masa más considerable proviene de los hindúes y, dentro de ellos, de las castas más elevadas. De las mujeres de la casta brahmánica, entre los veinte y los cuarenta años son viudas un 24,7 % en Bombay, 21,3 % en las Provincias Centrales, 25,7 % en el país de los telugas, 18 % entre los tamil de Madrás, 20 % en las Provincias Unidas y 25,3 % en la India central. En esta última se da el caso curioso de ser viudas un 2,3 % de las niñas de casta brahmánica, menores de cinco años. Si reflexionamos acerca de la triste situación de esas pobres mujeres, de la dureza y crueldad con que habitualmente son tratadas, comprenderemos mejor la elocuencia de los números anteriores. Muchos hindúes comprensivos han luchado ya contra el absurdo prejuicio de que las viudas no puedan volver a casarse, y la opinión general se va poco a poco inclinando en el sentido de hacerlo desaparecer.

En la India, casarse con una mujer equivale a comprarla, aunque los antiguos libros de la religión brahmánica se pronuncien contra ese mercantilismo. Las castas elevadas suelen pagar un precio por el novio, las castas inferiores por la novia. Un yerno de categoría algo elevada, se paga mucho. También es curioso observar que aquellos que poseen grados académicos conferidos por las Universidades se cotizan a muy altos precios. Tan es así, que para obtenerlos a un precio más reducido es corriente comprarlos antes de acabar sus estudios, cuando aún residen en las escuelas. Esos precios están, por lo demás, sujetos a oscilaciones muy grandes según las circunstancias. En las estirpes inferiores sucede a menudo que el novio tiene que trabajar en la casa de los suegros hasta ganar el precio exigido por la novia.

La ceremonia de la boda varía mucho de unos sitios a otros. En el Punjab el cortejo nupcial da vueltas procesionalmente en torno de una gran hoguera que simboliza el hogar; en las Provincias Unidas, en torno de la casa de la novia; en Orissa, los cónyuges unen sus manos con anillos de tallos silvestres; en muchas comarcas del E. la ceremonia se reduce a pintar la frente de la novia con cinabrio. Cuando una viuda vuelve a casarse se suprime en la boda la pompa y el ceremonial habituales.

V. Razas y castas

La población indiana presenta los más diversos matices, los más notables contrastes, como no puede por menos de suceder, dada la enorme extensión del país, su variedad física y las conmociones políticas e históricas sufridas (guerras de conquista, invasiones, colonizaciones, etc.). El mero examen superficial de los habitantes nos pone ya de manifiesto la existencia de distintas razas. De ellas, dos no pueden propiamente calificarse de razas índicas; pertenecen a las comarcas fronterizas y pueden mirarse como un resultado del reflujo de los pueblos vecinos.

En la Frontera del NO. encontramos diversas tribus arias: afganos, beluchis, y brahuis, de color claro, muy robustos, de elevada estatura, con cráneo redondo, cabellos negros y nariz larga y puntiaguda. Haremos constar que, por ejemplo, los brahuis se esfuerzan por modelar la cabeza, la nariz, la boca y los pies de los recién nacidos, según el concepto de belleza que ellos poseen. A pesar de esto no cabe duda que estamos en presencia de un tipo racial muy distinto del índico propiamente dicho.

La cabeza redondeada es un rasgo característico también de ciertos pueblos del Himalaya, de Assam y de Birmania. Pero éstos se distinguen de los anteriores en otros rasgos y pertenecen con toda seguridad a la familia mongólica. Son de estatura pequeña, piel oscura y rostro amarillento. Por añadidura tienen la nariz ancha, la cara aplastada y los ojos oblicuos. Los mejor conocidos son los tibetanos y birmanos. Junto a ellos residen una multitud de estirpes afines, en parte

en las comarcas del Himalaya, al N. de la llanura del Ganges y en parte en Assam y Birmania. En conjunto se denominan tribus tibetobirmánicas. En las dos últimas comarcas citadas existen otras aún más emparentadas con las poblaciones siamesas y chinas, y algunas cuyo origen ha de buscarse en las tribus que pueblan la India francesa, tales como los llamados monjmer. En general, yacen todos ellos en un estado de semibarbarie, si bien el contacto de la civilización india se ha dejado sentir favorablemente en algunos.

Aun prescindiendo de los pueblos de la periferia, no podemos admitir una unidad de raza en el interior de la India. En todo caso, cabe distinguir dos tipos: uno, cuyos más puros ejemplares encontramos en el NO., en los Estados de Cachemira, Punjab y Rajputana, es el tipo ario, y otro, asentado en el S. de la Península, el dravida. Los primeros son de elevada estatura, piel blanca, cabellos abundantes y ojos oscuros. La forma de su cráneo es alargada y su nariz afilada, pero no en demasía. En cuanto a los dravidas, son las más de las veces de talla corta, de piel oscura, a veces negra, cabellos abundantes y rizosos y ojos negros. Su cráneo es alargado y su nariz ancha. En las Provincias Unidas, en algunas partes de Rajputana y en Bihar parecen mezclarse ambos elementos en tal forma que las características arias se ponen más de manifiesto en las clases elevadas de la sociedad, y las dravidas en las clases inferiores. En Bengala y Orissa, los rasgos arios se van diluyendo cada vez más a cambio de un nuevo elemento racial que se denuncia por la forma redondeada del cráneo. En la India occidental, al S. de Rajputana, desde los 76° de longitud hasta el Indo, ha puesto de manifiesto sir Herbert Risley un nuevo tipo cuyo fundamento es el elemento dravida, mezclado, según Risley, con el elemento escita y según otros, con el alpino.

La raza aria está integrada por los pueblos más importantes de Europa, además de los ya mencionados de la India. Por esta razón, se habla de una gran familia de pueblos llamada indoeuropea o indogermánica, a la que a veces se llama simplemente aria, si bien dicha de-

nominación se suele reservar para los miembros indios e iranios de la familia indoeuropea. Con propiedad, no podemos hablar aquí de raza; una tal en toda su pureza no existe, por lo demás, en ningún sitio. Antropólogos y filólogos están de acuerdo en reunir todos esos pueblos de Europa y de la India ya que no en una raza única, sí en una sola gran familia.

Fig. 9. Familia parsi, en Bombay

Al contrario de los arios, los dravidas forman dentro de Asia una familia aislada. Ha sido imposible encontrarles afinidades filológicas con otro grupo exterior del Continente. Racialmente, los dravidas guardan cierta semejanza con los indígenas aborígenes de Australia. Algunas estirpes pertenecientes a esta familia se apartan, en cuanto al idioma, de sus afines de la India, y se aproximan a otros pueblos que habitan las islas del océano Índico y del océano Pacífico. Es, pues, muy verosímil

que los dravidas, sobre todo en el N. y en el NO., se hayan mezclado con otras razas, quizá similares, en tiempos muy lejanos.

Fig. 10. Labriegos hindúes

Todo induce a suponer que fueron los dravidas, ocupantes de las partes más antiguas del país, los primeros pobladores del mismo, mientras los arios abordaron por los pasos del NO. en tiempos relativamente modernos. La circunstancia de ser los arios la clase dominadora y aristocrática en las comarcas donde los

dos elementos están mezclados, nos hace pensar en un pueblo conquistador, asentado en el país por la fuerza de las armas. Las referencias de la más antigua literatura india nos confirman en esa hipótesis. Ella nos describe a los arios penetrando victoriosos por la frontera del NO.: llevaban consigo una cultura ya floreciente, destinada a desarrollarse aún más en las dilatadas comarcas de aquel país bello y misterioso al cual se sentían irresistiblemente atraídos.

Hoy la contraposición entre arios y dravidas ha cristalizado en las diferencias de casta; los primeros forman las más elevadas; los últimos, las inferiores. Las castas en la India son un factor social de capital importancia. Toda la sociedad está dividida en una serie de agrupaciones rigurosamente deslindadas, a las cuales los portugueses denominaron *castas*. Los mahometanos y los animistas no reconocen esa división. No obstante, con la cultura aria se ha extendido por toda la India, influyendo en los mahometanos y hasta en los mismos cristianos.

Una casta es un grupo de familias de un mismo linaje, que con frecuencia — teóricamente siempre — se dedican a una misma profesión u oficio, y las cuales forman dentro del Estado otro Estado más pequeño, cuyos jefes tienen amplia jurisdicción sobre todos los miembros de la colectividad. La autoridad es ejercida por una sola persona o bien por una agrupación aristocrática. La casta del individuo la determina su nacimiento, es decir, se hereda de los padres. De aquí proviene la antigua denominación india de *jati*, empleada para designar las castas y que traducida al castellano significa *nacimiento*. Ya hemos visto cómo los prejuicios de casta desempeñan un papel importantísimo en el matrimonio; ahora añadiremos que en cada una de ellas rigen preceptos muy rigurosos acerca de los alimentos lícitos o ilícitos, acerca de las ceremonias de la boda y usos matrimoniales, honores fúnebres, etc. Así, por ejemplo, sólo con los miembros de la propia casta se puede comer o fumar en la pipa de agua o *huqqa*. Cualquier transgresión de tales preceptos se castiga, generalmente, con multas en metálico y algunos veces obsequiando el culpable a sus compañeros de casta con una fiesta. En ocasiones también se infligen castigos humillantes. Así, por ejemplo, los chamares o trabajadores de cuero, son condenados a llevar sobre su cabeza los zapatos de sus colegas de casta o bien a cortarse la mitad de la barba. El castigo más riguroso consiste en ser expulsado de la casta, el cual lleva aparejada la pérdida de todas las prerrogativas inherentes: los expulsados no pueden ya comer ni beber en compañía de sus antiguos compañeros ni contraer matrimonio entre ellos.

Puesto que las castas son hereditarias, parecería natural que no se pudieran formar otras nuevas espontáneamente y que la separación entre unas y otras fuera absolutamente rigurosa; sin embargo, en la práctica no ocurre así, pues sin cesar nacen castas nuevas, y esto desde los tiempos más antiguos. Dentro de cada una se forman agrupaciones, llamadas subcastas, las cuales acaban por desligarse, constituyendo castas independientes. Tal suele suceder si una parte de la casta cambia su profesión u oficio, si emigra o se convierte a otra religión. También ocurre que aquellos individuos que ejercen una ocupación propia de una casta distinta de la suya, poco a poco acaban por ser reconocidos como miembros de ellas. Las tribus primitivas o aborígenes, sometidas a la influencia del Brahmanismo, acaban igualmente por clasificarse en castas. Otras veces éstas no son sino la cristalización de antiguas sectas religiosas, como ocurre con los *lingayates* de la Presidencia de Bombay. A veces, en fin, surgen las castas como un resultado de cruzamientos de sangre.

Cada casta posee su jerarquía social propia, desde los brahmanes hasta las castas más inferiores y despreciadas, aquellas cuyo contacto o cuya sola proximidad debe mirarse como impura. Esa categoría, ese lugar, dentro de la escala social, debe ser invariable en principio; pero de nuevo haremos constar la no concordancia de la teoría con la práctica: muchas castas, en efecto, acaban por conquistar una categoría superior a la primitiva que les correspondía. Con frecuencia son desechadas

costumbres o usos antiguos por considerarlos depresivos para el prestigio de la corporación, tal, por ejemplo, las segundas nupcias de las viudas, o bien se dedican a profesiones que aumentan la consideración social de los miembros, eso cuando no surge un erudito innovador que descubre entre el fárrago de los textos sagrados que a su casta le corresponde en derecho una jerarquía más elevada. A pesar de todas las precauciones y rigores, existe en esta cuestión de las castas una cierta mutabilidad, y no sólo en el presente, sino también en tiempos más antiguos. Su número es muy grande y se hace mucho más considerable por la circunstancia, ya apuntada, de ser cada casta en realidad un conglomerado de otras varias de orden inferior. Sin embargo, los teóricos indios no parecen encontrar jamás dificultad alguna para la ordenación de las castas en el sistema total. Según ellos las grandes castas matrices son sólo cuatro, a saber: los *brahmanes*, sacerdotes del culto y despositarios de las ciencias religiosas; los *chatrias*, o guerreros; los *vasias*, que ejercen la agricultura, el pastoreo o el comercio; y los *sudras*, a los cuales se reservan los más bajos oficios. Aun hoy pueden subordinarse todas las castas a estos cuatro grandes grupos, si bien se pueden agregar algunos nuevos de categoría inferior. Las tres superiores: brahmanes, chatrias y vasias están integradas por los arios; en cuanto a los sudras y demás, representan la antigua población de los dravidas. En esta separación, el color de la piel desempeña un papel importante, ya que los sudras se distinguen de las castas superiores por el color negro característico de los dravidas.

Tratan algunos de explicar el gran número de castas hoy existente por la teoría de las mezclas, teoría que reaparece siempre, cuando se trata de justificar la aparición de castas nuevas. En una moderna clasificación, el soldado inglés, por ejemplo, figura inmediatamente antes del antropófago, como el resultante de la unión de un *turujka* (turco) con una mujer sudra. Pero si examinamos las castas que la antigua teoría atribuye a enlaces mixtos en tiempos pasados, obtendremos la persuasión

de ser muy otro su origen: con frecuencia encontraremos el nombre de una casta tomado del de alguna antigua estirpe familiar, como los *magadha*, los *vaideha*, los *nijada*, etc., o bien comprobaremos que sus miembros se han reunido por una afinidad de profesión, como los constructores de carros, los cesteros, etc. Es decir, que las pretendidas antiguas castas mixtas tienen en realidad el mismo origen que aquellas cuya generación podemos seguir a través de los tiempos actuales. La única diferencia estriba en la mayor rapidez y complejidad inherente a la formación de las castas actuales.

Los investigadores europeos han desechado la antigua explicación india acerca de la generación de las castas. Unos atribuyen la estructura social de la India exclusivamente a las diferencias que las distintas profesiones imprimen a los individuos que las ejercen; otros creen ver su origen en antiguos linajes familiares, y otros, en fin, la asimilan a las agrupaciones aristocráticas o plebeyas en que degeneró la ruda y sana sociedad primitiva de los griegos y romanos. Un ingenioso sabio francés, E. Senart, ha desligado esos cuatro grandes grupos de la sociedad india de la división en castas; según él, los brahmanes, chatrias, vasias y sudras constituyen en realidad cuatro Estados, junto a los cuales coexisten, desde los más remotos tiempos, una multitud de castas generadas por las sucesivas yuxtaposiciones de elementos arios a los anteriores ya establecidos en la India. Hasta la fecha no se ha podido encontrar una fórmula unitaria para todo el sistema. Pero tampoco se ha logrado hacer extensivo a tiempos pretéritos el orden complejo y abigarrado que en esta cuestión reina en nuestros días. Oldenberg, en una sobria y ecuánime disertación sobre la teoría de Senart, ha recabado, justamente a nuestro parecer, parte del perdido prestigio para la antigua explicación india. Por dicha razón, nos ceñiremos a esta última exclusivamente.

Entre los antiguos arios todas las preeminencias sociales eran para los sacerdotes y para los guerreros; ellos ocupaban los más altos puestos en el orden social. En un plano inferior pululaba la gran masa del pueblo, el

vis, que vivía de las riquezas del suelo o del comercio. Para la mayor parte de las labores manuales, así como para las tareas bajas y despreciables, los dominadores del país preferían emplear a los antiguos habitantes del mismo, a los dravidas. Poco a poco éstos quedaron incluídos en el orden social, pero ocupando los lugares inferiores.

¿Cómo se organizaron entre los dravidas las distintas profesiones originarias de las distintas castas, y hasta qué punto sirvió dicha organización de base para realizar la subsiguiente de los arios? He aquí una pregunta a la cual es imposible contestar. Por lo demás, la población total estaba integrada por elementos de todo linaje, por razones diversas y tribus distintas dentro de cada raza, y semejante estado de cosas no ha hecho sino agravarse con el tiempo.

Podemos establecer una proporcionalidad completamente característica para las relaciones entre los arios y los habitantes primitivos. Cuanto más extensa era la zona de acción, cuanto mayor era la influencia de los arios, tanto menos podían serles indiferentes las instituciones y convencionalismos de los no arios. Consumada la conquista, ambos pertenecen ya a la misma colectividad como señores y vasallos, como dominadores y dominados: en lo sucesivo ya no podrán vivir separados.

En nada se nos muestra esto con tanta claridad como en la religión. Los dioses dravidas fueron tomando contacto con los dioses arios, aquéllos se identificaron con éstos o se les subordinaron. Desde un principio comenzaron los arios a edificar, siguiendo un sistema, el edificio de sus amplias concepciones espirituales, y en los siglos subsiguientes podemos observar la más rigurosa sistematización cuando de asimilar nuevos elementos se trata.

En la formación de las castas aparece esa sistematización con una claridad meridiana. Ya bajo los arios, la sistematización de las jerarquías aparece en las distintas capas sociales perfectamente regulada, y cuando la población aumentó con nuevos elementos venidos de fuera, éstos debieron encontrar su correspondiente lugar

en el orden social establecido. En un himno antiguo se refiere cómo las cuatro castas nacieron de la Divinidad creadora: los brahmanes, de la boca; los chatrias, de los brazos; los vasias, de las espaldas, y los sudras, de los pies. Tal es el primer intento de una clasificación. Cuanto más complicada se hace la sociedad, tanto más complicado había de ser también el sistema clasificador. En él tenían que encontrar cabida las agrupaciones primitivas de los aborígenes ejerciendo una indudable influencia en el orden ario, pero siendo también influídas a su vez por este último. Desde un principio los invasores arios se mezclaron con los dravidas, y estas mezclas originaron una profusión de castas intermedias; es, pues, muy natural que los sistemáticos encargados de ordenar el abigarrado conjunto de la sociedad india y de justificar la formación de ese gran número de castas acudieran a las citadas mezclas como a la clave del problema. También es natural que los brahmanes, puesto que ellos eran los que debían llevar a la práctica el establecimiento efectivo de la clasificación teórica, procuraran reservarse para sí los más altos puestos en la escala social. Los demás tuvieron que conformarse con las categorías inferiores. Cuando la ordenación en castas fué un hecho, también lo fué la fusión entre invasores e invadidos, entre arios y sudras. Los mitos religiosos ficticios que tratan de explicar la formación de las castas mediante la doctrina de la transmigración de las almas, es decir, mediante la doctrina de ser la casta de cada individuo la resultante de sus obras en una existencia anterior, dió al sistema una firmeza incomparable, puesto que el orden social no aparecía ya nacido de la voluntad de los hombres, sino que emanaba directamente de la incontrovertible voluntad divina.

Con la cultura aria, las castas se extendieron poco a poco por toda la India y su influencia alcanzó incluso a las colectividades donde no se reconocía su valor, tales como los mahometanos y los cristianos. Sin embargo, aún existen hoy comarcas donde la sociedad está dividida con arreglo a otros sistemas distintos del de castas, en estirpes, clanes, grupos totémicos, etc. Pero tan pronto

estas comarcas sienten la influencia de la cultura brahmánica adoptan el sistema de castas.

Frecuentemente se ha hablado de cómo dicho sistema constituye un serio impedimento para que la idea de una nacionalidad amplia y vigorosa pueda tomar arraigo entre los indios. Los deberes que impone la casta son más importantes que los nacionales o patrióticos. Pero, por otra parte, no se puede negar que las castas han contribuido poderosamente a la gran cohesión que caracteriza a la sociedad india. Numerosos Estados han nacido o desaparecido en el transcurso de los siglos; el orden social ha permanecido, en cambio, inconmovible; la larga historia de este país no cuenta con un solo movimiento revolucionario. Como es natural, esta circunstancia favoreció a los conquistadores extranjeros en la expresa de formar nuevos Imperios. Tan pronto la conquista propiamente dicha estaba terminada, la trama fundamental, transitoriamente perturbada, volvía a reconstituirse y servía de base a los dominadores para su organización social. Pero para el desarrollo del país era más importante todavía el que su vida económica pudiera proseguirse a despecho de las invasiones extranjeras. Los antiguos griegos se admiraban al ver cómo los labradores indios seguían impertérritos labrando la tierra con su arado, mientras en las cercanías se libraban los combates que habían de decidir la suerte del país. Y es que la guerra no les incumbía a esos flemáticos labradores; la guerra era una función inherente a otra casta, no a la suya. También la destreza para las artes de todo género, tan característica de los indios, perfeccionada por la herencia dentro de la casta, ha propendido en sumo grado al florecimiento del país. Y, finalmente, las castas, aunque perjudiciales para la formación de un gran Estado, fueron beneficiosas para la formación de un cierto sentimiento de cohesión colectiva. Los brahmanes, portadores de la cultura, no se sentían extranjeros en cualquier comarca donde fueran; siempre los de su casta eran sus compañeros. Los conquistadores venidos de fuera, los simples viajeros exóticos, no eran, en cambio, gratos a la población aria, que no gustaba de rozarse con

ellos. Los arios de la India formaban, pues, una unidad y un sentimiento colectivo, en parte nacionalista y en parte cultural, que se desarrollaba cada vez más entre ellos, sentimiento que no se debe confundir con la idea de Estado y Patria, pero que en caso de haberse llegado a la realización de un gran Imperio independiente de las Indias, habría sido de gran utilidad.

Desde tiempo inmemorial han existido sectas que sostienen la doctrina de que las castas no constituyen un impedimento desde el punto de vista religioso. Tal es el caso del budismo. Y en Birmania, fuera de la India propiamente dicha, se ha desarrollado una cultura aria en que se desconoce el sistema de castas. Análogamente ocurre en el Beluchistán donde la civilización india ocupa un lugar secundario. Aquí la sociedad está dividida en distintas estirpes: los afganos, beluchis, brahuis, jates, etcétera, rigurosamente separadas, de forma que jamás un beluchi que se aprecie entregará su hija en matrimonio a un brahui, por ejemplo. Igual ocurre entre los mahometanos, que forman la quinta parte de la población de la India. El sistema de castas no rige entre ellos, por lo menos en teoría. Resulta, sin embargo, que en su mayor parte están integrados por gentes que fueron hindúes antes de convertirse al Islam y que, en consecuencia, poseen fuertemente arraigados los prejuicios de casta. Este sentimiento atávico les ha impulsado a organizarse en definitiva igual que lo están sus compañeros de raza, con sus núcleos directores y sus agrupaciones sociales escalonadas, cuyo funcionamiento es el mismo de las castas. Este estado de cosas prevalece aún dentro de los mahometanos de más eleva categoría y se pone de manifiesto en todas las circunstancias de la vida social. Así, al igual de los hindúes, no está bien visto entre ellos que una mujer contraiga matrimonio con un hombre de categoría inferior a la suya.

VI. Los idiomas

En cuanto a los idiomas, existe en la India la misma diversidad, la misma profusión que hemos visto en el aspecto etnográfico. Se hablan allí de cuarenta a cincuenta idiomas y los dialectos se cuentan por centenas. Sin embargo, todos ellos pueden dividirse en grandes grupos correspondientes a las grandes divisiones etnográficas por razas. Eso no quiere decir que ambas divisiones coincidan siempre, es decir, que todos los individuos pertenecientes a la raza dravida, por ejemplo, hayan de hablar precisamente idiomas dravidas. En todos los tiempos se han verificado mezclas idiomáticas; especialmente las lenguas arias se han propagado cada vez más entre aquellos pueblos de otras razas, influídos por la civilización aria, aunque semejante asimilación no se ha llevado a cabo sin las consiguientes variaciones, tanto en las voces y sonidos como en la construcción gramatical.

De cuantas razas pueblan la India, hemos designado a la dravidiana como la más antigua. Dicha raza está asentada en la parte S. de la Península, que es asimismo la más antigua desde el punto de vista geológico. Por el E. los dravidas se extienden ampliamente hacia el N., por cuanto han dejado sus sedimentos hasta en Bihar y la cuenca del Ganges; por O., sus límites son más reducidos y no pasan del paralelo 16°. Los idiomas hablados por estos pueblos antiguos se llaman igualmente dravidas y, según los últimos censos del año 1921, abarcan 64 millones de seres humanos. La característica de estas lenguas es una repugnancia al empleo de enlaces consonantes fuertes o duros, una pronunciación melódica sin diferencias tónicas muy considerables y una construcción gramatical en que, mientras las distintas rela-

ciones sintácticas se expresan preferentemente mediante ciertos afijos, los verbos quedan reducidos a una especie de participio. Algunos idiomas dravidas adquirieron en la Antigüedad, a semajanza del sánscrito, un pronunciado carácter literario; el idioma primitivo aparece entonces tan saturado de términos y modismos arios, que para la gran masa del pueblo se hace enteramente ininteligible. De los idiomas dravidas literarios, el más importante es el tamil, que lo hablan, desde Madrás hasta la punta S., unos 18 millones de habitantes. El tamil se habla también en la mitad septentrional de la isla de Ceilán por un millón de habitantes. La lengua malayalam, hablada en la costa de Malabar, desde el paralelo 12° hasta el cabo de Comorín, por unos 7 1/2 millones de indios, no es, en realidad, sino un dialecto del tamil, y si ha alcanzado la categoría de idioma independiente es por poseer una literatura propia, cuyos documentos están escritos en un alfabeto de la familia del tamil. Muy relacionado con el tamil está igualmente el kanarés, idioma más septentrional que el malayalam, y el principal de cuantos se hablan en el Estado de Mysore y en los territorios adyacentes de las Presidencias de Madrás y Bombay. El kanarés lo hablan 10 1/2 millones de indios y posee una rica literatura. La escritura, al igual del tamil, se hace con caracteres tomados de las escrituras arias. Tales caracteres forman un alfabeto casi idéntico al del telugu, que es el cuarto de los idiomas literarios dravidianos. El telugu es el principal idioma de las comarcas del Oriente indiano; desde Madrás hasta Orissa se sirven de él 22 1/2 millones de hombres. Su literatura es también muy rica. En cuanto a las restantes lenguas del grupo dravidiano su significación es pequeña. Algunos, como el kodagu, tulu, toda y kota, pertenecientes a la parte sur del Deccán (hablados por 600 000 hombres en total), así como el kuruj y el malto en el NO. (930 000), tienen gran afinidad con el kanarés; otros, como el kand de Orissa (1/2 millón) y el kolami de Berar (25 000) están más emparentados con el telugu. Intermedio entre el kanarés y el telugu, citaremos el gondo, hablado por 1 1/2 millón de indígenas de las regiones centrales. En

pleno Beluchistán, fuera, por consiguiente, de las comarcas habitadas por los dravidas, existe un verdadero isleo idiomático: es el brahuis, del que se sirven 175 000 personas.

Al hablar de las razas ya hemos indicado que algunas tribus de la familia dravida no hablan los idiomas de su grupo. Son las llamadas tribus kolares o jervares. Sus dialectos están emparentados con los de los pueblos monjmer y con una porción de los hablados en las islas de los océanos Índico y Pacífico. Se han encontrado también huellas de esa misma familia idiomática entre las lenguas tibetobirmánicas de los habitantes del Himalaya.

Las lenguas kolares sienten, como las dravidianas, una gran repulsión por los enlaces consonantes. Al mismo tiempo, tienen cierta tendencia a deglutir en parte algunos sonidos consonantes, adquiriendo con eso su lenguaje un carácter abrupto, por así decirlo. Dentro de la oración gramatical, las palabras se yuxtaponen sin flexión alguna, y su mutua dependencia se expresa mediante una serie de elementos formales añadidos al verbo al final de la cláusula. En la construcción de las palabras lo más sorprendente es el uso de ciertas sílabas que se interpolan en las de la raíz para formar otras palabras derivadas: así, *marang*, que significa grande, se transforma en *ma-na-rang*, magnitud o grandeza, y *ma-pa-rang*, muy grande. Estas lenguas se hablan preferentemente en el Chota-Nagpur y en las comarcas colindantes de Bengala, Orissa y Madrás. Un isleo idiomático se destaca en los montes Mahadeo, en Berar, donde los kurkos hablan un dialecto muy antiguo. El total de indios que hablan lenguas del grupo kolar no es muy grande: no pasa de cuatro millones y de ellos más de dos corresponden al santali, el más importante de todos.

Ligados al kolar están los idiomas monjmer, ante todo el jasi de Assam, que los hablan 200 000 hombres, y el palaung (150 000); después siguen el mon, en Birmania (150 000), y el idioma de las islas Nicobar (9000); finalmente, existen algunos otros sin importancia, los cuales pertenecen a pueblos sin contacto ni afinidad alguna con la raza dravidiana.

La relación entre estirpes dravídicas y kolares se ha pretendido explicar mediante la hipótesis de ser los pueblos kolares los verdaderos aborígenes de la India, al paso que los dravidas representan a los primeros invasores llegados al país en tiempos muy lejanos. El isleo idiomático de los brahuis en el Beluchistán sería en tal caso un jalón indicador del camino seguido por aquellas invasiones pretéritas. Sin embargo, los brahuis no tienen nada de común con las razas dravídicas, antes bien son iranios, y puesto que los rasgos étnicos son más dignos de consideración que los simplemente idiomáticos, es posible que el isleo idiomático del Beluchistán no sea un residuo de antiguas inmigraciones por el NO., sino más bien el resultado de un movimiento de reflujo de la población dravida del interior de la Península. La mayoría de los miembros del grupo kolar, extendidos por regiones muy dilatadas, no pertenecen a la raza dravida, y es probable que la existencia de lenguas kolares en algunos pueblos dravidas se deba a una mezcla de estos últimos con otros elementos extraños, acaecida en un período histórico ya muy lejano. Hay razones para suponer que esos elementos extraños, que inicialmente se extendieron por gran parte de la India septentrional y la costa, derivaron después hacia la Indochina y las islas de la Austronesia.

En contraposición a las lenguas dravídicas y kolares aparecen las lenguas arias ganando siempre terreno sobre las primeras. La consecuencia inmediata es que un gran número de hombres cuyos antepasados se servían de otras distintas, emplean hoy, para expresarse, las lenguas arias. Y como no se concibe una transición brusca en el idioma, podemos suponer, desde luego, que tales pueblos conservan todavía sonidos, giros y locuciones de sus lenguas anteriores. La realidad viene a confirmar una hipótesis tan lógica. En general, se nota una aproximación sensible entre lenguas arias y dravídicas, lo mismo en sonidos que en la construcción gramatical. En las estirpes más puras de la antigua población aria, el lenguaje conservaba un gran número de formas substantivas y verbales sintéticas y las distintas consonantes se podían unir sin dificultad. Hoy las antiguas flexiones han caído

casi completamente en desuso. Las relaciones entre substantivos dentro de la oración se expresan, como en los idiomas dravídicos, por medio de afijos; las formas verbales más en uso son antiguos participios, y los enlaces consonantes duros y ásperos están suprimidos en absoluto. También en otros aspectos encontramos una extraña analogía entre ambos grupos, analogías que no podemos explicar más que admitiendo que los pueblos dravidas no se asimilaron las nuevas lenguas arias sino a condición de imprimirles su sello peculiar.

Las lenguas arias se diferencian mucho unas de otras, tanto que algunos filólogos han creído distinguir en su conjunto dos agrupaciones independientes que corresponden a dos invasiones de pueblos arios. Ahora bien; los idiomas arios de las diversas regiones de la India se conocen en todas sus particularidades desde hace muchos siglos, y podemos asegurar que esas diferencias que se han querido considerar como determinativas de dos grupos independientes no existían en la antigüedad, es decir, que son de origen relativamente reciente. Los idiomas pertenecientes a ambos grupos presentan concordancias, analogías casi imperceptibles pero no por eso menos reales: así ocurre con el marathi y el gujarati, de la costa occidental, aunque los dos parecen diferenciarse profundamente en el orden teórico.

En realidad, no se puede establecer una división satisfactoria de los idiomas arios de la India. Según se atienda a una u otra particularidad, así esos distintos idiomas aparecerán unidos o separados en diferentes clasificaciones. En cuanto a la hipótesis de dos invasiones arias para poder explicar las actuales anormalidades, debe desecharse en absoluto.

En el desarrollo del proceso idiomático han intervenido varios factores. La mezcla del pueblo con elementos no arios no tuvo la misma intensidad en todas las comarcas; esos elementos no eran, además, los mismos en todas partes. Factor muy digno de tenerse en cuenta es también la época en que cada idioma adquirió vigor literario. Precisamente en aquellos sitios, como Bihar, donde el lenguaje literario tarda muchos siglos en florecer, es donde se

manifiesta una separación más profunda de las antiguas modalidades arias. Añadamos a esto la circunstancia de no poseer los arios primitivos una lengua única, por lo menos en el momento histórico de irrumpir en la India septentrional. Las variaciones de uno a otro dialecto no eran, sin embargo, tan palpables que justifiquen la hipótesis de dos invasiones completamente desligadas. Los arios — se comprende desde luego — no invadieron en un solo día ni de una sola vez el país; no obstante, un estudio comparativo entre los más antiguos documentos de los iranios (antes de establecerse en la India) y de los indios (iranios ya establecidos) nos pondrán de manifiesto cuán precavido hay que ser en la aceptación de las más palpables diferencias idiomáticas.

Los últimos datos estadísticos nos dicen que los idiomas arios los hablan en la India 230 millones de seres humanos. El más importante entre ellos es el hindi que se habla en el Doab, en el país situado entre los ríos Jumna y Ganges y al S. de éstos hasta los 23° de latitud. Este idioma, con sus varios dialectos, lo emplean más de 40 millones de indios como idioma propio y como lengua para las transacciones comerciales en todo el N. y en gran parte del SO. de la Península. Con frecuencia se le llama también hindustani, un nombre que es tanto como decir indostanés, «la lengua del Indostán, del país del Indo». Bajo la soberanía del Gran Mogol, cuando el idioma de la Corte era el persa, el indostanés o hindi se saturó de palabras y términos persas, debido, sobre todo, a los hindúes eruditos que habían aprendido la lengua cortesana. En esta forma intensamente mezclada recibe el nombre de urdu, del nombre del bazar real de Delhi, del *urdu-e-mu'alla*, donde se hablaba corrientemente. Al emplearse en la poesía cambia la denominación de urdu por la de retja, reservándose siempre el nombre de hindi para designar la forma más pura del idioma exento de ingerencias persas. Tanto el urdu como el hindi se emplean en literatura, aunque el último sólo para prosa. Para el hindi se usa la antigua escritura india de los nagari, para el urdu el alfabeto persa. Una circunstancia muy favorable a la propagación de ambas formas del

principal idioma ario, es que los ingleses permiten publicar libros de texto para poder ellos mismos aprenderlos. El *Bagh-o-Bahar*, aun hoy día el más corriente de los libros de texto en lenguaje urdu, fué introducido por los ingleses entre los estudios superiores de la Universidad de Fort William. Igual han hecho con el *Prem Sagar*, el primer libro de la lengua hindi. Ambos marcan una época, una etapa importantísima en la historia de las dos lenguas arias primordiales; el *Bahg-o-Bahar* ha sido elegido por los mahometanos como modelo de lenguaje escrito, y los hindúes del N. ven en el *Prem Sagar* el libro clásico por excelencia, compendio y resumen de todas las perfecciones literarias.

Muy emparentado con el hindi es el panjabi, el idioma del Punjab central, hablado por 16 millones de habitantes. En él las intrusiones persas son menos numerosas que en el hindi: posee un carácter muy áspero, fuertemente local. En los libros se utiliza la escritura del gurumukhi, un nombre derivado de los gurus o guías del Sikh. También muy próximo es el rajasthani, que se habla en Rajputana y en el O. de la India central (aproximadamente por 14 millones), con su derivado el pahari, propio de las montañas del Nepal. Sin embargo, en el Nepal sólo hablan pahari las clases elevadas, en tanto la masa principal del pueblo se expresa en dialecto tibetobirmánico. Entre los dialectos del rajasthani, únicamente el más occidental de todos, el llamado marvari, tiene literatura propia.

A medida que se avanza hacia el S., el rajasthani deriva hacia el gujarati (9 $1/2$ millones), en el cual se compendian los dialectos de las tribus de los bhils del Gujarat, India central, y Rajputana. Este idioma tiene una vasta literatura escrita en caracteres similares a los del nagari.

En la costa occidental son varios los dialectos del gujarati que sirven como de transición para pasar a una lengua aria muy importante, a aquella que desde el trozo de litoral del O., comprendido entre Daman y Goa se extiende hacia el E., interesando la parte NO. de la Presidencia de Bombay, y del Estado de Hyderabad,

Berar y el SO. de las Provincias Centrales. La lengua en cuestión es el famoso marathi, el idioma que hablán los marathas, en número de 19 millones. Desde los más antiguos tiempos alcanzó un gran florecimiento y aun la moderna literatura — la poesía sobre todo — es muy digna de consideración. Se escribe con el alfabeto nagari, pero con una variación que constituye la denominada escritura modi, muy empleada por esa raza en los usos ordinarios de la vida cotidiana. El marathi posee diversos dialectos, de los cuales sólo el kontani, perteneciente a las comarcas litorales del S., se aparta bastante de la lengua madre. En el E. el marathi establece contacto con el hindi oriental, hablado en Chhattisgarh, Baghelkhand y Oudh por 22 millones de indios. La frontera idiomática correspondiente parece estar bastante bien definida. El hindi oriental posee una rica literatura y hasta fuera de las regiones donde habitualmente se habla se emplea también como lengua poética.

Este último idioma constituye la transición entre el hindi y los lenguajes orientales. En primer lugar, aparece el bihari o lengua de Bihar, que se habla al E. de Benarés, desde las comarcas del Himalaya hasta la meseta de Chota-Nagpur. Se subdivide en varios dialectos comprendiendo en conjunto 35 millones de habitantes. Sus formas gramaticales producen una impresión de abigarramiento; es muy probable que los lenguajes kolares sean los causantes de esa originalidad. En tiempos antiguos se cultivó mucho la literatura en Bihar, y hasta de tiempos más recientes conservamos documentos literarios escritos en un dialecto del bihari, el cual, al parecer, se hablaba entonces en el Nepal. Desde el punto de vista literario, hoy ha degenerado completamente.

Más al S. entramos en los dominios del oriya, la lengua de los habitantes de Orissa, en número de 10 millones. Ha evolucionado muy poco en los últimos 500 años. Su literatura es importante y está escrita en unos caracteres redondeados que hacen pensar en el antiguo y vulgar material de escritura, en las hojas de palma de tálipot *(Corypha umbraculifera)*.

Más al E., el bihari y el oriya poco a poco ceden terreno al bengalí, propio de la feracísima Bengala (50 millones). Posee una literatura de muy altos vuelos, pero, en general, tan recargada de palabras y términos eruditos procedentes de la antigua lengua sánscrita, que la hacen ininteligible para el vulgo. Su alfabeto es el nagarí. Muy parecido al bengalí es el idioma ario de Assam, que se escribe igualmente con el alfabeto nagarí.

En la gran llanura indogangética se hablan otros idiomas arios, distintos de los precedentes. Si partimos de las regiones donde se habla el panjabi en dirección al O. vemos a dicho idioma transformarse lentamente en uno nuevo, llamado ora panjabi occidental, ora lahnda, y del cual se sirven 5 $^1/_2$ millones de indios. No tiene una literatura propia y se escribe habitualmente con el alfabeto persa. En el S. el lenguaje vuelve a cambiar, y al llegar al valle inferior del Indo nos encontramos ya con otro distinto, el sindhi, hablado por tres millones. Las palabras derivadas del persa son cada vez más numerosas y el alfabeto persa es el único empleado. No tiene literatura.

En el NO., la zona idiomática hindu se da la mano con la iránica. Allí se encuentra una profusión de dialectos, entre los cuales se aprecian mutuas transiciones. El katchimiri, el idioma de Cachemira, con algo más de un millón de habitantes, se encuentra casi en absoluto asentado en la zona india. El más emparentado con éste es el lahnda; sin embargo, además de las reminiscencias del lahnda, el katchimiri tiene otras muy análogas a las que en los dialectos fronterizos denuncian la procedencia iránica. El único idioma iránico digno de considerarse en la India es el afgano o pajsto, que se habla en los países de Swat y Buner, y al O. del Indo. El idioma principal del Beluchistán es igualmente iránico.

Finalmente, es digna de tenerse en cuenta la existencia en la India de varios grupos nómadas, muy semejantes en todo a los gitanos (los cuales, por lo demás, sabido es que hablan un dialecto indio). El lenguaje de estos nómadas tiene, generalmente, un elemento común con el rajasthani; muy a menudo en ese lenguaje se mezclan,

mediante una clave secreta y puramente convencional, ciertas palabras o sílabas que lo desfiguran por completo.

Los idiomas de los habitantes del Himalaya e Indochina no pertenecen, en realidad, desde el punto de vista filológico, a las regiones de la India. Dichos idiomas, como los pueblos que los hablan, denuncian más bien un íntimo contacto con otros países vecinos, con China o con el Tibet. La familia filológica tibetochina se caracteriza por sus raíces monosilábicas, posee, en consecuencia, una profusión de palabras idénticas gramaticalmente, cuya diferencia se expresa por diferencias de sonido o matices de pronunciación muy difíciles de percibir para los extranjeros. Se ha tratado de explicar el origen de esos matices, casi imperceptibles, considerándolos como un rastro de otras sílabas antes empleadas, pero hoy desaparecidas por el uso. En la India, en cambio, dichas sílabas anejas aún funcionan, mientras faltan esos matices que las substituyen en el N. Varios dialectos del idioma tibetano se hablan en las comarcas del NO., y otros más o menos afines se encuentran a lo largo de todo el Himalaya. No pocos nos sorprenden con el empleo de sufijos pronominales y otras originalidades que, aunque de un modo lejano, nos recuerdan los lenguajes kolares. El número total de hombres que los hablan no pasa de medio millón.

Muchos más son los que utilizan los dialectos tibetobirmánicos en Assam y Birmania; pasan de los dos millones, divididos en diferentes grupos: bodo, naga, kuki, chin, cachín, etc. Se trata de pueblos montañeses o selváticos en un estado semibárbaro; sólo en los del valle de Manipur se ha desarrollado de un modo apreciable el lenguaje literario. En el valle del Irawadi y comarcas adyacentes moran actualmente más de nueve millones de birmanos, cuyo idioma ha culminado en una rica literatura de esencia y espíritu budista, escrita en un alfabeto procedente del S. de la India.

Más al E., los idiomas que podemos encontrar tienen estrecho contacto con las familias china o siamesa. Casi un millón hablan dialectos del chino, entre ellos, el karen como más importante, y aproximadamente el

mismo número corresponde a los dialectos siameses. De estos últimos, el shan es el más notable. Afines a los citados existen algunos en el Assam; uno, extinguido hoy, lo llevaron a un grado notable de florecimiento literario los ahom, pueblos que en el año 1228 se adueñaron del valle de Assam.

Para acabar, mencionaremos hasta medio millón de inmigrantes que hablan los idiomas de su país natal, es decir, idiomas europeos, africanos o de otras regiones de Asia. De tales núcleos exóticos, el más importante es el de los ingleses (300 000) y después el de los chinos (120 000). La dominación inglesa ha conseguido introducir el inglés como idioma auxiliar en muchos núcleos indios, sobre todo en los que constituyen los centros principales del turismo extranjero.

VII. Religión

Si complejo es el panorama etnográfico y lingüístico, más todavía lo es el de las religiones. Las más distintas creencias prosperan unas al lado de otras y sus respectivos límites son harto imprecisos, existiendo un gran número de mezclas.

Si tenemos en cuenta la gran variedad de matices que se aprecia incluso en la atmósfera espiritual del Cristianismo, ¿qué de extraño tiene que eso suceda en un suelo donde las vicisitudes históricas han amontonado en las comarcas más variadas y contrapuestas que ingeniarse puede, pueblos tan distintos?

También aquí conviene no perder de vista el contraste entre las dos razas índicas principales. Los arios venidos de fuera desarrollaron pronto una cultura elevada, la cual no tardaron en imponer a los pueblos dravidas; en especial es muy curioso observar cómo los dioses de los últimos se identificaron con los de los arios o, sin identificarse, se ordenaron, por lo menos, con arreglo a sus mismos sistemas. Por este camino se desarrolló poco a poco cierta unidad religiosa; las instituciones, mitos y representaciones arias se extendían por toda la India como elementos de cohesión. Así vemos propagarse, por ejemplo, la doctrina de la influencia en el más allá de los hechos humanos y con ella, paralelamente, la de la transmigración o continuación de la vida a través de otras formas de existencia.

La idea de la transmigración fué la base, la razón que justificaba la monstruosa división de los hombres

en castas, estableciendo la más terrible desigualdad entre ellos.

Dentro de semejante círculo de concepciones se manifiestan, no obstante, diferencias muy considerables. Ya entre los arios encontramos conceptos religiosos generados en grados de cultura muy distintos; al lado de los mitos más primitivos y rudimentarios vemos surgir los más sublimes y depurados. Por su parte, los dravidas apenas modifican esencialmente su vida espiritual y sus creencias al contacto de los arios; de éstos toman los dioses y los ritos, pero sólo en su aspecto superficial; la influencia aria es puramente exterior, y las antiguas creencias conservan todo su poder en el ingenuo espíritu del pueblo.

Cuando, más tarde, el Islam penetra en la India, el mismo proceso se repite. La nueva conversión es tan superficial, tan externa como había sido la primera. Y lo mismo, en un grado superlativo, ha ocurrido con el Cristianismo. En resumidas cuentas, varias metamorfosis superficiales que, en todo caso, lo único a que han contribuído ha sido a hacer más abigarrada, más caótica, la fisonomía religiosa del país.

Con objeto de obtener una imagen aproximada de lo que es hoy la religión de los indios, prescindiremos de esas vagas proyecciones, de esos sedimentos ambiguos injertados por distintos dogmas en épocas también distintas. Para fijar ideas nos atendremos esencialmente a las principales formas religiosas. La religión de los que en un círculo más o menos restringido observan los ritos arios se llama hinduísmo. Las tribus antiguas que conservan en su esencia las primitivas representaciones místicas se denominan animistas. A los hindúes, budistas y animistas siguen en importancia los mahometanos y cristianos.

Según los datos del último censo de población, la relación numérica entre dichas cuatro formas de religión es la siguiente: Hinduísmo, 216 734 586; Animismo, 9 774 611; Islamismo, 68 735 233, y Cristianismo, 4 millones 754 064. A ellos se deben añadir 11 571 268 budistas, 1 178 596 yaínos, 3 238 803 sikhs, 101 778 parsis,

22 000 judíos y algunos pequeños núcleos cuya significación se pierde en la masa inmensa de las religiones principales.

FIG. 11. La gran procesión Durbar, en Delhi

El Budismo se ha elevado a la categoría de una religión independiente. Entre las varias obras dedicadas a su estudio, recomendamos al lector la de Richard Pischel: « Vida y doctrinas de Buda ».

El número de budistas de la India asciende, como se ha dicho, a 11 571 268, de los cuales 11 202 003 corresponden a la región de Birmania, donde el 91 % de los naturales profesan dicha religión. Pero en una gran parte de ellos la fe en los espíritus de todo linaje ejerce

FIG. 12. Dignatario budista rodeado de sacerdotes y mandalais

una influencia superior a la moral pura del budismo propiamente dicho.

Además de Birmania, encontramos adeptos del Budismo en las comarcas del Himalaya. A medida que nos adentramos en el Indostán disminuye su influjo hasta desaparecer. Apenas si en el Estado de Orissa encontramos la secta de los saraks como un último emplazamiento de esta religión. Sin embargo, en el año 1906 se fundó en Bangalor, en la India meridional, una sociedad para la

propaganda del Budismo, la cual reclutó numerosos adeptos entre los obreros tamiles y aun entre la clase media.

Los yainos, cuyo número en el año 1921 era de 1 178 596, están asentados en Ajmer-Merwara, Rajputana y distritos adyacentes. En su mayoría están integrados por comerciantes y gentes de negocios. Sus doctrinas tienen muchos puntos de contacto con el Budismo, pero armonizan más que las de éste con las ideas brahmánicas, hasta el punto de considerarse a sí mismos como verdaderos hindúes. A pesar de esto, no adoran a los dioses hindúes, sino que dedican sus templos al fundador y a los antiguos maestros de su religión.

Los sikhs — 3 238 803, según el último censo — se han erigido también, a causa de su sólida organización, en una secta independiente. Sus doctrinas se derivan del hinduísmo y muchos de ellos se consideran simplemente como tales hindúes. Habitan casi exclusivamente en el Punjab, y de ellos proviene un gran número de los soldados reclutados para el ejército colonial inglés.

Los budistas, los yainos y los sikhs rechazan el sistema de castas. Lo mismo hacen, a veces, los propios hindúes, dentro de los cuales existen, por lo demás, muchas diferencias. Unos aceptan el sistema de castas en toda su amplitud y rigor, reconociendo a los brahmanes como la más elevada casta y la depositaria de las funciones sacerdotales; otros, por el contrario, no les reconocen esa supremacía en el culto. Unos creen en la autoridad divina emanada de los libros sagrados, otros la niegan en absoluto. Unos creen en toda una serie de divinidades, otros no creen sino en un solo dios, y aun los hay panteístas, junto a otros que adoran a toda clase de espíritus o demonios. Unos efectúan sus ritos con los más horrendos sacrificios humanos, otros reprueban en grado sumo estos sacrificios. También existen hindúes considerados por los de otras sectas como tan impuros que está prohibido tocarles y no se les permite la entrada en los templos.

Los límites entre las distintas sectas de los hindúes son muy indeterminados y lo mismo ocurre con los límites,

entre Hinduísmo y Mahometismo. Es frecuente que los hindúes acudan en peregrinación a los santuarios mahometanos o que se sirvan para el culto de sacerdotes ma-

Fig. 13. Siva

hometanos. Por otra parte, existen musulmanes que además de ofrendar en los templos hindúes, viven con arreglo a los preceptos, no del Mahometismo, sino del Hinduísmo.

Los dos dioses principales de los hindúes son Siva y Visnú. A cada uno de ellos les corresponde una secta: los saivas o adoradores de Siva y los vichnavas o adora-

dores de Visnú. Tal división no es, empero, exactamente rigurosa. El hindú, de ordinario, no distingue mucho entre ambas divinidades, y adora a las dos indistintamente.

Fig. 14. Visnú

Además de éstos considera muy a menudo a otros dioses, al dios de su aldea o de su tribu, y en sus creencias desempeñan un papel considerable las más diversas representaciones. Las dos divinidades, Siva y Visnú, se unen a una tercera — Brahma — para formar una tri-

nidad religiosa en la cual el último aparece como el creador del mundo, Visnú como la fuerza conservadora y Siva como el elemento destructor. Por lo demás, es muy corriente la tendencia a la fusión en una sola de las tres personas de la trinidad: así, por ejemplo, los saivas ven en Brahma y Visnú tan sólo dos manifestaciones distintas de Siva, su dios primordial.

Siva resume en sí la fuerza ostensible, elocuente, de la divinidad, bajo la forma de la destrucción y la violencia, pero también personifica la actividad generadora, sin la cual el Universo sería imposible. Con frecuencia despierta la idea de un dios penitente que se complace en sus propios tormentos, como un *yogi*, que busca anular las fronteras de la existencia limitada mediante su propio aniquilamiento, como un sabio pensador o también como un peregrino que recorre inquieto e incansable el inmenso desierto de la vida y trata de resolver su pavoroso enigma.

A veces, bajo el nombre de Natesa nos lo pintan bailando en un círculo de llamas. Está rodeado de una inmensa cohorte de espectros, los llamados *ganas*, cuyo jefe Ganesa o Ganapati, con su abultado vientre y su trompa de elefante que le sirve para apartar todos los obstáculos, es uno de los dioses más populares entre los hindúes. El símbolo de Siva es el buey Nandi. Pero aun más conocido es por la denominada *linga*, una piedra larga y redondeada que blande como el atributo de la generación. Un mito popular cuenta cómo Brahma y Visnú se esfuerzan en vano por encontrar el principio y el fin de la linga. Los secuaces de la secta de los lingayates, en la India de S., llevan consigo ese atributo. Los lingayates niegan la transmigración de las almas, reprueban los casamientos infantiles y permiten casarse a las viudas.

El número de sectas savaítas o saivas es muy grande. Citaremos los smarta-brahmanes del S., que creen en la identidad del alma del hombre con el alma colectiva del Universo; los sanyasis y los yogis, que ven en Siva principalmente su aspecto ascético, comprendiendo desde los que tienden a la negación y aniquilamiento de la divinidad hasta los que, por el contrario, la materializan con gran aparato de signos exteriores.

La mujer de Siva goza también de un gran prestigio. Se la adora bajo los diferentes nombres de Kali, Parvati, Gauri, Durga, Uma, etc. Sus principales sectarios son los saktas, que le rinden culto bajo el nombre de Sakti, simbolizando la energía del dios. Sus ceremonias religiosas tienen un sello característico de crueldad y lascivia.

Hasta en las formas más depuradas y excelsas de la religión brahmánica se reserva a esta diosa un lugar preferente. En los soberbios templos y pagodas del S. de la India su capilla se encuentra siempre al lado de la del dios, su esposo, y en las grandes procesiones de carrozas, la estatua de Siva se lleva con gran pompa y júbilo hasta el templo de su esposa, donde permanece un cierto tiempo. Estas procesiones tienen su origen en los cultos primitivos.

También Visnú tiene su complemento femenino en Sri o Lashmi, la diosa de la riqueza y la felicidad. Pero no representa junto a Visnú el mismo papel que Kali junto a Siva. Y es que Visnú posee una significación más espiritual, más abstracta que Siva. En él se personifica la representación del *avatar*, el descenso de la Divinidad a la Tierra en todas sus formas, una representación fecunda en grado sumo, cuando se trata de poner en concordancia los mitos arios con los no arios. El número de tales avatares se cuenta desde diez hasta veintidós, aunque teóricamente es ilimitado. Buda se considera a menudo como avatar o encarnación. Los avatares más importantes son Krishna y Rama. Ambos son antiguos héroes de las epopeyas indias, Krishna es quizá también el fundador de un dogma antiguo.

El centro principal del culto de Krishna es Madura, en las orillas del Jumna. Cuando nació este dios, hijo de Vasudeva, el rey Kansa dió la orden de exterminar a todos los niños recién nacidos, porque los profetas habían dicho que entre sus súbditos era nacido un nuevo rey. Pero Krishna fué salvado y unos pastores lo recogieron y criaron; más tarde mata a Kansa y realiza la predicción. Con la figura de Krishna se acopla la representación

de Bhakti en que el creyente, poseído de amor místico, se entrega a su dios. Según algunos, esta doctrina era la

FIG. 15. Templo dravídico de Ellora, tallado en la roca

preconizada por el supuesto Krishna de la historia. Igualmente, el amor entre Krishna y la pastora Rahda, interpretado y celebrado en el culto en su aspecto voluptuoso, se ha querido explicar en un sentido místico como el símbolo de un alma fervorosa que se consume en la

llama del amor divino. También Rama es en su origen una personalidad histórica, un príncipe de Ajodhya (actualmente Oudh), quien, al parecer, por intrigas de harem, se ve obligado durante diez años a huir a la campiña acompañado de su mujer Sita y de su hermano Latshmana. Sita no tardó en ser raptada por Ravana, el rey de los infieles, pero vuelve a ser rescatada con ayuda del príncipe de los monos Hanumán. Este mito es de los más populares de la India y el dios mono Hanumán es adorado en todas las aldeas. Seguramente, en el fondo de la tradición, encontraríamos como fundamento un antiguo culto hacia los monos, de las poblaciones aborígenes, elevado más tarde por los arios a la categoría de mito.

Desde muy temprano en la historia de la India, Rama aparece como un dios. Actualmente desempeña un gran papel y a él más que a ningún otro está dedicada la Bhakti. Para unos debe ser adorado en espíritu y verdad, para otros es un dios sublime y excelso, lleno de amor y piedad hacia los mortales, cuyo culto se debe guardar con todo fervor dentro del pecho.

El Hinduísmo no es religión de propaganda. El hindú nace, no se forma por conversión, toda vez que sus dogmas están íntimamente ligados al sistema de castas y éste es esencialmente nativo y hereditario. No obstante, ya hemos visto cómo en otros tiempos existieron sectas donde las castas no se observaban desde el punto de vista religioso y cómo hasta en algunas recientes esa compenetración de los dogmas con las castas falta o, cuando menos, es poco íntima.

Entre las últimas mencionaremos la secta de Rammohan Rai (1774-1833) que reconoce un solo dios, cuya comunicación con el hombre es directa, sin necesidad de intermediarios; además preconiza la hermandad de todos los humanos; aun más antigua, la de Adi Samadaj, donde sólo se reconoce la autoridad de los libros santos de los indios, como manantial del conocimiento religioso; y una reciente, inspirada no tan sólo en los libros indios, sino también en los textos budistas, cristianos y mahometanos. Aún más lejos va la secta de los Sadharan Brahma

Samaj, que rechaza en absoluto el sistema de castas y ha reclutado la mayoría de sus adeptos entre los hindúes europeizados. El Brahma Samaj es, en realidad, una religión propia de espíritus muy elevados; en el año 1921 contaba con el reducido número de 6000 adeptos.

Mucho más democrática es el Arya Samaj fundada por Dajanand Saraswati (1827-1853), cuyos adeptos aumentaron de 243 000 en 1911 a 468 000 en 1921. En su fundamento se ciñe exclusivamente a las antiguas

FIG. 16. Devoto hindu haciendo penitencia. Kali, Calcuta

tradiciones indias, pero su interpretación se basa en puntos de vista modernos por completo. La labor desplegada en pro de las clases oprimidas así como una intensa propaganda entre los elementos tanto cristianos como mahometanos han sido las determinantes del éxito de esta secta, para el cual es, por lo demás, imprescindible un debilitamiento de los prejuicios de casta. Una elevada moral y una energía varonil son las principales características de la Arya Samaj; su actuación en el actual movimiento nacionalista es muy intensa.

En las densas capas del pueblo indio se confunden todas las ideas religiosas que hemos bosquejado, con otras muchas, más burdas o rudimentarias. Junto a los

grandes dioses surgen otros de menos cuantía. Ya hemos visto cómo los antiguos dioses animales, Ganesa y

FIG. 17. Monumento funerario en Agra

Hanumán, son adorados en todo el país, y cómo ciertos héroes legendarios, cual Rama y Krishna, han ascendido a la categoría de dioses. Casi hasta hoy ha persistido la tendencia de rendir honores divinos a los difuntos.

Todo aquel cuyos hechos se destacan sobre lo vulgar o que termina su vida de una manera trágica, tiene mucho adelantado para merecer la adoración de los indios, desde los héroes nacionales al estilo del caudillo maratha Sivaji o los guerreros extranjeros como el inglés Nicholson, hasta los delincuentes que terminan sus días en la horca. Conocida es también la historia de aquel empleado inglés tan amado por sus administrados a causa de su celo, que anualmente éstos le ofrendaban en su tumba cigarros y botellas de coñac. Varios animales reciben también honores divinos, como la vaca, el mono antropomorfo, llamado con frecuencia hanumán, y sobre todo la serpiente en el S. de la India. Igualmente montañas, ríos, árboles, plantas y toda clase de objetos útiles merecen la veneración de estos hombres para los cuales la religión constituye una segunda Naturaleza; así, el labrador ora delante de su arado; el pescador, ante su red; el tejedor, ante su telar; el escritor, ante su pluma, etc. Y aun se deben añadir los dioses de la aldea, los demonios de las diferentes plagas y otros muchos espíritus diversos. Es claro que dichos cultos rudimentarios no son, en esencia, sino primitivas representaciones provenientes unas de los arios y de los dravidas, las cuales se pueden dar a conocer en el desarrollo religioso de la India como partes integrantes de los dogmas populares. Sin embargo, también se reflejan en las formas más elevadas del Hinduísmo y gracias a ellos se explica la fe que inspiran los ríos y las montañas sagradas adonde los indios acuden en grandes peregrinaciones. El Amarnath en Cachemira, Prayag en Allahabad, Benarés, Gaya, el templo de Jagannath en Orissa, las fuentes de los ríos sagrados y otros muchos lugares, son visitados anualmente por muchos miles de peregrinos. El agua santa del Ganges, purificadora de los pecados, se vende en toda la India y hasta sus habitantes en sus viajes lejanos, a Europa por ejemplo, la transportan consigo.

Si tales visitas se efectúan en las épocas de las grandes fiestas religiosas, creen contraer con ellas méritos tan grandes que ningún indio dejará, si puede, de aprovechar esas ocasiones solemnes. La afluencia es tal, que basta la

proximidad de un santuario regularmente famoso a una línea férrea para asegurar la prosperidad de ésta. Esas grandes fiestas son muy frecuentes. Las festividades

FIG. 18. Idolos de alabastro en una pagoda de Rangoon

religiosas del S. se llaman *makarasankranti* o *pongol* y se celebran al principio de enero. En Prayag se celebra cada año una feria religiosa o *mela*, donde se corona a una vaca para pasearla luego en procesión. En la época del *sivaratri* (mitad o fin de febrero) se venera la linga

y los santuarios de Siva se ven muy concurridos. Antes de la luna llena de los meses febrero-marzo, se festeja el *holi*, con toda clase de farsas carnavalescas, con bailes de adolescentes, embadurnamiento del rostro con polvos

Fig. 19. Interior de una tumba real en Iaj Mahal, Agra

rojos y amarillos y representación de escenas de la leyenda de Krishna. Igualmente el nacimiento de este dios se celebra en plena canícula con gran pompa y con muestras del más desenfrenado júbilo. El *divali* o fiesta de las lámparas, en la luna nueva de octubre, y la *karttikapurnima*, en la luna llena inmediata, son antiguas

fiestas anuales en que se iluminan las calles, amén de otros festejos. Las representaciones antiquísimas en que todas estas festividades religiosas tienen su origen y fundamento, desempeñan en toda la India un papel

Fig. 20. Lavatorio antes de la plegaria en la gran mezquita de Lahore

muy importante, pero sobre todo en las lejanas y aisladas comarcas montañosas o selváticas y entre las tribus dravidas, kolares y tibetobirmánicas. Muchas de ellas, y en especial las de Bengala, Orissa, Provincias Centrales y Assam, integran los animistas propiamente dichos, cuyo mundo está plagado de infinidad de espíritus y demonios, maliciosos y perversos las más de las veces.

A Baghesvar, el dios-tigre y a los dioses-serpientes se les ofrenda, a veces, sacrificios humanos. Ante estas divinidades crueles, la principal misión del sacerdote es desviar su cólera amenazadora. El hombre no es libre y está sometido a todos los dolores, a todos los infortunios, pero no al modo del Hinduísmo por causa de sus actos, de su *karma*, sino por la enemistad incansable de los seres potentes y misteriosos que por doquiera le rodean.

Las restantes religiones de la India las han importado los extranjeros. La más importante es el Islam, cuyos más numerosos adeptos se encuentran en las comarcas sometidas primero al poder de los mahometanos. A esta religión pertenecen casi el 90 % de la población de la Frontera del NO., el 91 % del Beluchistán, el 76 % de Cachemira, el 55 % en el Punjab, el 53 % en Bengala, donde su gran número se debe a la activa propaganda de los antiguos dominadores musulmanes; el 28 % en Assam, el 20 % en Bombay, de los que una mitad proceden del Sind, donde ya en el siglo VII se fundó un Imperio mahometano, y el 14 % en las Provincias Unidas. En otras partes el número de musulmanes es muy reducido. La gran masa de los que profesan la religión del Profeta no son oriundos de los antiguos conquistadores árabes, sino indios genuinos convertidos a ella. Así, en el Punjab sólo un 15 % procede de estirpes extrañas. Los mahometanos se alimentan mejor que los hindúes, son más resistentes y más prolíficos. Además, hacen una intensa propaganda entre los adeptos de las otras religiones, de suerte que la proporción entre su número y el de los hindúes se modifica poco a poco en favor de los primeros. Por otra parte, como ya hemos indicado anteriormente, semejante conversión es más superficial que otra cosa, y a través de las creencias mahometanas, como a través de un velo transparente, pueden adivinarse las concepciones ideológicas hindúes o animistas. El aldeano mahometano no tiene inconveniente en consultar a los astrólogos hindúes para elegir un día feliz en que celebrar sus bodas ni rehuye el implorar a una divinidad hindú para lograr la dicha de tener un hijo. Los santos que los mahometanos veneran

no son, con frecuencia, sino dioses hindúes o brahmánicos transformados. En su inmensa mayoría son *sunnitas* que reconocen la autoridad del Corán, pero armonizando sus doctrinas con las del Sunnat, el libro tradicional de los indios. Al lado de los sunnitas figuran también, en Lucknow y Hyderabad sobre todo, numerosos *xiitas*. Citaremos a continuación los *wahabitas* que rechazan el culto de los santos y cuyas fechorías han hecho, en ocasiones, muy insegura la Frontera del NO., y los sufitas influídos por el misticismo indio. Finalmente, haremos constar que en los últimos tiempos se ha producido entre los mahometanos de la India un movimiento de reforma cuya trascendencia aumenta de día en día. Sus causas determinantes son la instrucción religiosa en las capas populares y la cultura creciente de las clases elevadas, ambas fomentadas por la célebre Universidad mahometana de Aligarh.

Junto al Islam, el Cristianismo ocupa un puesto aún muy secundario. De los 4 754 064 cristianos existentes el año 1921, 4 644 000 eran indios. De ellos son católicos tres quintos (dos quintos católicos romanos, el resto cristianos sirios o sirio-romanos). Tres quintos de los cristianos indios viven en el S., especialmente en Cochin y Travancore, donde la Iglesia siria cuenta, desde muy antiguo, con comunidades fundadas, al parecer, por el apóstol Santo Tomás. Entre las estirpes dravidas y kolares de Chota-Nagpur y entre las tibetobirmánicas de Assam encontramos otros dos centros cristianos. Las clases elevadas, por el contrario, han suministrado muy pocos adeptos a la religión de Cristo. El número total de cristianos aumenta con relativa rapidez; en el año 1881 comprendía el 0,7 % de la población indiana; en 1921, el 1,25 %.

Muy interesante es la pequeña colectividad de los parsis, de los cuales la mayoría habita en Bombay y sus alrededores. Son los descendientes de los persas, que en el año 717 abandonaron su patria para escapar a las persecusiones de los árabes y poder seguir practicando las doctrinas de Zoroastro. Suelen estar integrados por gentes acomodadas, dedicadas a los negocios, muy inte-

resadas en todas las cuestiones que conciernen a la educación popular y a la cultura, y con un espíritu corporativo muy desarrollado. Las «torres del Silencio», donde exponen sus cadáveres para que los devoren los buitres y demás aves de presa, dejan un recuerdo imborrable en quienes las han visto al visitar la gran urbe.

Finalmente, los judíos poseen antiguas colonias en Koalba, Bombay y en el Estado de Cochín. Su número ascendía el año 1921, a 22000.

VIII. La vida económica del pueblo indio

Nada menos que un 71 % de la población indiana vive de la agricultura y de la ganadería. Las condiciones bajo las cuales se ejercen estas actividades son, como es natural, muy variables; pero casi siempre, junto al problema del agua y de las irrigaciones, es la naturaleza del suelo la más digna de atención.

Notables son por su fertilidad las comarcas litorales del S. más abajo de los Ghates y, sin embargo, no pueden compararse con las tierras de la depresión gangética. Aquí se producen con admirable facilidad, con la menor cantidad de trabajo imaginable, los más copiosos frutos. En las regiones central y meridional del interior del país la naturaleza ya no es tan propicia y sólo los valles de los ríos son dignos de consideración desde el punto de vista agrícola. Las formaciones de trapps basálticos del Deccán ofrecen al labrador muchas dificultades, pues el suelo limoso y blanducho durante la estación de las lluvias, se convierte en duro al llegar los meses secos, y en los dos casos es reacio al cultivo. Mientras en el Norte bastan para las faenas del campo los sencillos arados de madera tirados por bueyes, en el S. es muy frecuente tener que utilizar la azada. Por lo demás, tanto aquí como allí los útiles e ingenios agrícolas son muy primitivos. Para la siega se emplean habitualmente las guadañas y se trilla con bueyes, haciéndoles pisar las espigas, eso cuando no se ha quitado el grano de la paja a mano. En los últimos tiempos se ha intentado la introducción de las máquinas modernas, pero la escasa capacidad adquisitiva de los labradores ha sido una rémora para ello.

Cada año se recogen dos cosechas: la cosecha del *jari* en otoño y la del *rabi* en primavera. En la primera figura el arroz como el producto más importante (1), ese cereal que constituye el alimento casi exclusivo de

Fig. 21. Barca para el transporte de mercancías, en el Ganges

gran parte de la población. El arroz se siembra antes del comienzo del monzón: no obstante, las mejores especies se trasplantan después en campos provistos de ondulaciones bajas, para la mejor regulación de los riegos.

(1) 30 849 000 toneladas en 1930.

Bengala, Bihar, Madrás y Birmania son las provincias arroceras por excelencia, y en Assam constituye casi el único cultivo cereal. En las Provincias Unidas también se da bastante, mientras en las Centrales compiten con él otras clases de granos. Las cantidades destinadas a la exportación son muy considerables, sobre todo en Birmania. Los más significados destinatarios son los ingleses, alemanes o turcos.

En cuanto a la recolección de primavera, el grano más importante es el trigo (10 353 000 toneladas en 1929-30), que abarca en el Punjab y en las Provincias Unidas los tres cuartos de la producción total. El trigo se exporta en grandes cantidades a Inglaterra, Egipto, Alemania, Francia, Italia y Holanda.

Las distintas clases de mijo tienen para el labrador indio gran importancia, especialmente en las Presidencias de Madrás y de Bombay, y algo en segundo término en las Provincias Unidas y Centrales. El mijo se recolecta tanto durante el otoño como durante la primavera y se consume en su totalidad en el mismo sitio de producción. Lo mismo ocurre con la mayoría de las legumbres, cuyo cultivo está generalizado no sólo en las Provincias Unidas sino también en el Punjab, Bengala, Bombay y en las Provincias Centrales.

Una larga serie de otros productos tienen para la economía del pueblo indio una significación muy importante. Citemos ante todo el algodón (5 260 000 balas en 1929-30). La mitad del área de cultivo del algodón corresponde a Bombay y Berar, el resto a Madrás, Provincias Centrales y Unidas y al Punjab. El algodón es el producto de exportación más interesante de la India inglesa. Enormes cargamentos de esta materia textil, en bruto, van a surtir los mercados del Japón, Bélgica, China, Italia y Alemania, mientras los productos de algodón, ya elaborados, encuentran su mercado en Asia. También tiene importancia el cultivo del yute (10 385 000 balas en 1929-30), aunque es exclusivo del delta del Ganges y Brahmaputra. El yute en bruto se exporta en gran cantidad a Inglaterra, Alemania y Francia. Pero esta materia se trabaja igualmente en el

país, convirtiéndola en sacos o tela para sacos, que constituyen otro artículo de exportación muy interesante y destinado sobre todo a América. Entre los demás productos del suelo indio, los más importantes para el comercio son: las semillas oleaginosas, tabaco, té, etc. La producción de té aumenta de día en día; Assam y Bengala son las más ricas en este producto. En los años de 1926-27 fué de 392 millones de libras, de las que Inglaterra fué el principal consumidor, reservándose 30 millones para las necesidades del país indio. Cerca de

FIG. 22. Recolección del té en una plantación india

750 000 hombres trabajaban en las industrias del té, y de los 432 millones de pesetas interesadas en ellas más de 360 pertenecen a Inglaterra.

En comparación del té, la producción de café es muy pequeña: apenas si asciende a unos 15 millones de kilogramos. Además, al contrario de la primera, está ahora en período decreciente.

La economía de la India y su importancia para la Gran Bretaña depende en primer lugar de la capacidad del suelo. Por ello es muy natural que el Gobierno, para la mayor seguridad y el desarrollo de la producción agrícola en lo sucesivo, haya tomado las más enérgicas medidas. En particular ha dedicado toda su atención a la mejora de los métodos de cultivo, a la elección de las semillas y a fomentar el empleo de las máquinas y útiles más apropiados.

Una cuestión muy importante y debatida es la referente a la concesión de créditos agrícolas. El labrador indio es en general pobre, cuando no misérrimo. Es muy diestro en su oficio y posee una sabia experiencia heredada de padres a hijos. No tiene prevención, como los labradores de otras regiones del mundo, contra los métodos y las máquinas modernas; lo que le falta no es buena voluntad sino únicamente dinero. Su penuria le crea dificultades siempre crecientes. Antiguamente, los humildes artesanos de las aldeas: el constructor de carros, el carpintero, el herrero, el alfarero, el curtidor, etc., eran remunerados en especie por toda la aldea. Hoy las cosas han cambiado y exigen que se les pague al contado y en dinero. Y una vez que el mísero labrador así lo ha hecho para satisfacer las necesidades de su vida, no le queda otro remedio, si quiere arbitrar recursos para la próxima siembra, que recurrir a los préstamos. El genuino prestamista de aldea es el propio mercader de la misma, el cual exige muy crecidos réditos y se apodera a veces por vías usurarias de toda la cosecha de sus infelices víctimas, y hasta de sus campos. El valor de la tierra ha aumentado considerablemente en estos últimos tiempos, lo que estimula a los despiadados prestamistas a quedarse con las tierras de sus colonos, a los cuales se les plantea

así los más pavorosos problemas. Hace poco tiempo, por fin, se ha ensayado la implantación de sociedades de crédito para aliviar las vicisitudes económicas de los labradores indios y parece ser que el resultado obtenido es lisonjero. No obstante, queda mucho por hacer, como lo demuestra el hecho de no existir todavía, el año 1920-21, más que 2 millones de asociados con un capital de 250 millones de rupias.

Más decisivo que este progreso de índole pecuniaria es el enorme impulso que el Gobierno inglés ha dado a las obras de irrigación. Hoy día la quinta parte de la superficie cultivada está regada artificialmente. Para encontrar el origen de tales sistemas de regadío debemos remontarnos al pasado más remoto, cuando se abrían fuentes y pozos hasta de 100 m. de profundidad y el agua brotaba a impulsos del trabajo del hombre o de ciertas máquinas rudimentarias movidas por bueyes, cuando ya se sabía retener la riqueza acuosa en grandes estanques cuyo tamaño variaba desde el más pequeño hasta el suficiente para alimentar los canales de grandes distritos; igualmente, ya entonces se sabía canalizar las aguas de los grandes ríos. Las obras hidráulicas de todo género continuaron a través de los siglos, pero siempre desperdigadas, sin método ni plan de conjunto. Por primera vez la Comisión de Riegos plantea, en el año 1901, un programa de conjunto. Según las cláusulas de la citada Comisión, las comarcas donde las precipitaciones atmosféricas fueran insuficientes, recibirían mediante los canales artificiales un suplemento de agua para poder atender a las necesidades agrícolas, y aquellas donde un retraso considerable o una falta absoluta del monzón podía acarrear la sequía y por ende la miseria y el hambre, serían protegidas contra tan terrible contingencia por las más enérgicas y eficaces medidas preventivas. La zona de acción de los grandes ríos se hace cada vez más grande mediante la construcción de nuevos sistemas de canales, y en los Ghates vemos recoger el agua de lluvia en grandes cantidades para dirigirla hacia las comarcas más necesitadas. En este aspecto las mayores posibilidades son una realidad, y la obra ya realizada

es verdaderamente ciclópea. Una parte muy extensa de la costa oriental debe su fertilidad a las obras artificiales de irrigación, tanto antiguas como modernas, y aún más palpables son las ventajas derivadas de la política hidráulica en las colonias regadas por los canales en la llanura septentrional de la India. El sistema del Chenab inferior ha convertido en terrenos utilizables para la agricultura 790 000 hectáreas, antes completamente baldías. Su colonización comenzó en 1892 y veinte años más tarde un millón de hombres encontraba allí ocupación y sus-

FIG. 23. Rebaños pastando en el Monte Abu

tento. El total de hectáreas aprovechadas asciende a unos 15 millones y el Estado ha gastado en la obra casi 1000 millones de rupias. Pero como los colonos deben pagar el agua directamente o bien en la forma de impuestos reales, el Estado resulta en definitiva haber hecho un buen negocio con una renta neta anual de un 8 %. A esto se añade la mayor feracidad obtenida para el suelo indio y la importancia alcanzada, en los demás aspectos de la economía, por las nuevas colonias fundadas por los ingleses. Ellas son, por ejemplo, la causa del magnífico negocio que realizan los ferrocarriles. Sin embargo, la progresiva introducción de medidas prohibitivas ha ocasionado un notable descenso en los beneficios netos del Estado. Y eso sin tener en cuenta los gastos realizados para evitar las grandes hambres con la superproducción de otras comarcas.

Al lado de la agricultura, la ganadería representa un papel muy secundario. El ganado vacuno no se mata, en general, para el consumo, sino que se reserva para el trabajo de tiro y carga y en segundo lugar para la producción de leche. La gente pobre no puede, sin embargo, las más de las veces, adquirir esta leche y debe recurrir a la de cabra, más económica. La explotación agrícola del suelo, siempre en aumento, hace cada día más difícil el problema de los pastos; la consecuencia es que el ganado vacuno ha disminuído tanto en cantidad como en calidad. No obstante, cada vez tiene más importancia la preparación de *ghí* o manteca derretida, y de queso para el consumo del país y también para la exportación a la Indochina y África; igualmente, en el Gujarat se ha comenzado a preparar la manteca en latas con destino al mercado indio. Hacia América y Alemania se exportan grandes cantidades de pieles y a Inglaterra muchos cargamentos de cuero.

La riqueza forestal tiene gran importancia desde el punto de vista de la economía del país. Los bosques se utilizan por sus recursos en pastos y además proporcionan leña, la única materia combustible con que se puede contar en abundancia en esta región del mundo tan pobre en carbones minerales. Por esta razón — y esto

tiene mucha importancia desde el punto de vista de la economía rural — se emplea frecuentemente como combustible el estiércol. Las selvas de la India encierran muchos árboles valiosos. Anualmente se obtienen 300 000 toneladas de teca, de ellas 250 000 en Birmania; 200 000 de shorea *(Shorea arbusta)*, sobre todo en las Provincias Unidas y en el Nepal y en gran cantidad también en Bengala, Provincias Centrales, Assam y Orissa. A continuación figuran en importancia los bosques de deodares, sándalos, sissus *(Amerimnon sissoo)*, palo rosa, etc., de los cuales se derivan una infinidad de productos: fibra, semillas oleaginosas, tejidos, materias colorantes, resina, goma, caucho, etc. Los rendimientos de la riqueza forestal son grandes y deben atribuirse en gran parte a los ingenieros forestales alemanes que organizaron la explotación metódica de los bosques hacia la mitad del siglo pasado. Los ingresos ascienden a unos 54 millones de rupias, los gastos a 37,6.

Parte de la población rural, particularmente en las costas, se dedica a la pesca como ocupación secundaria. En Bengala 644 000 personas viven de la pesca y de sus industrias derivadas. Por lo demás, allí se consume entre los propios pescadores gran parte del pescado obtenido. También en Birmania figura el pescado como artículo alimenticio en primera línea. En Bombay se trata esencialmente de la pesca marina; en cambio, en Madrás tiene tanta importancia como ésta la pesca en los lagos y estanques. El guano de pescado (harina de pescado) se exporta en su mayoría a Alemania.

Al lado de la riqueza rural, la industria ocupa aún hoy un lugar secundario, aunque en los últimos tiempos podemos apreciar en ella un impulso considerable. En la actualidad un 10 % — en las grandes ciudades hasta un 30 % — de la población encuentra en la industria sus medios de vida. En Ahmadabad tal número asciende, gracias a sus fábricas algodoneras, a un 50 %.

La industria en épocas pasadas era más bien puramente doméstica y en pequeña escala. Tan sólo en Birmania observamos desde antiguo una especialización de determinadas ramas de la población en distintas clases

de industria constituyendo aldeas separadas. Hoy las cosas han cambiado de un modo radical y se echa de ver con facilidad cuánto ha decaído la antigua aptitud hereditaria de los indios en todos los ramos de la industria. Se ha tratado de evitar esa decadencia de la pequeña industria privada, mas hasta ahora sin éxito.

Paralelamente a la decadencia de la pequeña industria privada, la gran industria realiza, como ya hemos dicho, grandes progresos. Su rama más importante sigue siendo la elaboración del algodón, siendo de notar que la mayor parte del capital colocado en ella es indio. La primera fábrica de algodón se fundó en 1856; en 1925 su número ascendía a 279 con 332 000 obreros, y el de telares a 154 591. Bombay es la sede de esta industria, y acapara el 65 % de la fabricación total de la India. Los tres cuartos de la producción se colocan en la India. Y sin embargo, para que se comprenda su espléndido florecimiento, diremos que la exportación de los tejidos de algodón constituye más del 5 % de la exportación total del país. Pero a pesar de ser bastante bajos los jornales de los obreros, la industria india del algodón tiene que luchar con muchas dificultades. En vano hasta la primera Guerra Mundial los fabricantes indios solicitaron aranceles protectores; sus demandas siempre se han estrellado contra las miras políticocomerciales de sus dominadores. A esto se añade el hecho de ser precisamente las fábricas de tejidos de algodón inglesas las competidoras más serias de las manufacturas textiles de la India. A su lado se deja sentir muy sensiblemente la competencia de las del Japón.

La industria del yute ha conquistado poco a poco una sólida posición. La primera fábrica de hilados de yute se montó en 1855; en 1925 su número se elevó a 88 con 342 000 trabajadores. El capital empleado es casi exclusivamente escocés y la zona principal de esta industria es Bengala, en especial Calcuta y las comarcas de la orilla del Hugli. El valor en rupias del yute en bruto exportado en 1929-30 fué de 27, 17, 37, 585 y el del yute manufacturado 51, 92, 67, 860. Hasta ahora no se ha conseguido organizar esta industria. Los intereses particulares rara vez se han subordinado a los de la colectividad.

La industria de la seda ha representado hasta ahora un papel bien modesto. Su asiento principal es Cachemira y el principal impulso parte del Estado. En tiempos recientes se han hecho ensayos también en Mysore y en Bengala. Sea como quiera, la importación supera con mucho a la exportación (46 millones de rupias la primera y 2,5 millones la segunda en 1926-27).

En cuanto a la explotación minera tuvo mucho que sufrir en el pasado por causa de la competencia europea, pero actualmente parece ganar en consideración de día en día. Así la obtención de carbón es cada vez más abundante, lo cual es de gran importancia para la industria india en general. En 1925 trabajaban en la industria de extracción de carbón unos 253 000 obreros, de ellos 169 000 en las galerías de las minas.

La industria siderúrgica ha adquirido enorme impulso gracias a las grandiosas instalaciones de la *Inders Tata*. Las fábricas montadas en el año 1907 se encuentran en el distrito de Singbhun, y representan un capital de 37 millones de pesetas. Dan ocupación a unos 35 000 obreros. Al mismo tiempo se explotan minas de distintas clases: de manganeso, cromo, zinc, etc., cuyos rendimientos ya notables prometen aumentar mucho en lo sucesivo. Los yacimientos auríferos de Kolar, en el Estado de Mysore, tienen gran importancia. La maquinaria funciona eléctricamente, el número de obreros y funcionarios es superior a 25 000, y la producción anual gira alrededor de 385 000 onzas de oro. Los restantes yacimientos auríferos de Hyderabad, Madrás, Birmania, etcétera, son menos importantes. Otra industria muy digna de mencionarse es la obtención de mica que, poco más o menos, equivale a la mitad de la producción total del mundo. En fin, se recoge también ámbar, grafito y diamantes, aunque en pequeñas cantidades.

Los manantiales de petróleo de la India son de consideración. Se encuentran en el Punjab, Beluchistán, Assam y sobre todo en Birmania. En el año 1926 se obtuvieron cerca de 300 millones de galones con un

valor de unos 109 millones de rupias, y la producción no hace sino aumentar desde entonces. La antigua preponderancia de América sobre la India en esta industria tiende, en consecuencia, a desaparecer.

Junto a las citadas industrias de primer orden florecen en la India otras de menor importancia. Vidrio y objetos de vidrio, índigo y otras materias colorantes, tortas oleaginosas para abono (turtós), papel, cerillas, etcétera, se elaboran sea en fábricas, sea en pequeño por la industria privada. Las tallas de madera y los trabajos en laca y otras muestras de los hábiles artífices indios han gozado siempre de merecida fama. En muchos sectores existen posibilidades hoy inexplotadas, pero que quizá en el porvenir conseguirán desarrollarse y ser utilizadas. Además, en los últimos tiempos se ha ventilado mucho la cuestión de ampliar en grandes proporciones la industria del país en el sentido de trabajar en el mismo los productos brutos que ahora, en su mayoría, se exportan, y muy especialmente de sustituir los géneros importados de las potencias centrales de Europa por géneros indios.

La opinión general es que la India posee todas las condiciones para convertirse en un gran país industrial. Las materias primas existen en cantidades considerables y la fuerza motriz, aunque no tanto, es suficiente para las necesidades de una industria amplia. El carbón y el petróleo se obtienen en el propio país y en cuanto a manantiales de electricidad el porvenir ofrece las mayores posibilidades. Las fábricas de seda de Cachemira, los campos auríferos de Kolar y otras muchas industrias emplean ya como fuerza motriz la energía eléctrica. La sociedad hidroeléctrica *Firma Tata*, fundada en 1910, suministra fuerza para Bombay y debe ser en la actualidad considerablemente ampliada. Las posibilidades existentes no se han agotado ni con mucho, tanto es así que se cuenta emplear en breve en las industrias eléctricas varios millones de libras esterlinas. Además, el factor obrero es muy abundante. Seguramente es Bombay una de las ciudades de la India donde mejor se puede comprobar la presencia de una población obrera estable,

pues en los otros centros populosos se observa que los trabajadores venidos del campo no tardan en volver a sus aldeas. Se dice que el obrero indio no da el rendimiento de los europeos, pero también es verdad que en proporción a su trabajo está mucho peor pagado.

La cuestión del capital ofrece grandes dificultades. La industria en su mayor parte es explotada por ingleses, pues los indios prefieren emplear su dinero en empresas de otra clase. La abstención de los indios, hija de su desconfianza, desaparece tan pronto como el negocio industrial se les muestra claro y remunerador. Si el desarrollo financiero y bancario crece en los términos que ahora se pretende, es probable que el problema del capital industrial tenga una solución satisfactoria.

Otro problema, de aspecto por completo distinto, es si el paso al industrialismo será o no ventajoso desde el punto de vista de los indios. La sustitución de las importaciones de la Europa central mediante los productos de la industria india les favorecería con toda probabilidad muy poco, pues una industria que sólo pueda contar con los mercados de la India apenas resultaría remuneradora, tanto más cuanto que habría de luchar con la competencia extranjera. Claro que es indudable la ventaja reportada a los indios si ciertas materias brutas, como el algodón, semillas oleaginosas, pieles, cueros, etc., exportadas hasta ahora en grandes cantidades las trabajan en el propio país. En tal caso, un número siempre creciente de trabajadores indios encontraría ocupación en las fábricas, donde los jornales son más remuneradores que en las faenas del campo. Pero, paralelamente los jornales también aumentarían en el campo. La suplantación de los antiguos productos manuales de las aldeas por los géneros procedentes de fábrica, que los tenedores obligan al aldeano a pagar al contado, han hecho más difícil el desenvolvimiento económico de éste. No obstante, es indudable que a pesar de esos pagos al contado su situación ha mejorado sensiblemente. Por otra parte, la vida en las ciudades densamente populosas y el trabajo intensivo en las fábricas no es apropiado para el indio, cuya alimentación es de base vegetal y cuya resistencia

orgánica y vigor son, en consecuencia, más débiles que en el europeo. Por lo tanto, no es deseable un mayor

Fig. 24. Principales productos de exportación en la India en millones de rupias (datos del *The Statesman's Year Book*)

florecimiento de la industria a costa de la degeneración física de la raza, y más si se tiene en cuenta que la mayor parte del beneficio pecuniario lo obtendría la raza dominadora, los ingleses, no los indios.

El comercio es muy floreciente, como corresponde a una industria desarrollada, una agricultura próspera en extremo y a un espíritu tan mercantil como es el de los indios. Del comercio viven 18 millones, es decir, el 6 % de la población, incluídos los artesanos que venden ellos mismos el fruto de su trabajo. Entre los traficantes propiamente dichos, son más de la mitad los que se

Fig. 24 bis. Principales productos de importación en la India en millones de rupias (datos de *The Statesman's Year Book*)

dedican a la venta de artículos comestibles: sal, aceites, trigo y otros granos, hojas de betel, legumbres, frutos, etcétera. En general, son tenderos. En las aldeas, el tendero reviste también con frecuencia el papel de prestamista, hace anticipos a los aldeanos bajo la garantía de sus cosechas, cuyos productos vuelve a vender, a veces, a sus mismos desgraciados parroquianos. El comercio de trajes y telas ocupa asimismo un lugar importante, y no menos la compra y venta de los productos de la industria, de los cuales el indio cada vez hace mayor consumo.

El tráfico se ha desarrollado mucho a impulsos de la dominación inglesa. Antes, puede decirse estaba reducido a los límites de cada aldea o de cada tribu; hoy, en cambio, una extensa red de carreteras y vías férreas pone a las aldeas más extraviadas en contacto con todo el resto del mundo. En conjunto cuenta la India con unas

Fig. 25. Balanza mercantil de la India en 1926-27 en millones de rupias (datos del *The Statesman's Year Book*, 1928)

37 000 millas inglesas de ferrocarriles y el tráfico ferroviario se puede calificar de muy intenso, con su movimiento de 550 millones de viajeros y 80 millones de toneladas. Las empresas ferroviarias se han convertido, poco a poco, en un magnífico negocio. Mientras su sostenimiento en un principio ocasionaba pérdidas y el Estado inglés se veía obligado a asegurar a los accionistas una ganancia que el Estado a su vez deducía de los tributos públicos, hoy las cosas han cambiado y los ferrocarriles proporcionan a sus propietarios un 6 % de ganancia. En su mayor parte han pasado a poder del Estado, el

cual, sin embargo, los sigue arrendando a las empresas particulares. Semejante procedimiento tiene el inconveniente de dificultar la regulación adecuada de las tarifas de transporte en favor de la industria. No obstante, la mayoría de los gobernadores ingleses consideran ese arreglo como más ventajoso que la administración directa de los ferrocarriles por el Estado.

La construcción de la red de ferrocarriles y carreteras ha repercutido notablemente en el tráfico exterior. El lugar preeminente corresponde sin duda al comercio marítimo. Pero las fabulosas ganancias que rinde, no aprovechan, sino en una pequeña parte, a los indios, pues la parte más considerable del tráfico exterior y la casi totalidad de la flota comercial pertenece a los extranjeros, especialmente a los ingleses. En el intercambio de productos entre este país y el resto del mundo, es digno de observar que la exportación excede con mucho a la importación. En 1926-27 el total de importaciones y exportaciones fué de 2726 y 3114 millones de rupias respectivamente. Esto se explica por la débil capacidad de compra de los indios, por el hecho de estar bajo la dependencia de un país extraño y por la influencia de los enormes capitales colocados allí. Estos capitales deben producir una renta, y grandes sumas deben remitirse a Inglaterra para pagar sueldos y pensiones. En total se envían a Inglaterra unos 90 millones de libras por ese concepto, y esta enorme suma debe cubrirse con el exceso de la exportación. Los comerciantes ingleses compran, además, en Inglaterra, efectos realizables en la India, y para cuyo pago sirven los géneros indios. El resto se introduce en la India en oro o en plata. Así, por ejemplo, en el año 1913-14 entraron 520 millones de pesetas en oro y 280 en plata. La mitad del oro estaba acuñado con la efigie del soberano inglés. Estas monedas son las reglamentarias en la India desde el año 1899. La libra equivale a 15 rupias de plata próximamente (durante la primera Guerra Mundial a 10 rupias); la rupia a su vez tiene 16 annas, de suerte que el anna y el penique son equivalentes. La plata se acuña en la India y como consecuencia de su bajo precio, el Estado

realiza un gran beneficio, el cual se reserva, constituyendo un fondo que se invierte en papel del Estado, medida que ha suscitado repetidas protestas de los indios.

FIG. 26. Movimiento naviero en la India en 1926-27 en miles de toneladas (datos del *The Statesman's Year Book*, 1928)

Otra particularidad del comercio exterior de la India es que en la exportación predominan las materias brutas, en especial las procedentes de la agricultura, mientras en la importación, por el contrario, son los productos

industriales los que figuran en primer término. El principal artículo exportado es el algodón, del cual en el año 1926-27 se exportó por valor de unos 693 millones de rupias, incluídos los productos manufacturados. Siguen después los cereales, sobre todo arroz y trigo, semillas oleaginosas, yute, té, cueros y pieles. Entre los productos industriales, los cuales abarcan el 23 % de la exportación total, citaremos los géneros de yute y algodón. En la importación el primer lugar corresponde a los géneros de algodón, que constituyen el tercio del total, y de los cuales, en 1926-27 se importaron manufacturas por valor de unos 650 millones de rupias, más del 90 % de las cuales procedían de Inglaterra. Después siguen máquinas y materiales de acero, metales y objetos de metal, etcétera, siendo siempre Inglaterra la principal proveedora. Si se piensa que una gran parte de las materias brutas de la exportación se envían igualmente a Inglaterra y que los fletes están casi en absoluto en manos de los ingleses, se comprenderá la enorme trascendencia del comercio de la India para el Imperio británico. También a los indios les favorece mucho, como es natural, y eso que la exportación de ciertos productos, como los cereales, es evidentemente exagerada dadas las necesidades del país. A veces, el pueblo sufre grandes carestías mientras a su vista se embarcan para Europa enormes cantidades de cereales. Por lo demás, esa exportación abusiva eleva los precios del mercado indio, y aunque los productores resultan favorecidos, las gentes miserables, los desgraciados consumidores, que constituyen la inmensa mayoría, sufren la enorme carga del aumento de precio.

En unión con el comercio conviene citar aquellos ramos más o menos ligados al tráfico y a los transportes. Unos 2,1 millones de indios están empleados en los transportes por carretera, un millón en los ferrocarriles y canales y $^1/_5$ de millón en los telégrafos y teléfonos. Las restantes profesiones: ejército, flota, policía, administración, etc., ocupan al $1\,^1/_2$ % de la población y constituyen el género de vida de 11 millones, o sea el $3\,^1/_2$ % de los habitantes.

IX. La administración pública

La administración de la India se rige por la ley del año 1919, aunque con carácter provisional, pues según la solemne declaración del Gobierno británico, en 20 de agosto de 1917, la meta de los deseos de la metrópoli es que la India pueda llegar a gobernarse por sí misma. Ya es verdad que anteriormente existía cierta independencia en la administración de cada aldea y aun de cada ciudad. Pero los resortes superiores estaban en manos del *Civil Service*, cuya plantilla, en el año 1917, todavía estaba integrada en un 95 % por funcionarios ingleses.

Es indudable que la indianización se produce con rapidez en todas las comarcas del país. No tardará en verificarse el que la mitad de los altos empleados sean indios y cada día son más numerosos los asuntos sometidos a la intervención del pueblo, al tiempo que se proyecta, partiendo de la administración local, conseguir la autonomía administrativa.

La unidad administrativa inferior es la aldea o la ciudad. En la Frontera del NO., en el Punjab y en las Provincias Unidas, la aldea es propiedad común de sus habitantes en tanto no dependa de algún *zamindar* o propietario rural. En tales comarcas las incidencias y circunstancias de la vida pública están reguladas todavía por el *panchayat* o asamblea de ancianos. Pero a su lado encontramos también ejerciendo funciones públicas ciertos personajes principales llamados *lambordares*. En otros sitios gobierna un rajá único, el cual suele ser el dueño del país y de su hacienda. Después de su autoridad se reconoce en cada aldea la de un presidente, cuyo cargo es hereditario las más de las veces; se le distingue con distintos nombres: *patel reddi*, etc.

También las ciudades gozan de cierta autonomía administrativa, gobernándose por corporaciones, cuyos miembros son, en parte, elegidos por los ciudadanos, en parte impuestos por las autoridades inglesas. Entre sus fuentes de ingresos cuentan en primer lugar con los consumos. A esto hay que añadir los impuestos sobre la riqueza rural y urbana, gabelas sobre las transferencias de bienes, etc. Con lo recaudado pueden atender las corporaciones a los gastos sanitarios y de justicia, al sostenimiento del servicio de policía y, en general, de todos cuantos dependen de su gestión.

El principio de la evolución antes señalada ha sido la constitución de *comisiones* seleccionadas que deciden en las incidencias que suscita la administración de las divisiones y distritos; también aquí es el pueblo indio quien elige la mayoría de los miembros de aquéllas, y así no es de extrañar sean indios el 95 % de los miembros de estas comisiones. Se ocupan de los trabajos públicos, como caminos y puentes, de las escuelas, servicios sanitarios y demás sectores integrantes de la administración pública.

Una unidad superior a las divisiones y distritos es la provincia. En las provincias reina provisionalmente la llamada diarquía, es decir, la administración se divide en dos ramas. La una está integrada por los asuntos reservados concernientes a la política del Imperio, como son los asuntos del ejército y de la armada; la otra por los de interés local: sanidad e instrucción públicas, trabajos de comunicaciones, agricultura, bosques, industria, etc.

Si prescindimos de la Frontera del NO., de las islas de Andamán y Nicobar y de ciertas pequeñas comarcas como son las de Ajmer-Merwara y Delhi, para las cuales rigen prescripciones especiales, la regla general es que los asuntos reservados los administre un gobernador con la ayuda de un Consejo llamado *Executive Council*, cuyos miembros son nombrados por la Corona. Las funciones delegadas están, igualmente, bajo la férula del gobernador, pero ya aquí en comandita con los ministros, indios en su mayor parte, responsables ante

las asambleas populares de la provincia, de las cuales salen precisamente. De los miembros de cada ministerio, hasta un 20 % los puede nombrar el gobernador; los restantes se eligen mediante escrutinio popular. Las asambleas provinciales promulgan leyes judiciales y administrativas para la provincia y examinan el presupuesto presentado por el Gobierno, pudiendo aceptar o rechazar cada una de sus partidas. En el caso de que la asamblea no otorgue su conformidad, el gobernador recurre a las medidas necesarias para imponerlo cuando se trata de la seguridad o tranquilidad de la provincia o del mantenimiento de la autoridad del Gobierno inglés.

El poder judicial tiene un escalonamiento jerárquico análogo a la administración. Para lo civil existen jueces de distrito y a ellos están subordinados varios jueces subalternos de distintas clases. En lo referente a la justicia criminal las provincias se distribuyen en circunscripciones, cada una con su tribunal correspondiente. Cada juez tiene varios adjuntos o jurados. Las decisiones de los adjuntos no pueden prevalecer sobre las del juez y hasta en las sentencias por jurados se requiere el asentimiento de aquél. Al mismo tiempo existen magistrados y jueces de paz. En general, siempre se puede entablar recurso contra las sentencias de un tribunal inferior ante los altos tribunales de justicia. Éstos, los llamados *High Courts*, cuyos jueces los nombra la Corona inglesa, se encuentran en todas las provincias importantes. En las otras el tribunal supremo se denomina *Chief Court*, y sus jueces los nombra el Gobierno de la India. Entre los jueces y hasta en los cargos más elevados de la magistratura se hallan muchos indios. La situación de los ingleses ante los tribunales de justicia es privilegiada en cierto modo, ya que tienen derecho a que los juzgue un tribunal compuesto exclusivamente por europeos.

A continuación damos una reseña con la extensión superficial y el número de habitantes de las distintas provincias de la India británica.

1. Bombay, 318 502 km.² con 19 348 219 habitantes.
2. Madrás, 368 619 km.² con 42 318 965 habitantes.

3. Bengala, 203 822 km.² con 46 695 536 habitantes. Calcuta, la capital de Bengala, era antes la sede del Gobierno central de la India y el funcionario mayor de la provincia era un teniente gobernador. Pero cuando el Gobierno se trasladó a Delhi, Bengala se convirtió en Presidencia (decreto de 1.º de abril de 1912).
4. Provincias Unidas de Agra y Oudh, 277 810 km.² con 45 375 787 habitantes. Hasta 1922 estas provincias se llamaron *North-Western Provinces* (Provincias del NO.).
5. Punjab, 256 974 km.² con 20 685 624 habitnates.
6. Birmania, 597 849 km.² con 13 212 192 habitantes.
7. Biar y Orissa, o Provincias Propias desde 1.º de abril de 1912, 215 425 km.² con 34 002 189 habitantes.
8. Provincias Centrales y Berar, 258 531 km.² con 13 912 760 habitantes.
9. Frontera del NO., 34 751 km.² con 2 251 340 habitantes.
10. Assam, 137 303 km.² con 7 606 230 habitantes.
11. Beluchistán inglés, 140 445 km.² con 420 648 habitantes.
12. Andamán y Nicobar, 8140 km.² con 27 086 habitantes.
13. Coorg, 4097 km.² con 163 638 habitantes.
14. Ajmer-Merwara, 7021 km.² con 495 271 habitantes.

Aún hay que añadir Delhi con 1433 km.² y 488 188 habitantes, territorio desglosado del Punjab cuando en 1 de octubre de 1912 se trasladó el Gobierno de la India a dicha ciudad.

El Gobierno central de la India consta de un gobernador general denominado virrey y nombrado por la Corona cada cinco años, y de dos Cámaras: el Consejo de Estado *(Council of State)* y la Asamblea legislativa. El Consejo se compone de 59 miembros, de los cuales 33 son elegidos y 26 nombrados. De estos últimos 19 son empleados. La Asamblea legislativa se compone de 103 miembros elegidos mediante votación popular y 40 nombrados, de ellos 25 funcionarios. El primer presidente de la asamblea fué designado por el virrey para un plazo de cuatro años. Después era siempre la propia Asamblea la que lo elegía, limitándose el virrey a confirmar el nombramiento. El Consejo ejerce sus funciones durante cinco años y la Asamblea durante tres.

El virrey tiene afecto un ministerio *(Executive Council)* con siete miembros, de los cuales dos deben ser indios. Entre ellos se reparten los distintos departamentos de la dirección del país.

En el Gobierno central no existe diarquía y el gobernador general tiene amplias atribuciones, incluso para

tomar ciertas determinaciones importantes, sin contar con la aceptación de la Asamblea legislativa.

En el ministerio presidido por el virrey tiene también jerarquía y asiento el comandante general o general en jefe del ejército de las Indias. Antes, el virrey poseía la intervención suprema sobre la administración del ejército. Pero cuando lord Kitchener fué general en jefe — año 1902 — y se acometió la reorganización del ejército indio estallaron entre él y lord Curzon, en aquel entonces gobernador general, muy serias disensiones, y con tal motivo se decretó que en lo sucesivo el general en jefe fuera director efectivo y real del ejército.

El ejército de la India se compone de nueve divisiones y se divide en otros dos ejércitos: el del Norte con su cuartel general en Mari y el del Sur con su cuartel general en Utakamand. Aún hay que añadir una décima división correspondiente a Birmania. Cada división consta de todos los elementos de las diferentes armas y puede operar con absoluta independencia. Los regimientos de infantería ascienden a 130 y los de caballería a 39. Para la formación de oficiales existe una Escuela de Guerra en Quetta y al mismo tiempo se da instrucción militar a los hijos de los príncipes indios en las llamadas « academias militares de príncipes ». Los oficiales superiores eran, hasta ahora, todos europeos, pero en los últimos tiempos se han admitido también oficiales indígenas en las altas jerarquías. Además del ejército indio propiamente dicho existen tropas integradas exclusivamente por ingleses. A ellas se deben añadir las *Imperial Service Troops*, reclutadas por los príncipes indígenas. En cuanto a los soldados de la policía, pertenecen a la jurisdicción civil.

El ejército indio se recluta, con predilección, entre ciertas clases y estirpes de la población indígena. En primer lugar, citaremos los sikhs, los cuales forman 35 escuadrones y 214 compañías; vienen después diferentes estirpes mahometanas: los gurkhas, con 161 compañías que integran 20 batallones completos; los rajputas con 10 escuadrones y 100 compañías; los jates y los dogras del Punjab; los marathas del Deccán y algunas castas brahmánicas. La inmensa mayoría de los regimientos

son de infantería y de caballería. En cuanto a la artillería, está servida casi exclusivamente por soldados ingleses. El efectivo total de las tropas indígenas asciende a unos 160 000 hombres y las fuerzas europeas a unos 75 000. Las reservas indias pueden elevarse a 50 000 hombres. Las tropas reclutadas por los príncipes indios se elevan a 20 000 y, finalmente, hay que contar con un ejército territorial en el que los indígenas se encuadran cada vez en mayor número.

El ejército de la India es bueno y eficiente, pero constituye una carga demasiado pesada para el Estado. Los gastos que impone ascienden por término medio a 900 millones de rupias.

La decisión suprema, sobre todo los asuntos referentes a la India, concierne no a las autoridades residentes en el país, sino al ministro de la India en Inglaterra, quien asume toda la responsabilidad ante el Parlamento. Tiene afecto un Consejo de no menos de 10 y no más de 14 miembros, de los cuales la mayoría debe haber servido en la India, y un departamento de gobierno, el *India Office*. Frente a los miembros de su Consejo puede aquél hacer prevalecer su opinión, y en las cuestiones secretas, en las que conciernen a la política exterior o a las relaciones con los Estados indios independientes, puede prescindir de la opinión de los miembros del Consejo. En efecto, más de un tercio del territorio indio está gobernado por príncipes indígenas. Con respecto a esos Estados semi-independientes, el Gobierno de la India sólo ejerce funciones de intervención. Dirige su política exterior, procura el enlace de unos Estados con otros y en caso necesario interviene en su administración. Pero generalmente este caso no se presenta. La intervención en los grandes Estados la realizan residentes británicos. Otros Estados de menos importancia se dividen en agrupaciones y son vigilados por agentes del virrey. Y aun hay otros muchos — cerca de 500 — sometidos a la inspección de los agentes de las autoridades provinciales.

Los Estados aludidos son de muy varia naturaleza: unos consisten en comarcas desiertas y estériles; otros,

por el contrario, poseen grandes extensiones muy fértiles y densamente pobladas: su extensión varía desde el más pequeño hasta algunos tan grandes como Italia, ejemplo: Hyderabad. Los cuatro más importantes son: Hyderabad, en el Deccán, 214 000 km.² con 12 471 770 habitantes; su soberano, llamado el Nizam, desciende de los virreyes mogoles, y es el príncipe mahometano más importante de la India. Este Estado tiene moneda y correos propios, así como un ejército de 20 000 hombres, de ellos 6000 de tropas regulares. A continuación citaremos Mysore, en la India meridional, con 76 301 km.² y 5 979 892 habitantes; su maharajá es un hindú y cuenta con un pequeño ejército de 3200 hombres. Baroda, en el Gujarat y Kathiavar con 21 190 km.² y 2 126 522 habitantes; su soberano, el *gaikvar*, es descendiente de un príncipe maharata. El ejército es de 8900 hombres. Cachemira y Jammu en el NO. con 218 670 km.² y 3 320 518 habitantes; el maharajá es un hindú y, sin embargo, la inmensa mayoría de la población es mahometana. Sus fuerzas ascienden aproximadamente a 7000 hombres. Los Estados de Kalat, Kharan y Las Bela, en el Beluchistán, forman un grupo con 185 419 km.², y medio millón de habitantes, cuya importancia desde el punto de vista militar es grande; dicho grupo está bajo la inspección de un agente del virrey. Aún más importante es el grupo *(Agency* = agencia) de Rajputana, con 334 063 km.² y 9 844 384 habitantes, el cual abarca 21 Estados y Ducados, entre los que figuran como principales los de Jaipur, Jodhpur (Marwar) y Udaipur (Mewar). Un grupo o agencia análogo es el de la India central, con 200 372 km.² y 9 184 008 habitantes, comprendiendo unos 130 Estados, entre otros los de Gwalior, Reva, Indor y Bhopal.

Por su régimen especial merecen mención aparte los Estados del Himalaya: Sikkim, que está sometido a la inspección de un delegado político del virrey, y cuya situación en el terreno político es muy indeterminada; el Bhutan, que hasta el año 1910 no se dejó regir en sus relaciones exteriores por el Gobierno de la India inglesa y que conserva de hecho su independencia; otro tanto ocurre con el Nepal, donde más bien que la suprema autoridad inglesa se reconoce la de China, y, por último, en el NO. encontramos algunos pequeños Estados: Amb, Chitral, Dir, Badchaur, donde la intervención inglesa es bastante precaria.

Los demás Estados son regidos por los gobiernos provinciales. Los dos Estados del S., Travancor y Cochin, merecen especial mención por el florecimiento de su instrucción pública. Fuera de la India, el S. de Persia y otros varios Estados en las márgenes del golfo Pérsico han sido atraídos a la esfera de acción de la Gran Bretaña e igualmente podemos comprobar la influencia inglesa en el Tibet y en las comarcas fronterizas de China. En cuanto al Afganistán, se le reconoció como Estado independiente a partir del 22 de noviembre de 1921.

Por otra parte, existen en el interior de la India comarcas pertenecientes a otras potencias europeas. Los portugueses poseen Goa y Daman, en la costa occidental y la isla de Diu en la punta meridional de Kathiavar, con medio millón de habitantes en conjunto. Francia a su vez domina en Pondicherry y Karikal en la costa oriental, al S. de Madrás, en Chandernagore a orillas del Hugli, y en un par de pequeños dominios, con unos 270 000 habitantes en total.

El Imperio indobritánico es, pues, con mucho, el más importante de todos los Estados indios. Teóricamente se puede considerar como tal Imperio, puesto que el rey de Inglaterra, desde 1877, es proclamado siempre como *Kaisar-i-Hind* (emperador de la India). Él es el jefe supremo de los príncipes indios, y el virrey solamente su representante. Sin embargo, este último es, en realidad, cuando el ministro de las Indias no se inmiscuye, el director efectivo de toda la administración del país. Las relaciones entre el Gobierno central y los provinciales se regulaban antes por medio de ciertos contratos y cláusulas. Los negocios y problemas de Estado se repartían entre ambos o bien cada uno tomaba a su cargo los de una clase determinada. Pero la nueva reforma del año 1919 originó una completa separación entre los

negocios de Estado y los puramente provinciales. Los ingresos del Estado consisten, principalmente, en los enormes impuestos sobre entradas, importaciones y exportaciones y sobre los servicios públicos, y, por último, en contribuciones provinciales. También los gastos públicos están repartidos. El Estado se preocupa del sostenimiento del ejército, de la construcción de ferrocarriles, correos y telégrafos y de pagar las rentas de la Deuda pública; mientras la administración general, los servicios de justicia, escuelas e higiene son de la incumbencia de las provincias o autoridades locales, si bien el Estado ejerce también aquí su intervención protectora.

La fuente de ingresos más considerable es la de los impuestos sobre la tierra, cuyo importe asciende anualmente a unos 370 millones de rupias. En teoría es el Estado el propietario del suelo y su poseedor paga el impuesto a cambio de la protección que aquél le presta. El importe del impuesto sobre la tierra es fijo en Bengala, Oudh y en parte de Madrás; por otra parte, se establece nuevamente de vez en cuando, al tiempo que se regulan los derechos de los propietarios. Lo pagan en parte los *rajás* y en parte los *zamindari* o propietarios. El impuesto correspondiente a estos últimos se eleva a la mitad del censo del arrendamiento o a la cuarta parte, si la valoración es estable. Su máximo no pasa de la mitad del rendimiento bruto del terreno; en general, es muy inferior a ese máximo, y a veces no pasa de un 4 % de dicho rendimiento bruto. Otra fuente de ingresos muy copiosa son los consumos. Están fundados en la venta de bebidas espirituosas, cáñamo y opio, y produjeron en el año 1927-28 195 millones de rupias. Los ingresos procedentes del opio han disminuído mucho desde que ha cesado la exportación a China, conforme al convenio de 1907. En los años de 1901-10 importaron de 90 a 100 millones de rupias. Actualmente no pasan de 38 millones.

Muy considerables son también las cantidades recaudadas por las aduanas de importación. En el año 1927-28 tales cantidades fueron casi de 487 millones de rupias. Estos impuestos de aduanas eran puramente del Estado. Allí donde debían funcionar como aranceles protectores,

como en las comarcas productoras de tejidos de algodón, se establecía un impuesto correlativo sobre la producción, en virtud del cual la competencia con la industria inglesa resultaba muy difícil para los industriales indios sometidos a esa nueva carga. Los géneros de importación pagaban en aduanas, por regla general, el 5 % de su valor.

Fig. 27. Distribución del presupuesto de ingreso en la India en millones de rupias (datos de 1927-28, según *The Statesman's Year Book*, 1928)

Los impuestos sobre la renta han aumentado considerablemente en estos últimos tiempos, de 25 millones de rupias en el año 1911-12 a 250 millones en 1927-28.

Un impuesto extraño es el de la sal, que durante mucho tiempo ascendía a una rupia por individuo (es decir, 37,32 kilos). Supone una carga pesada para las clases inferiores, y su aumento a consecuencia de las dificultades económicas ha sido acogido con el mayor desagrado. En el año 1927-28 le produjo a Inglaterra unos 70 millones de rupias.

A excepción del impuesto del timbre, cuyos rendimientos en los años pasados no bajaban de 100 millones de rupias, los demás impuestos directos del Estado no han sido muy remuneradores. Los servicios de correos,

telégrafos, riegos, bosques y ferrocarriles han sido, en cambio, por su parte, muy productivos. Sólo los ingresos proporcionados por los ferrocarriles durante el año 1927-28 constituyeron la importante cantidad de 349 millones de rupias. El Estado recauda anualmente por todos conceptos unos 1200 millones de rupias.

Si ahora de los ingresos pasamos a los gastos, diremos, en primer lugar, que sólo en el ejército el Estado gasta

FIG. 28. Distribución del presupuesto de gastos en la India en millones de rupias (datos de 1927-28, según *The Statesman's Year Book*, 1928)

más de 550 millones de rupias. Los gastos que requiere la administración son asimismo muy elevados. Si consideramos reunidos todos los capítulos que la administración abarca, llegaremos a la gigantesca suma de 800 millones de rupias. De ellos, 175 corresponden a los gastos que la recaudación de los impuestos origina, 8 a los servicios de correos y telégrafos, 450 pagados por sueldos a los diversos empleados, etc. Los gastos en Inglaterra para el pago de la Deuda del Estado indio son también considerables. Entre esos gastos figuran en lugar preferente las pensiones. Los empleados civiles tienen derecho a pensión a partir de los 25 años de servicio ; en las otras

clases de empleados las condiciones de retiro varían. Los gastos sanitarios y de instrucción pública los cubren actualmente las provincias y los vota el Parlamanto indio.

FIG. 29. Vista parcial de la residencia del Maharajá de Jaipur

La instrucción pública es uno de los problemas más difíciles que se le plantean a la administración india. En tiempos pasados las clases elevadas se instruían en el

saber de sus antepasados mediante profesores particulares en cuyos domicilios estaban instaladas las escuelas.

Fig. 30. El palacio del Viento, de Jaipur

En cuanto a los hijos de las clases inferiores aprendían a leer en una escuela pública, pero la enseñanza esencial la recibían directamente de su padre, cuya profesión estaban destinados a heredar. Las niñas no recibían,

por su parte, instrucción alguna. Bajo el dominio de los ingleses empezó a cuidarse la enseñanza superior con miras a crear individuos aptos para intervenir en la administración del país. Hoy la enseñanza superior está más extendida que la elemental, si bien modernamente se tiende a robustecer la última. Según los últimos censos se desprende que sólo un 8,2 % saben leer y escribir una simple carta. El número de los que podían leer un libro impreso era mayor, pero hay que tener en cuenta que en este país original no es lo mismo saber leer que entender lo que se lee, es decir, hay muchos hindúes capaces de leer a otros en alta voz los antiguos libros y, sin embargo, ni ellos, ni a veces sus oyentes comprenden una palabra del texto; y lo mismo ocurre a veces a los muslimes con su libro santo: con el Corán. Huelga decir que la mayoría de los individuos que saben leer y escribir pertenecen al sexo fuerte. El sistema *pardh*, (*pardah* = harem; propiamente *cortina* que separa el gineceo del resto de la vivienda), según el cual las mujeres deben ser excluídas de la vida exterior, muy extendido entre las castas superiores, ha dificultado la instrucción femenina. Así vemos que la proporción de mujeres que saben leer y escribir es de un 2,4 % mientras en los hombres alcanza a un 10,9.

La proporción no es, sin embargo, la misma en todas las regiones; en la India británica es algo más favorable que en los Estados indígenas, donde sólo un 11,9 % entre los hombres y un 1,6 % entre las mujeres, saben leer y escribir, mientras esos números en aquélla se convierten en 14,4 y 2, respectivamente. Observemos, no obstante, que en Birmania, donde se ponen de manifiesto los más espléndidos resultados en este sentido (31,7 % en el total de la población, 51 % de los hombres y 11,2 % de las mujeres), ese resultado se debe no a la actuación de profesores pagados por el Estado, sino de los monjes budistas dedicados a la enseñanza. Aunque la regla general es la enunciada, existen, empero, algunos Estados indígenas más adelantados en cuanto a la enseñanza pública que las provincias regidas por el Gobierno inglés. Así, esos procientos son en Cochín 21,4-31,7 y

11,5, en Travancor de 27,9-38 y 17,3 y en Baroda, donde la enseñanza primaria, obligatoria y gratuita se ha ido introduciendo poco a poco, de 14,7-24 y 4,7. Las provincias británicas más favorecidas son, prescindiendo de Birmania, Bengala (10,4-13 y 2,1), Madrás (9,8-17, 1 y 2,4) y Bombay (9,5-15 y 2,7). Después siguen : Assam (7,2-12,4 y 1,4), Bihar y Orissa (5,1-9,6 y 0,6), Punjab (4,5-7,4 y 0,9) y las Provincias Unidas (4,2-73 y 0,7). La más retrasada es Cachemira (2,6-4,6 y 0,3). Una cosa muy notable, digna de observarse, es que los procientos más elevados aparecen en comarcas donde los elementos arios figuran en menos proporción. Esto proviene, en parte, de que entre los arios el sistema de castas está más arraigado que entre los dravidas y la instrucción es casi un privilegio de las castas elevadas. Tan es así que los hijos de las familias humildes apenas si son admitidos en las escuelas y cuando lo son quedan relegados a un local inferior, por ejemplo, a la veranda.

En general, las diferencias de casta desempeñan un papel importante en esta cuestión. Los más favorecidos son casi siempre los brahmanes. En el N., en cambio, ocupan un lugar preferente los escribanos y gentes de negocios. Otro factor diferencial, muy digno de tenerse en cuenta, es la religión. A la cabeza de la cultura popular figuran los parsis (79,7-85,4 y 72,1). Después siguen los yaínos (34,1-57,5 y 8,7), los budistas (33-55,4 y 11), los cristianos (28,5-35,5 y 2,1), los sikhs (6,8-10,7 y 1,6), los hindúes (7,5-13 y 1,6), los mahometanos (5,89,3 y 0,9) y los animistas (0,9-1,6 y 0,1). Entre los parsis, próximamente la mitad de los hombres y un sexto de las mujeres saben leer y escribir, no sólo en su propio idioma sino también en inglés. Muchos de ellos poseen el francés. En cuanto al inglés, está muy extendido por todo el país, pudiéndose calcular en 10,7 % entre los hombres y 1 % entre las mujeres el total de indios que pueden servirse de la lengua de sus dominadores.

Según los últimos censos el número de las escuelas primarias es de 183 164, las cuales, sin embargo, son insuficientes. En esas escuelas, en 1928 recibían instrucción 7 millones de niños y 1 millón de niñas. La enseñanza dura, por término medio, cuatro años, y empieza a los cinco. Casi siempre ocurre que los escolares no pueden participar sino en parte de las clases diarias, pues desde pequeños deben ayudar a sus padres en las faenas de la casa. Como consecuencia de esto y de lo mal que se paga a los maestros, éstos no suelen ser muy cultos ni competentes. Sólo una cuarta parte de ellos poseen una cultura que merezca tal nombre y dicha cultura es superficial la mayoría de las veces. Mucho se ha hablado de la espinosa cuestión de la enseñanza popular en la India. Este problema cultural es, en parte, un problema de dinero y por tal razón es de prever pase aún mucho tiempo antes de que la enseñanza general obligatoria y gratuita, tan anhelada por muchos indios, sea efectivamente un hecho.

El objetivo de la instrucción primaria es enseñar a los niños a leer y escribir la lengua materna, los principios más sencillos del cálculo, los fundamentos de la geografía y de la historia de su país, y algunas nociones de agricultura e higiene. Desgraciadamente la potencia instructora de los maestros indios es, tanto en cantidad como en calidad, insuficiente para alcanzar con eficacia ese fin.

Las Universidades o escuelas de altos estudios son mejores en proporción. Pero también aquí se tropieza con la dificultad de la mala enseñanza, pues únicamente una pequeña parte del profesorado está a la altura de su misión. El número de Escuelas superiores es, con arreglo al último censo, de 10 837 con 1,7 millones de alumnos. En la mayoría se enseña el inglés, idioma que sirve después para la enseñanza de las asignaturas superiores. Tales escuelas preparan para el ingreso en las Universidades o para las distintas profesiones corrientes. En el primer caso los estudios acaban en un examen de reválida donde se ponen de manifiesto los conocimientos del alumno en el idioma inglés, y en otro, sea oriental, sea europeo, en matemáticas, historia, geografía, y en nociones de Ciencias naturales. El sistema de enseñanza en dichos centros adolece del defecto de no inculcar al alumno una cultura sólida, sino únicamente de darle unos

conocimientos superficiales para salir con éxito de la prueba final. Así se ve con frecuencia el caso de escolares aprobados en el idioma inglés que no son capaces, sin embargo, de leer y comprender un libro en ese idioma; y lo peor es que tampoco dominan la propia lengua materna. Otra grave deficiencia es el prurito equivocado de lanzar a los muchachos a los estudios superiores

Fig. 31. Vista de Madrás desde el Sur

cuando apenas han alcanzado la edad del discernimiento, hasta el punto de que algunos pasan sus exámenes a la temprana edad de doce a quince años. Los abusos en este sentido se han cortado algo, habiéndose limitado a los quince años la edad mínima de ingreso.

Para los alumnos que se orientan hacia las profesiones utilitarias existen clases esencialmente prácticas de agricultura, técnica industrial, etc. Al final sufren un examen *(School Final)* cuya aprobación sirve de certificado de aptitud en las distintas ramas de la administración y de las profesiones corrientes. De las dos ramas en que se

dividen los alumnos al salir de las escuelas superiores, la primera, orientada hacia la Universidad, es la preferida, por ser el camino para obtener los mejores empleos del Estado, aunque haremos constar cómo la segunda rama, si bien siempre en segundo término, va adquiriendo de día en día más importancia. El número de candidatos para el llamado examen de ingreso fué en el año 1911 de 21 225, de los cuales sufrieron la prueba 10 676, y este número aumenta cada año.

Aprobado el examen los estudios se continúan siempre en los llamados *Colleges* anejos a las Universidades. En cuanto a éstas, su misión se reduce a examinar a los alumnos de los *Colleges* y a otorgar los títulos académicos. En los últimos tiempos, las Universidades han comenzado a ser también verdaderos centros de enseñanza viviendo dentro de ellas los alumnos a imitación del sistema inglés.

Las Universidades más importantes están en Calcuta, Madrás, Bombay, Allahabad y Lahore. Sirven para la enseñanza de Ciencias abstractas, de Ciencias naturales, Medicina, Derecho e Ingeniería. En Lahore existe también una Facultad oriental. La Universidad india recién fundada en Benarés se dedica, en primer término, al estudio de las ciencias tradicionales del país y en especial de la religión. A su vez en Aligarh se encuentra una Universidad mahometana análoga. Y aun en los últimos tiempos han aparecido otras Universidades nuevas.

Al margen de las Universidades existen otros centros de enseñanza de gran importancia. Son las distintas escuelas técnicas, las de artes y oficios, las de comercio, las de maestros, los institutos para los hijos de los príncipes indios, etc.

En estos campos de la enseñanza superior vuelve a manifestarse de nuevo la desgraciada posición de la mujer. Por regla general, en los centros de enseñanza que hemos enumerado se admite a las muchachas, pero es a costa de muy grandes inconvenientes. Y otro sector de población, cuya situación ante el problema de la enseñanza es muy desairada, es la población resultante de la mezcla de indios y europeos. A menudo

se trata de gentes muy pobres, tanto como los indios y que, sin embargo, no están en condiciones de vivir como éstos. Despreciados por los ingleses y por los indios, sólo mediante una excelente educación escolar consiguen estos desgraciados encontrar empleos u ocupaciones con que ganarse la vida. Y precisamente en este aspecto

Fig. 32. Una calle moderna de Calcuta

educacional práctico las circunstancias están muy lejos de ser satisfactorias.

La instrucción superior en la India, prescindiendo de la Universidad hindú, de la mahometana, y de las escuelas de las misiones, las cuales han alcanzado una existencia próspera, es puramente profana. La moral o la religión no se enseña y ha sido imposible, en general, acomodar las ideas de los indios a la modalidad de la ciencia europea. Los alumnos aprenden tan sólo lo que necesitan para la práctica de su profesión, sin llegar jamás a asimilarse el espíritu de la cultura europea. Sus

ideas son completamente distintas a la nuestras y un abismo infranqueable se abre entre todas sus atávicas concepciones y las nuestras empapadas de novedad. A menudo los estudiantes indios, al contacto de la cultura europea, rompen con sus tradiciones, con todos sus viejos prejuicios, sin que un nuevo elemento educador sustituya en ellos a los que así han perdido; de aquí la pérdida de su carácter y de su moralidad. Las escuelas indias no ofrecían nada nuevo que pudiera compensar semejante pérdida, pues los ingleses mantienen el principio primordial de no mezclarse en nada de lo que concierne a las costumbres, a la moral o a la religión de los indios. Por tales razones el indio culto se nos aparece siempre como una trágica caricatura del hombre culto de Europa, toda vez que carece de un fondo moral sobre el cual los conceptos de la vida y de la ciencia resalten como una construcción armónica. La conciencia del mencionado estado de cosas conduce a muchos indios, y en especial a las naturalezas pensadoras y reflexivas, a una enérgica reacción contra la civilización europea, de la cual piensan que emponzoña y marchita sus más altos valores espirituales sin ofrecerles compensación apreciable.

X. Reseña histórica

Primer período

La conquista por los arios

Los comienzos de la historia de la India se pierden en la noche de los tiempos. Sobre todo en lo que se refiere a las vicisitudes sufridas por las poblaciones autóctonas del S., los antiguos dravidas, nuestra ignorancia es casi absoluta. Y es sensible, pues si hemos de creer a las remotas obras maestras de la literatura de los arios que en los nebulosos tiempos anteriores a la formación de toda historia conquistaron la India partiendo del Irán, los dravidas constituían un pueblo relativamente culto. Tenían sus castillos y fortalezas y eran capaces de oponer a los invasores una fuerte resistencia. Para formarnos idea de su grado de civilización, baste decir que después de la conquista aria la mayor parte de los obreros manuales y artistas se reclutaban entre los dravidas. No obstante, los arios ocuparon, sin ningún género de duda, un escalón de cultura superior y por eso se les puede designar como los creadores y depositarios de la refinada civilización india.

Es imposible decir cuándo se produjo la primera invasión aria de que nos habla la historia. Partiendo de ciertas indicaciones astronómicas, encerradas en las más antiguas obras literarias de los arios de la India, han podido fijarla el profesor alemán H. Jacobi y el indio Tilak, entre los años 4500 y 2500 a. de J. C.; este margen cronológico se ha reducido, y hoy son muchos los que admiten ocurrió en la primera mitad del tercer milenio.

El enlace con los pueblos iranios afines, de los cuales procedían, no se perdió por completo, y así vemos durante el segundo milenario cómo se adoraba en Mesopotamia a los dioses indios.

En los venerables y hermosísimos poemas épicos de los arios podemos seguir paso a paso la conquista de la India, del más bello país del mundo, por la raza más fuerte, inteligente y armoniosa. En un principio los encontramos en el NO., en el Afganistán y en el Punjab. Los nombres de varias tribus: puru, turvasa, yadu, anu, druhju, bharta, tristu... han llegado hasta nosotros; eran ya gobernadas por reyes llamados *radjan*. Casi siempre guerrean unos contra otros o contra los naturales del país. Lentamente los vemos correrse hacia el E., estableciendo un contacto cada vez más íntimo con esos naturales a los cuales dominan e imponen su cultura, pero cuyo predominio numérico, hasta en las ciudades fundadas por los invasores, es a su vez más incontestable cuanto más se avanza hacia Oriente. En el Punjab aún es hoy el elemento ario el predominante, pero llegando ya al Doab, entre los ríos Jumna y Ganges, empieza a ceder ante la fecundidad innata de los dravidas. Precisamente en esta región la cultura aria, al choque con las culturas primitivas, ante la lucha por dominarlas y absorberlas, se desarrolla con más pujanza y convierte al Doab en el centro de la civilización india, en el *Brahmavarta* por excelencia. Las tribus arias más importantes fueron los kurus y los panchalas, y la tradición nos habla de los tremendos combates habidos entre los primeros y sus afines los pandavas. En tanto, más hacia el E., en el Oudh actual, reinaba la dinastía del Sol. A ella perteneció Rama, hijo de Dasaratha, una de las figuras más famosas de las tradiciones indias y de cuyo paso al dominio mitológico con la categoría de un dios ya hemos hablado en otro capítulo. Su suegro, Janaka, reinó en el país de Videhalanda, en el Bihar actual, y figura como un protector de la ciencia, como un sabio y un pensador de primer orden.

En tiempos algo posteriores existen desde el Afganistán hasta Bengala 16 reinos arios; sólo entonces em-

pezamos a entrar en los dominios de la historia. El reino de Kosala, formado por la parte E. de las actuales Provincias Unidas, con su capital Sravasti, fué regido en la segunda mitad del siglo VI por el rey Prasenadjit. Pero más poderoso era su vecino oriental Bimbisara, el rey de Magadha. Su capital era Rajagriha (hoy la Rajir del Bihar). Su hijo Ajatasatru extendió los límites del Imperio, de suerte que los soberanos de Magadha llegaron a ser los árbitros de la India. La capitalidad se trasladó después a Pataliputra (hoy Patna), en la confluencia de los ríos Ganges, Son y Gandak. Durante este largo período pudieron los arios propagar y fortalecer su poder en toda la India. Verdad es que aún de vez en cuando el fragor de las batallas resuena en nuestros oídos; pero ya no son los naturales quienes mantienen el ardor bélico, sino los propios arios en sus luchas intestinas. En cuanto a sus relaciones con los primitivos, con los naturales o autóctonos, si bien es cierto que en un principio necesitaron de la espada para someterlos, después emplearon únicamente las armas pacíficas y más eficaces de la cultura.

Pronto vemos a ciertos elementos privilegiados del complejo cuerpo ario destacarse y ocupar el primer término en la escena de la historia. La estirpe de los Rajanjas o Chatrias lleva el peso de la guerra y sus victorias hacen posible a los brahmanes o representantes de la religión y de las ciencias dedicarse a una intensa propaganda espiritual. De las profesiones remuneradoras de la agricultura y del comercio se ocupan los llamados *vis* o *vasias* y a su lado pulula la inmensa población de los obreros manuales, de los esclavos, de los que viven de oficios despreciables, todos los cuales en conjunto son llamados sudras y no se cuentan como arios ni como ciudadanos libres. Así, pues, los principales depositarios de la civilización fueron desde un principio los brahmanes, y esa civilización fué, cada vez más, un espléndido modelo a seguir por todas las demás castas, tanto arias como dravidas. Los dioses arios, los que llevaron a sus adoradores a la victoria, aparecieron a los ojos de los no arios como divinidades poderosas, más que las suyas propias;

así, no tardaron en rendirles culto acabando por confundirlas con sus antiguos dioses. De este modo nació, a pesar de todos los impedimentos de raza y de casta, cierta comunidad entre conquistadores y conquistados. Al mismo tiempo toda clase de elementos de cultura se extendían por las regiones del inmenso país haciendo esa comunidad más íntima, más firme e indisoluble. Los arios prodigaron generosamente a los pueblos sometidos el inmenso caudal de su cultura. Pero dada la larga convivencia era de esperar que los arios a su vez fueran influídos por las concepciones ideológicas de la cultura inferior dravida, y así ocurrió en efecto, tanto más cuanto los primeros no tardaron en considerarse a sí mismos como hijos del país, como verdaderos indios.

Una literatura pujante floreció en este tiempo. Sus himnos, sus rapsodias, se transmitían verbalmente de padres a hijos, sin el auxilio de la escritura, como en parte ocurre aún hoy.

En la cúspide de esta literatura aparecen los famosos Vedas, sobre todo el *Rigveda* o *himnos de la sabiduría*, una colección de 1082 himnos antiguos reunidos en diez libros. No nacieron todos al mismo tiempo: al contrario, su formación abarca largos siglos, como se echa de ver observando las diferencias de lenguaje, de conceptos y de idearios puestas de manifiesto en sus diferentes partes. La mayoría de sus himnos son cantos de alabanza a los dioses arios. Entre estos dioses se destacan algunos — con seguridad los más antiguos — que son denominados *asuras*. Los más eminentes son: Mitra, en cuyo seno va encerrado el germen de las futuras humanidades, y Varuna, el compendio de toda la sabiduría. Los himnos dirigidos al último, se distinguen por un profundo sentimiento religioso y constituyen los más bellos pasajes de toda la colección de los Vedas. Un dios antiguo es también Jaus pita, el dios del cielo, el equivalente al Júpiter de los romanos, al Zeus de los griegos y al Ziu de los antiguos germanos. Igualmente el dios-sol es alabado bajo muchos nombres, entre otros, bajo el de Visnú, que más tarde había de ser una de las divinidades principales. Pero el dios nacional es, sin duda, Indra, quien con su rayo ani-

quila al demonio Vritra y pone en libertad a las masas bienhechoras del agua, es decir, al dios del monzón. Como personificación de las fuerzas naturales citaremos a continuación de Indra a Vata o Vaju, el dios del viento; Rudra, el terrible dios de las tempestades, el cual más tarde había de convertirse en Siva; Pardchanja, que personifica las nubes de la lluvia; Ujas, el dios de la aurora, y sobre todo Agni o dios del fuego. Un libro entero se dedica al soma, la embriagadora bebida de los dioses, con la que Indra se fortalece para sus empresas y que también gusta a las demás divinidades. Al lado de los mencionados aparecen otros seres divinos de distinta naturaleza: los dos asvins o médicos divinos, cuyos hechos maravillosos se cantan de diversas maneras; las apsaras o ninfas; los ribhus o duendes, hábiles en todas las artes; los marutes o auxiliares de Indra; antiguos héroes, ríos sagrados, etc.; hasta se encuentran indicios de un culto a los monos. En torno de tan múltiples figuras se teje un magnífico tesoro de mitos y leyendas. Algunas se refieren en los cantos védicos en forma de diálogo y sin embargo la exposición general es algo deshilvanada, de suerte que el conjunto no forma una epopeya tan definida como las de Homero.

En contraposición con los hombres débiles y maliciosos los dioses son, en general, buenos, y no exigen de aquéllos sino su adoración. Los cantos de alabanza estriban casi exclusivamente en fórmulas mágicas. Los indios han creído, desde los más remotos tiempos, en la fuerza misteriosa de los sortilegios, de las frases y fórmulas de encantamiento, en el fondo de cuyo simbolismo aparezca majestuosa y solemne la verdad. Quien habla según la verdad, puede disponer del *brahman*, es decir, de las fórmulas santas y de la fuerza mágica en ellas encerrada. En tales fórmulas se alude con frecuencia a las legendarias empresas del dios al cual se invoca. Como consecuencia, el dios resulta exorcizado y se ve forzado a acceder a nuestros deseos. Junto al dios que se adora en un momento dado, los restantes aparecen relegados a segundo término, hasta el punto de que sus hechos son muchas veces atribuídos al primero. Esta forma de

adoración se ha llamado *henoteísmo* o *cathenoteísmo*, y en ella se ha creído ver el tránsito del politeísmo al monoteísmo. Pero en el desarrollo de estas creencias intervienen diversos factores. En un tiempo, los contornos de los dioses eran aún muy borrosos. En realidad no son todavía dioses, sino portadores de una energía extrahumana. Por lo demás, muy pronto se ve la tendencia a crear en la multiplicidad del mundo de los dioses una unidad y un orden. Y, sin embargo, al mismo tiempo, los más primitivos puntos de vista, las remotas concepciones de los dravidas siguen influyendo en el sistema. Así predomina, por ejemplo, la creencia algo tosca e inocente de que a la Divinidad hay que invocarla atribuyéndole un poder infinito, es decir, como si fuera sensible, cual los hombres, a la lisonja y a las serviles adulaciones; sólo de este modo se cree lograr sus beneficios.

Ya en el *Rigveda* encontramos a cada paso las más primitivas supersticiones. Y completamente plagada de ellas está otra colección de cantos, el *Atharvaveda*, que contiene 731 himnos agrupados en veinte libros. Los viejos dioses son aquí invocados para expulsar a los demonios, y todas sus páginas abundan en frases mágicas y sortilegios contra las enfermedades y las desgracias, en fórmulas benditas para los pastores, aldeanos, comerciantes, etc., juntamente con sortilegios de amor y conjuros para atraer la desgracia sobre los enemigos. Durante la confección del *Rigveda*, los arios tenían aún su principal asiento en el Punjab; durante el *Atharvaveda*, en cambio, dominaban ya en todo el valle del Ganges. El mismo lenguaje denuncia su menor antigüedad. Claro que el lenguaje no puede aducirse como una razón definitiva, pues, en realidad, sólo demuestra que la redacción del texto escrito se emprendió más tarde. Y todavía nos hace dudar más la circunstancia de que los hechos en él referidos son por lo menos tan antiguos como los que integran el *Rigveda*. La importancia del *Atharvaveda* reside en ser para nosotros como una nueva esfera más amplia y profunda de la cultura india.

Una tercera colección es la llamada *Samaveda*, colección de versos ya mencionados, en su mayor parte, en el

Rigveda, pero que aquí aparecen como el fundamento de las vetustas melodías de los *saman*. Algunas de dichas melodías se encuentra también en el *Rigveda*, y a ellas va unido un poder mágico.

En fin, contamos con los llamados *Iadjurveda*, el manual característico de los sacerdotes del culto, del cual poseemos cinco colecciones distintas. Los otros vedas ya citados están también, en parte, refundidos en distintas ediciones escolares, entre las cuales existen ciertas diferencias, aunque no tan grandes como las que presentan los textos manuales de los *Iadjurveda*. El contenido de estos últimos lo integran una multitud de plegarias y fórmulas muy empleadas para el culto.

Entre los dioses, Rudra (el Siva actual) y Visnú comienzan a adquirir un papel preponderante. La diferencia esencial entre los nuevos tiempos que empiezan y los ya pasados estriba, sin embargo, principalmente, en la importancia creciente atribuída a los sacrificios. Poco a poco surge una potente literatura donde se describen minuciosamente. En el sacrificio toman parte los sacerdotes de cada uno de los vedas, y cada veda, casi cada escuela integrante de cada uno de los vedas, posee su propio libro para el sacrificio, uno de los denominados *brahmana*. Todo nuevo mito o simple indicio descubierto por una de esas escuelas se comunica a las demás, así como sus orígenes y significación aclarados mediante la adición de todo género de leyendas e invenciones.

El foco de tan grande actividad literaria fué la tierra de los kurus y de los panchalas. También el país de los videha con su rey Janaka aparece en primer término. Nos hemos trasladado, pues, muy lejos de aquellos países donde los arios se asentaron en un principio y donde eran tan numerosos que su tipo bello y fuerte es aún hoy el predominante. Cuanto más extienden sus conquistas hacia el Oriente de la India, tanto más se disuelven sus rasgos característicos en la masa inmensa de los pueblos no arios. Y, sin embargo, su cultura es tan potente que no tarda en imponerse entre los antiguos habitantes de los países recién conquistados. Los depositarios de la más refinada civilización eran los arios de las castas

elevadas, en especial los brahmanes. Éstos se convierten en los guías de la abigarrada sociedad india en cuyo seno se mezclan los arios con los autóctonos.

Los dioses, comunes ya, para los invasores e invadidos sólo podían invocarse mediante el sacrificio. Pero para que un sacrificio tuviera la debida eficacia era preciso efectuarlo con arreglo a todos los requisitos del ceremonial sin faltar uno solo, y los únicos que conocían ese ceremonial en todos sus detalles eran los brahmanes. Siendo ellos, pues, los únicos capaces de aplacar a las divinidades o de propiciarlas, se comprende su gran influencia y su elevada jerarquía en la sociedad, y más si se tiene en cuenta que por su conducta y grandes conocimientos se hacían verdaderamente acreedores a la consideración y respeto del resto de los indios. No es tampoco extraño que los brahmanes preconizaran la importancia esencial de unos ritos de los cuales recababan tan pingües ventajas. Cada vez las reglas del sacrificio adquirían forma más concreta; cada vez el aparato del ceremonial era más difícil, más sabio y complicado. Era evidente que el móvil a que obedecía esa complicación, ese hermetismo ante las castas inferiores no era otro sino reservarse los sacerdotes la poderosa fuente de influencia y dominio que supone el poseer la clave de la religión de todo un pueblo. Los libros doctrinales se hacen cada vez más formulistas y nace un nuevo género de literatura: los libros para los sacrificios, que abarcan incluso los de las ceremonias privadas del hogar, de las ceremonias que cada uno puede realizar sin el auxilio del brahmán; los llamados *sutra*, escritos en un lenguaje conciso y formulista sólo inteligible para los eruditos. Igualmente el derecho religioso y público, los preceptos sobre las castas y sus respectivos deberes se someten a una sistematización análoga.

El primer objeto de la actividad espiritual del pueblo indio es el sacrificio religioso y cuanto con él tiene relación. La ciencia astronómica,n ecesaria para la determinación de la época del sacrificio adquirió gran desarrollo; las matemáticas y las reglas técnicas necesarias para la medida de los emplazamientos y construcción de los altares de sacrificios se sistematizaron, sabiamente,

y los sacerdotes cuidaban, con el mayor celo, de conservar en su forma y en su espíritu los cantos y sentencias propias del sacrificio. Las palabras de cada cláusula se combinaban en todas las formas imaginables, de suerte que no se perdiese una sola sílaba, un solo acento. La significación de las palabras, la medida de los versos se determinaron con sumo rigor y el mismo lenguaje hablado se penetró de una sistematización extrema. Los pueblos no arios, cuyo idioma primitivo fué sustituído por el de los arios, experimentaron en su lenguaje una sistematización parecida. En el sacrificio era preciso conservar cuidadosamente las antiguas formas del idioma, porque la menor falta, la menor omisión u error podían originar su nulidad. Tal es la causa de que los indios dediquen una atención y un estudio tan preferente a la fonética y a la construcción del antiguo idioma de sus padres. Llegaron a ser los primeros fonéticos del mundo y sus descubrimientos sólo en nuestros tiempos empiezan a ser apreciados en todo su valor; los notables análisis gramaticales de sus antiguos idiomas eran tan perfectos que han dado impulso en Europa al nacimiento y desarrollo de la lingüística comparada. La gramática de Panini, ya citada en el siglo IV como autoridad, y cuyo origen se remonta quizás al siglo VI o VII (a. de J. C.), es un prodigio de penetración. Mediante la actividad de tan consumados gramáticos, el idioma culto por excelencia, el sánscrito, conservó durante largos siglos toda su firmeza y su brillo incomparables, y eso aun después de que los lenguajes hablados hubieron adquirido una fisonomía completamente distinta.

La prodigiosa actividad de los arios de aquel tiempo atestigua un dominio tan absoluto del país, una tranquilidad pública tan grande, que las capas superiores de la sociedad podían dedicarse con todo sosiego a las especulaciones del espíritu. Pero en sus trabajos científicos y literarios no se trataba tanto de crear una cultura progresiva como de conservar la herencia espiritual de sus antepasados. En realidad, se trata de defender una cultura exótica importada del Irán por los arios, contra las influencias de un país recién conquistado. No obs-

tante, ciertos aspectos de la cultura de los arios tienen marcada tendencia progresiva.

Desde los tiempos más remotos el pensamiento indio se siente sugestionado por los problemas de la formación del mundo, del objeto de la existencia y de la naturaleza del Ser supremo. Una gran parte de la literatura brahmánica, la llamada *upanishadas*, se preocupa de penetrar esos arcanos. Los antiguos dioses han perdido su poder. Solamente el sacrificio podía reavivar su perdida actividad y hasta se afirmaba que su posición divina la habían adquirido gracias al sacrificio. Pero este resultado no podía satisfacer a la mente. Sin duda debía de existir un poder, sólo puesto de manifiesto mediante el sacrificio al cual todo estuviese subordinado. Se le denominaba *Brahma*, una palabra que encierra en sí, en principio, la fórmula santa, y donde se reúne el concepto del hálito divino y la energía sobrehumana que rige el Universo. Y este germen todopoderoso se refleja lo mismo en el simple individuo de la especie humana que en la inmensidad del mundo. La misión del sacerdote ya no podía limitarse a conquistar la benevolencia de un solo dios mediante el sacrificio, puesto que el conjunto de los dioses quedaba subordinado a la divinidad de Brahma. Ahora se trataba de reunir en una sola unidad el alma individual del yo con el alma colectiva del mundo. La meta del hombre, su inquieta aspiración debía residir en el conocimiento, en la comprensión, en la sabiduría.

Y, sin embargo, a pesar de esa partícula de eternidad afecta a cada individuo, cuánta variedad, cuántas diferencias encontramos en el Universo, tanto en los caracteres como en las condiciones de la vida. De aquí la interpretación que más tarde había de ocupar un espacio tan considerable en el pensamiento de los indios: el nacimiento del *karma*, es decir, los hechos de cada hombre como determinantes de su porvenir (« las buenas acciones hacen al hombre bueno, las perversas le hacen malo »). La consecuencia inmediata es la teoría de la transmigración de las almas: Después de la muerte la existencia no se detiene, al contrario; la Divinidad insufla al individuo una nueva vida condicionada por las

acciones de la anterior; a la segunda existencia le sucede otra muerte y otra nueva vida, y así sucesivamente. Con lo cual el sistema de castas, tan rígido, tan inconmovible, pierde su estabilidad y su dureza en el más allá, pues también la casta es una resultante de las acciones de anteriores existencias. Los guías espirituales del pueblo no son ya sólo los brahmanes, sino también los *sramanes*, cuyo credo estriba en la renuncia de todos los bienes terrenos y hasta de las más nobles aspiraciones del hombre: «ni el afán de los hijos ni el logro de las riquezas le atrae, ni siquiera los ignotos placeres del paraíso». Su vida es la del mendigo y la del caminante.

La vida espiritual del pueblo indio se liberta más y más de las cadenas de la tradición; nuevas orientaciones y nuevas escuelas filosóficas surgen sin cesar. La materia, la *prakriti*, posee existencia independiente, y es distinta del *purucha*, es decir, del alma; tal enseñan unos, los adeptos de la llamada *sankya*. La doctrina de la *Yoga* busca la resolución del problema en el ensimismamiento, en la autosugestión. Los *lokayatas* reconocen existencia real únicamente al mundo de la materia; no existen almas inmateriales, dicen, sino que el espíritu nace de una mezcla de los elementos. Y estas cuestiones trascendentales despiertan vivísimo interés. Apóstoles y polemistas recorren el país en busca de prosélitos, mientras otros muchos se reúnen como monjes para buscar en comunidad las verdades eternas.

Dos formas de religión, destinadas a un gran florecimiento en el porvenir, nacen hacia el final de este período: el Yainismo y el Budismo. Ambas son contemporáneas, y ambas inspiran sus preceptos en la contemplación de las miserias de la vida y buscan la salvación en el término de la misma y, finalmente, en el nirvana. En los yainos los ejercicios ascéticos desempeñan un papel muy importante, y junto a los monjes, propiamente dichos, los laicos constituyen una parte muy importante de la secta. Al principio los monjes iban desnudos, eran *digambaras*. Pero pronto surgió una nueva secta cuyos monjes, llamados *svetanvara*, vestían hábitos blancos. Mahavira, el fundador del Yainismo, vivía en la misma

comarca y aproximadamente en la misma época que Siddabaria Gautama, el fundador del Budismo. Este último murió el año 480 a la edad de 80 años, después de haber enseñado sus doctrinas como *buda*, como revelador, por todo el NO. de la India. Las dos religiones están ligadas entre sí; las dos buscan el bien sin el auxilio de un dios y su sistema moral es en esencia el mismo. Pero el Budismo tiene rasgos, contornos más amplios y ha llegado a convertirse en una religión mundial, mientras el Yainismo no ha logrado franquear las fronteras de la India.

Tanto Mahabira como Buda pertenecían a la estirpe de los guerreros y ambos enseñaban en el lenguaje popular. Ninguno de ellos acometió, sin embargo, la tentativa de destruir el sistema de castas. En el Estado y en la sociedad los brahmanes continúan desempeñando su papel de directores. A ellos se les debe el florecimiento de una literatura cuyos objetivos no eran, por cierto, únicamente las cuestiones religiosas. Los principios de la verdadera epopeya corresponden a estos tiempos, aunque las obras llegadas hasta nosotros se acabaran algo más tarde. Ya en la más antigua literatura aparecen toda clase de leyendas y relatos relativos a dioses, héroes y antiguos reyes, que se recitaban en las ocasiones solemnes. Los poetas indios podían beber incesantemente del caudal de estos mitos y leyendas sin temor a agotarlo jamás. Los cantores y bardos cortesanos poseían un amplio repertorio de himnos y consejas con el cual recorrían todo el país. Alrededor de los combates librados en las tierras de los kurus y panchalas se teje la gran epopeya del *Mahabharata*. Los hechos de Rama, el legendario héroe de Ajodya, de la actual Oudh, forman el contenido del *Ramayana* atribuído al poeta Valmiki; otras tradiciones se trataron en los llamados *Puranas*, etcétera.

De esta gran literatura, ampliamente desarrollada en los períodos siguientes, podemos obtener una idea de los tiempos transcurridos hasta el advenimiento de Buda. Los antiguos dioses, sobre todo Indra, representan aún un papel importante. Pero su significación se ha hecho

más personal. El dios Brahma, personificación de la antigua idea del *brahmán*, es característico de este período. Las figuras de Visnú y Siva, las divinidades principales del futuro Brahmanismo, así como otras, antes desconocidas, se destacan cada vez más. El horizonte espiritual se transforma de un modo completo. Los dioses ya no son, como antes, símbolos más o menos disfrazados de las fuerzas de la Naturaleza, y el sacrificio, la cristalización espiritual de los remotos ritos supersticiosos, no nos da ya la clave de la Divinidad omnipotente. Los indios se representan ahora a sus dioses en un plano más elevado: con arreglo a las concepciones arias, cuyo triunfo sobre las rudimentarias de los dravidas es absoluto.

Segundo período

Nuevos conquistadores. Desarrollo y propagación de la cultura

La cultura aria pudo desarrollarse en la India a través de largos siglos, sin que extraños conquistadores vinieran a amenazarla. Diodoro habla de una conquista de la India por Sesostris. Pero Megástenes la rechaza fundadamente y no reconoce, fuera de la empresa de Alejandro, otras incursiones extrañas que las mitológicas de Dionisos y Hércules. Según Ctesias, el rey Nino emprendió una campaña hacia la Bactriana, y Semíramis otra hacia la India, y ello parecen corroborarlo ciertas noticias que nos hablan de los regalos recibidos por Salmanasar II, y transportados desde la Bactriana y la India en camellos y elefantes. Pero parece ser que en esta ocasión no se trataba de una guerra de conquista, sino de pacíficas empresas comerciales.

En efecto, el comercio, incluso el de exportación, ha desempeñado en este país un papel muy importante desde los tiempos más antiguos. Paralelamente al intercambio comercial debió producirse un intenso intercambio de ideas. Así se explica la presencia en la cosmogonía índica de representaciones evidentemente asiriobabilónicas,

cuando no chinas. En cuanto al alfabeto semita, según parece, lo importaron comerciantes indios, allá por el siglo VIII, y luego los sabios lo reformaron y mejoraron para el uso del país, hasta tal punto que los antiguos escritos y documentos indios se adaptan perfectamente a las exigencias científicas de nuestro tiempo.

Sea como quiera, la hegemonía de los arios en la India no fué turbada por aquel entonces. Otra cosa ocurrió cuando los vetustos Estados semíticos de Asiria y Babilonia se derrumbaron y fueron sustituídos por un nuevo Imperio en el vecino Irán. Es fácil que Ciro el Grande extendiera ya sus conquistas hasta la India. Fué, sin embargo, su sucesor Darío (521-485 a. de J. C.), un contemporáneo de Buda, quien pensó seriamente en incorporar a su Imperio ese país encantado del Ganges, del Indo y del Himalaya.

Darío había concebido el gigantesco plan de un Imperio mundial, en el cual estuviese organizado todo el comercio del universo entonces conocido, y para realizar una parte de ese plan envió en el año 510 a Scilax de Carianda hacia la India. Scilax bajó por el Indo hasta su desembocadura en el golfo Arábigo, recorrió a continuación este mar y luego el Rojo hasta Suez, donde se había restaurado un antiguo canal para comunicar con el río Nilo. Las noticias que de esta expedición llegaron a Persia indujeron al gran rey a incluir parte del Afganistán y el NO. de la India como «provincia de Gadara» (en indio Gandhara), y el valle del Indo como «provincia del Indo», en su inmenso Imperio. En realidad no sabemos cuánto tiempo pudo conservar su dominio sobre la India. Pero puesto que en las últimas batallas de Darío III Codomano tomaron parte tropas indias, es de presumir que el enlace con Persia no se interrumpió ya nunca por completo. Como digno heredero de los Aqueménidas, también Alejandro Magno acometió la conquista de la India. Penetró hasta el río Bias, pero después sus propios soldados le obligaron a retroceder y abandonó la India en el año 325.

Poco más tarde, surge, por primera vez, un poderoso Imperio indostánico extendiéndose desde Afganistán

hasta Magadha. En Pataliputra, un hombre de humilde extracción había fundado la dinastía de los Nanda, la cual a su vez fué derrocada por el indio Chandragupta, el Sandrokkotos de los griegos, otro advenedizo elevado a las gradas del trono mediante la ayuda del brahmán Chanakya. Chandragupta consiguió fortalecer su poder en tal forma que pudo rechazar a Seleuco Nicator cuando éste intentó restaurar el Imperio de Alejandro. En dicha ocasión se conquistaron para la India extensos territorios del Afganistán y del Beluchistán. Por encargo de Seleuco visitó más tarde el embajador griego Megástenes la Corte de Chandragupta y asegura cómo este rey llevaba con mano firme las riendas de su Estado. Recientemente el Dr. Spooner ha conseguido realizar importantes excavaciones en Pataliputra y encontrar las huellas de un antiguo palacio, imitación, al parecer, del de Persépolis y construído de madera, como consta también en los informes de Megástenes.

Chandragupta fué el fundador de la dinastía de los Maurja. Su hijo Bindusara mantuvo aún relaciones amistosas con Seleuco y conservó en toda su integridad el reino de su padre. Su hijo Asoka gobernaba como virrey en Takjásila — la Taxila de los griegos — entre Atak y Ravalpindi, y en el año 272 heredó la corona de su padre. A su vez conquistó la región del litoral del golfo de Bengala, al N. del Godavari, al tiempo que la mayor parte de la India meridional reconocía su soberanía. Sostuvo pacíficas relaciones con los jola, panja y kerala del extremo meridional de la Península y continuó las relaciones diplomáticas de sus antecesores con Siria, Egipto, Cirene, Macedonia y Epiro. Su Imperio era el más considerable que hasta entonces había visto la India, y en las inscripciones que nos ha legado en distintos puntos de su país, gusta de manifestarse como un monarca justiciero, cuya mayor preocupación es la moral de su pueblo. Todo dogma religioso encontraba en él un defensor, y él mismo se convierte, al fin, a las creencias de Buda. Sus inscripciones redactadas en dialecto indio, donde él se nombra a sí mismo, no Asoka sino « Pijadasi, el amado de los dioses », constituyen uno de los monumentos literarios más interesantes de la India antigua. Asoka murió el año 231, antes de J. C., y tras él se derrumbó el Imperio, en parte por haber roto con la antigua tradición de los brahmanes, depositarios del antiguo arte de la política. Sus sucesores reinaron sobre un Imperio harto reducido en comparación del anterior; ciertas partes del mismo se declararon completamente independientes. Entretanto, en el S., en los valles del Kistna y del Godavari, se formó un poderoso Estado bajo el dominio de los andhras, que anteriormente habían reconocido la soberanía de Asoka; al mismo tiempo, nuevos conquistadores irrumpían por las fronteras del NO.

Los griegos no habían abandonado la escena al desaparecer Alejandro y Seleuco. En efecto, al final del siglo III Antíoco el Grande acomete de nuevo la conquista de la vasta India; pero sus intentos fracasan. Si los príncipes griegos no consiguen su sueño dorado de apoderarse de la India, son, en cambio, más afortunados en otras regiones, en Bactriana, por ejemplo, la cual se había independizado de Siria en el siglo III, y en el país de los partos, donde el rey Arsaces fundaba un Imperio aproximadamente en la misma época. Alrededor del año 200 el príncipe grecobactriano Demetrio se proclamó rey de los indios, y desde entonces podemos comprobar toda una serie de monarcas griegos que gobiernan en la India. El más conocido es Menandro, el cual reinaba hacia la mitad del siglo II, extendiéndose sus conquistas hasta la tierra de los Magadha. La mayoría de estos príncipes nos son conocidos sólo de nombre. Sin embargo, hicieron acuñar moneda en la India y, por consiguiente, ejercieron allí cierto dominio.

Muy pronto junto a los nombres griegos aparecen otros de naturaleza completamente distinta. Fué cuando la India se vió arrastrada en el gran movimiento de pueblos del Asia central, en esas inmensas fluctuaciones humanas de que tenemos noticias por fuentes chinas, principalmente. Los *yuechi*, los antiguos vecinos occidentales de la China, fueron expulsados, en el siglo II, de su residencia, situada en el moderno Turquestán oriental, por los pueblos nómadas situados al NE. de

ellos. En su movimiento chocan con otro pueblo quizás afín, el de los chinos *sai*, a quienes los escritores clásicos llaman *sakas*. Los sakas son empujados a su vez hacia el O. y el S., y en el siglo I los vemos aparecer en la India. Reinan en Takjásila y también en Madura a orillas del Jamna, donde sus monarcas se denominan sátrapas. Introducen en el país conquistado su propio calendario, siendo éste la base de un sistema cronológico propio, que puede establecerse con seguridad en nuestros tiempos. También penetraron en la península de Kathiavar, extendiéndose después hasta la India central, en donde, a creer las tradiciones indias, fueron vencidos, en el año 58 a. de J. C., por el rey indio Vikramaditya. Con esto empieza una nueva era llamada en honor suyo era de Vikrama. En el NO. encontramos junto a los sakas otros monarcas partos; uno de éstos, el rey Gudufara, figura en las leyendas cristianas posteriores en relación con el apóstol Santo Tomás; si verdaderamente estos dos personajes históricos tuvieron algún punto de contacto o no, es un extremo difícil de probar.

No pasó mucho tiempo sin que los yuechi (llamados tocarios por los griegos) se viesen obligados a su vez a correrse hacia Occidente. Primero sojuzgaron a los tocarios de la Bactriana; en el siglo I d. de J. C., reúnen sus fuerzas dispersas bajo la soberanía del clan de Kuchana y entonces irrumpen en la India, donde no tardan en convertirse en los herederos de los sakas. Como éstos, establecen en las provincias el poder de sus sátrapas, entre los cuales podemos citar al rey Vima Kadfises, en quien quizá comienza la era Saka, entre los años 78 y 79 d. de J. C. El soberano kuchana Kanishka fundó, con probabilidad hacia mediados del siglo II, un gran Imperio, cuyos límites llegaban hasta el Ganges y el cual perduró probablemente hasta más de la mitad del siglo III. Con su decadencia se inicia una nueva era.

Los sátrapas sakas o shátrapas de la península de Kathiavar y de la India central se mantuvieron hasta el siglo IV. Pero poco después entraron en conflicto bélico con los andhras y fueron completamente vencidos. Consiguieron, no obstante, restablecer su poder en Kathiavar

y en Malva mientras los andhras se instalaban de modo definitivo en el Deccán. Pero, a partir del año 249 encontramos reinante en estas comarcas una nueva dinastía, iniciándose otra era. En el extremo meridional los Imperios de Chola, Panja y Kerala parecen haber vivido una larga existencia independiente. Al S. de Madrás, en el actual Conjeeveram, surge el reino de Pallava, a cuyos soberanos los consideran muchos de origen parto. Pero lo cierto es que de la historia de dichos reinos es bien poco, por no decir nada, lo que conocemos. Sólo podemos asegurar que la cultura aria se propagaba cada vez más por el S. de la India y que la antigua civilización védica floreció durante largo tiempo en las escuelas del propio país.

Casi ocho siglos estuvo la India bajo el yugo de amos extranjeros. Ahora bien, después de la invasión aria, esta segunda invasión de pueblos mongólicos es esencialmente distinta. La cultura aria había tenido tiempo de desarrollarse, y cuando llegaron los nuevos invasores era tan fuerte, tan pujante que no podía perecer. Por lo demás, tampoco los pueblos recién arribados de las estepas centrales del Asia intentaron derrocarla y sustituirla por la suya propia. Al contrario, tanto los griegos como los sakas y kuschanas, llamados en conjunto pueblos indoescitas, no hicieron otra cosa que acomodarse a las ideas y conceptos culturales de sus nuevos súbditos. El griego Menandro es el principal personaje de un antiguo escrito budista y después de Asoka ningún soberano representa un papel tan importante en las tradiciones budistas como Kanishka. Y al igual de los príncipes, los demás extranjeros eminentes tienen también cabida en las representaciones de la cultura aria. Así vemos a un enviado griego consagrar una columna a una divinidad indiana y del mismo modo los nombres exóticos surgen a cada paso cuando consultamos las antiguas relaciones de los legados y donativos hechos a los santuarios. Entre ellos nos sorprenden dos nombres godos, lo cual nos demuestra cuán múltiples fueron los pueblos que en aquellas remotas edades encontraron el camino de la India.

Estamos en presencia de una edad harto agitada; las masas populares se remueven enérgicamente y a favor de esas benéficas remociones pudieron surgir elementos de cultura nacional. Como los extranjeros se sometían a la influencia de la civilización india, y cesaban, por lo tanto, de ser tales extranjeros para convertirse en verdaderos indios, hacían posible simultáneamente el que la cultura del país se enriqueciera con nuevos elementos aportados por ellos de sus patrias lejanas, cosa imposible si se hubiesen colocado en ruda contraposición con la vida espiritual del pueblo conquistado. Tal es la causa del florecimiento general observado en este período. La modalidad india se conservó, no obstante, y, en verdad, siguieron siendo los brahmanes quienes sistematizaron las nuevas orientaciones espirituales y las amoldaron a las viejas tradiciones del país.

El idioma de los arios, entre tanto, se había extendido por todo el N. de la India. Los límites entre las lenguas arias y dravidas eran ya en esencia los mismos de hoy y hasta en el S. los eruditos utilizaban mucho el puro idioma de los arios. Los lenguajes hablados se alejaban, en cambio, cada vez más de dicho idioma considerado en toda su pureza. Esos idiomas vulgares, llamados dialectos prácritos, se diferencian también entre sí. En la remota comarca del Brahmavarta, entre el Jamna y el Ganges, encontramos el sauraseni, de donde se deriva el hindi actual; el idioma de Oudh se llamaba ardhamaghadi y de él se ha formado el actual hindi oriental; en Bihar se hablaba el magadhi, del cual se deriva el bihari; en el Deccán se hablaba en la misma época el maharajtri, que evolucionó hasta convertirse en el marathi, etc. En contraposición con estos dialectos se denominaba sánscrito al idioma culto y literario, una palabra sinónima de adornado, cultivado, etc. El sánscrito lo hablaban todos los intelectuales, aunque en su sistema gramatical habían influído ya en parte los lenguajes populares.

La literatura se cultivó muy intensamente en este período. Los gramáticos indios, poseídos de una gran penetración, prosiguen el análisis del sánscrito. El *Mahabhachia* de Patanjali, escrito en el siglo II a. de J. C., es aún hoy una verdadera mina, no tan sólo para los filólogos, sino también para los historiadores de la cultura india. En los libros de esta época se recopiló todo el Derecho divino y humano. Algunos de ellos, como el Código de Manú y el *Yajnavalkya*, se emplean todavía como obras de consulta.

A un ministro de Chandragupta llamado Chanakya o Kautilya debemos la confección de un notable texto sobre el arte de la política. En estrecha relación con este arte tejieron los indios su copiosa literatura de fábulas simbólicas, pues todas se idearon para instruirnos en la sabiduría de la vida humana. El famoso *Panchatantra*, cuya primitiva recopilación se llamaba *Tantrakhjajika*, se formó probablemente en los primeros siglos de nuestra era, y, al parecer, se escribió en el Deccán. Contiene antiguas leyendas y relatos de un origen seguramente popular. Pero un brahmán las reconstituyó a la manera habitual de aquellos eruditos indios que asimilaban a su cultura las antiguas tradiciones del país, a condición de brahmanizarlas, es decir, de adaptarlas a la especial modalidad de su espíritu. Tal hicieron hasta con el arte del amor, sistematizado durante este período en el *Kamasutra* de Vatsyayana.

La epopeya a su vez también siguió desarrollándose y toda clase de poesías educadoras añadiéronse a las antes existentes. Al mismo tiempo nacen a la vida de la literatura india verdaderas epopeyas artísticas, es decir, cuya importancia residía no ya en una enseñanza moral, sino en un adorno retórico, en una bella y florida construcción. Entre las principales citaremos las del budista Asvaghoya, viejo contemporáneo del rey Kanijka.

En aquel entonces los estudios filosóficos florecieron con vigor antes no igualado y las distintas escuelas filosóficas cristalizaron en sus respectivos libros doctrinales. Al lado de los antiguos sistemas *sankya* y *yoga* surgen otros nuevos: el *vedanta*, fundado en las tradicionales *upanishadas;* el *mimamsa*, que se preocupa de las ceremonias sagradas, de su ejecución y de los resultados

que por mediación suya se pueden conseguir; la filosofía *Vaiseshika* o atómica, y la *Nyaya*, o lógica. También las sectas religiosas, sobre todo las del Budismo, se ocupan con el mayor celo de los estudios filosóficos.

Las Ciencias exactas manifiestan un progreso paralelo. En esta rama del saber, se adivina la enorme influencia de la cultura griega, sobre todo en lo referente a Medicina y Astronomía, ciencia esta última llevada bajo la influencia griega a una perfección que la hace acreedora de figurar entre las Ciencias exactas. Los libros de Medicina de Susruta y de Charaka, médico de cámara del rey Kanishka, se remontan fundamentalmente a esta época. Su relación con la Medicina griega no está, en verdad, demostrada, pero todo hace suponer existió y muy íntima. En cuanto a las sistemáticas lucubraciones astronómicas recopiladas en la llamada *Siddhanta*, contienen muchos elementos de origen griego, y una de ellas, la *Romakasiddhanta*, hace pensar ya sólo por su nombre en su origen occidental. Pero en los sectores científicos, al igual de los religiosos y los épicos, es el carácter lo único exótico; el espíritu sigue siendo indio puro. Lástima que la literatura científica de tan próspero período nos haya llegado solamente en retazos o después de pasar por el tamiz de los trabajos y estudios de épocas posteriores.

Toda esta literatura se escribió en sánscrito. Pero los dialectos populares no tardaron en emplearse también. Los libros más antiguos de los yaínos se redactaron en ardhamagadhi, y el mismo Buda parece ser que predicó en tal dialecto. A renglón seguido de su muerte se compuso un canon budista en maghadi. Pero mucho más conocido es el canon de la secta de los *vibhadjavadin*, redactado en la lengua pali, procedente quizá del centro de la India. Otras escuelas utilizaban diferentes idiomas, y así nació también un canonsánscrito, del cual se han encontrado recientemente fragmentos en el Turquestán oriental. También los yaínos comenzaron más tarde a escribir en sánscrito. Junto a la literatura religiosa de los dialectos empezó a prosperar otra puramente mundana. Los budistas hicieron revivir las antiguas fábulas

y leyendas y las pusieron al servicio de sus doctrinas. El titulado libro de Jataka contiene más de 100 relatos de esta clase aducidos en apoyo de las ideas budistas. El fundador de la religión fué durante alguna existencia precedente un héroe, cuyos hechos gloriosos cristalizan en una idea o doctrina religiosa. Claro es que tales relatos épicos y religiosos no son búdicos en sus orígenes, sino sacados del rico tesoro de leyendas del pueblo indio. Otra colección, cuya traducción al sánscrito es seguramente posterior, es el Brihatkatha del Gunadhya, escrito en un principio en un dialecto de la India central y cuyo contenido tiene un sabor y un colorido brahmánico neto. También vemos aparecer en este momento histórico una literatura lírica a base de los dialectos. Sus huellas se remontan a los tiempos precristianos y son las mismas que se denuncian en los cantos de los monjes budistas. Procedente del reino de Andhra poseemos toda una completa colección de poesías líricas: el *Sattasai* de Hala, uno de los más bellos testimonios de la fecundidad del espíritu indio, cuya gestación se remonta, según toda probabilidad, al siglo II d. de J. C.

También el drama se desarrolló en la época de que tratamos; sus elementos tienen un fondo popular. Se ha tratado, al hacer su historia, de remontarse hasta los tiempos védicos para encontrar sus orígenes, mientras otros creen ver en él una imitación del teatro griego. Por lejos que extendamos la mirada no encontraremos sus verdaderas raíces sino en las danzas mímicas y en las populares invenciones de las leyendas pretéritas. Las danzas mímicas, cuyo empleo para el culto en los tiempos primitivos parece muy probable, eran ejecutadas por los *natas*, quienes recorrían el país al modo de los bardos de la Edad Media. El gramático Panini, ya nombrado antes, nos habla de los libros dedicados al arte de estos juglares. Pero noticias recabadas del siglo II a. de J. C. refieren las antiguas tradiciones al espíritu popular, si bien, admitiendo que sea así, tampoco dejamos de observar sombras y lagunas. El teatro de títeres nace también muy pronto. De tales principios surge a la vida el teatro indio. Claro está que la gran diferencia inicial ha de imprimir definiti-

vamente un carácter distinto a los dramas nacidos de las leyendas épicas y a los derivados de las danzas mímicas. En estos últimos solamente aparece como figura tradicional, inmutable a través del tiempo, la del brahmán jorobado Viduyaka, el amigo del héroe, cuya actuación es siempre cómica. Su figura tan popular en la escena mímica se remonta a tiempos muy antiguos.

En la época indoescita apenas si podemos comprobar la existencia de un teatro dramático que merezca el nombre de tal. No obstante, ciertas particularidades hacen sospechar fué precisamente en las Cortes de los reyes indoescitas donde comenzó a iniciarse la aparición del drama en el arte indio. Las piezas más antiguas llegadas hasta nosotros provienen del poeta Asvaghoya, ya citado en estas páginas, quien al parecer vivió hacia fines del siglo II d. de J. C., entre el fasto de una Corte de sátrapas de la India central. A él se atribuyen una serie de dramas tomados, en parte, del ciclo legendario del *Mahabarata* y del *Ramayana*, y en parte de tradiciones locales; citaremos en primer lugar el *Svapnavasauadatta* y el *Pratid njajaugandharajana*, cuyos protagonistas son el popular rey Udajana y su adorada prometida Vasavadatta. Una original colección de cuentos encontramos en el *Amivaraka*, al tiempo que el *Balatjarita* con sus pintorescas escenas en forma de cuadros hace una exposición de la vida y hazañas de Krishna. Un drama inacabado, el *Charudatta*, le sirvió al poeta Sudraka como base para la primera parte de su obra «La pequeña balanza terrena», un drama que bajo el nombre de *Vasantasena* ha sido adaptado a la escena alemana. Su autor, Sudraka, fué proclamado rey y reinó quizá en el Deccán tras la disolución del imperio de Andhra, hacia la mitad del siglo III.

La gestación de un arte nuevo sobre la base de elementos populares debió, naturalmente, ser más fácil en la Corte de los monarcas indoescitas que en los sitios donde la influencia del brahmanismo era absoluta. Pero tan pronto fué reconocido, tan pronto encontró aceptación universal, la sistematización brahmánica se apoderó de él. Por lo demás, el mismo Asvagohya era un brahmán de origen, aunque hubo de convertirse a la religión de Buda. La estructura firme, casi esquemática, de sus dramas muestra que, si bien tuvo predecesores, bebió la mayor parte de su inspiración en el manantial inagotable del arte popular. El drama propiamente dicho apenas si es un siglo más viejo que el autor en cuestión. Sin embargo, ya Bhasá conoce un método teórico sobre el arte del teatro, el *Natyasastra* de Bharata, y pronto el drama evoluciona hacia las modalidades brahmánicas, aunque, escrito a veces en dialecto, recuerda su origen popular. Con Bharata comienzan a imponerse las reglas teóricas de la poética y retórica, que se fueron perfeccionando continuamente.

El drama indio es muy diferente del europeo. La danza y el canto toman en él parte muy activa, de suerte que es una mezcla de drama, ópera y baile. La clave de la obra no suele, además, residir en el carácter de los personajes sino en los elementos externos, accesorios. Las escenas se yuxtaponen sin nexo alguno; un desfile de figuras declamatorias basta para seguir el hilo del poético argumento, aunque los teóricos del drama se esfuerzan en definírnoslo como «una poesía que ha de hablar al sentido de la vista». La semejanza con el drama griego, de construcción tan firme y de tan lógico desarrollo, es tan débil en un principio, que no parece probable sea cierta la pretendida influencia griega sobre el arte indio.

Por el contrario, ya hemos mentado una influencia extraña sobre las Ciencias exactas. Y ella se deja sentir también en otros dominios de la cultura india. En los antiguos Estados de este país se desconocía el principio de la legitimidad o el concepto de la realeza por la gracia de Dios. Los reyes no eran sino *primi inter pares*, y probablemente los elegían sus compañeros, los miembros de la nobleza. Completamente distinta era la concepción de Estado predominante en el Irán. El Gran Rey persa, que es el rey de reyes y que por derecho divino debe reinar sobre todos los pueblos del mundo, ha heredado el trono de sus mayores y le pertenece, no por el beneplácito de sus súbditos sino por la gracia de Dios. Griegos e indoescitas llevan a la India estas ideas y sólo entonces

los príncipes que hasta ahora se denominaban simplemente *radsjan* (rey) comienzan a adoptar otros títulos más sonoros y rimbombantes. Se titulan «rey supremo entre los grandes reyes» y la aspiración al dominio del mundo pasa a ser su gran ideal.

Aún mayor fué la influencia extranjera en el arte. En las primeras épocas predominaba la arquitectura de madera. Pero a partir del imperio de Asoka empiezan ya a aparecer construcciones de piedra y ladrillo, tales como los claustros budistas y las típicas *estupas* en forma de cúpulas, sin contar con los templos labrados en las rocas. Esta arquitectura de piedra parece haber tomado sus modelos del arte persa. Los magníficos pilares de Asoka fueron levantados probablemente por obreros persas, y arqueólogos muy expertos han reconocido en las vetustas grutas labradas en las rocas una imitación de los sarcófagos reales de la Persia. En las numerosas esculturas aparecen como temas preponderantes animales alados, árboles de la vida, etc., que tanto trascienden a las modalidades del Asia Menor. Pero los temas exóticos están acoplados con otros muchos surgidos de la flora y la fauna del país indio, resultando así representaciones de un valor artístico notable. El conjunto nos recuerda aún la arquitectura primitiva de madera, y no andan descaminados los que buscan los orígenes de la escultura nacional india en los antiguos tallistas y orífices, los cuales, dicho sea de paso, pertenecían en su mayor parte a la población no aria. En estos monumentos se representaba con frecuencia a los dioses y siempre, por cierto, en forma humana. Ya Panini conocía esas representaciones, aunque seguramente no de los pretéritos dioses del *Rigveda* sino de las figuras populares del «panteón» posterior. En cuanto a los temas extranjeros están tan íntimamente mezclados que el conjunto da la impresión de una unidad completa sin perder su acentuado carácter indio.

Los más remotos monumentos de esta clase son budistas. Las estupas de Bharbat y Sanchi en la India central, varios templos roqueños en Barabar, Karli, Ayanta, Ellora, etc., pertenecen a este período y contienen numerosas esculturas con temas budistas. Muy notable es, por cierto, el hecho de no representar jamás los más antiguos monumentos a los fundadores de la religión. Su existencia señálase por medio de distintos símbolos, pero su propia imagen no la vemos nunca. Las representaciones o imágenes religiosas eran en gran parte medallas conmemorativas que los peregrinos llevaban de sus visitas a los santuarios. Aparte esto, para los budistas el fundador de su religión, Buda, era un hombre y su doctrina era mucho más importante que su persona. Poco a poco ésta fué adquiriendo mayor importancia, y cuando el Budismo penetró en los espíritus de los príncipes griegos de las comarcas limítrofes del NO., los nuevos adeptos no podían comprender el porqué de no representar a una figura de tanto relieve como la del fundador. Y puesto que no existía el precedente de representaciones anteriores, debieron crearlas nuevas los artistas griegos ocupados en las Cortes de los soberanos de la Bactriana y de la India occidental. El modelo elegido, el del Apolo clásico, no podía ser otro, y a él trascienden todas las imágenes de Buda, abundantemente reproducidas más tarde por todo el país. Junto a ese Buda de estirpe helénica surgen otros de las leyendas, así como un gran número de figuras accesorias y representaciones procedentes del rico caudal artístico y decorativo de los antiguos. El todo cristalizó en el arte de Gandhara, propio de la región NO., un arte budista por su inspiración, clásico por su técnica. Su influencia se dejó sentir en toda la India y hasta rebasó sus fronteras al mismo tiempo que el Budismo. Pero no tardó mucho tiempo en perder su sello clásico y en ser éste sustituído por el sabor indio que, en cambio, pasa a ocupar el primer término. Lentamente el carácter evoluciona a su vez, indianizándose y, en fin de cuentas, el arte budista, que comenzó con tan marcadas ingerencias extrañas y que casi lo crearon extranjeros, en la forma y en el fondo fué absorbido por el avasallador espíritu indio. El país asimiló, transformándolas por completo, aportaciones extranjeras que, sin embargo, eran tan vigorosas y fecundas.

Además de la inmensa profusión de esculturas encontramos en los vetustos templos roqueños, sobre todo en Ayanta (Hyderabad), muy notables pinturas murales. Aquí ya es más difícil decidir si en los principios hubo una influencia extranjera. Sea como quiera, también dan dichas pinturas, en definitiva, una impresión exclusivamente india.

El período reseñado fué extraordinariamente fructífero para el desarrollo cultural de la India. Los elementos populares, por su mayor movilidad en todos los aspectos, acabaron por prevalecer sobre los demás; de otros países llegaron importantes impulsos que enriquecieron la antigua cultura, y paralelamente la anterior actividad espiritual siguió su camino. El centro de gravedad no está ya en las clásicas comarcas de los kurus y panchalas; de allí se ha propagado la civilización a otras regiones, al E. y al S., donde todas las actividades culturales se realizan con mayor celo y entusiasmo si cabe. Y al mismo tiempo, la cultura del espíritu ha progresado en la forma y en el contenido. Los arios, en especial los brahmanes, se esfuerzan en trabajar los nuevos materiales, en asimilarse las nuevas tendencias. Difícil es que haya existido otro pueblo tan comprensivo, tan ávido de aprender lo bueno de los otros sin olvidar lo suyo propio.

Tercer período

Los brahmanes en el Gobierno

Al principio del siglo IV aparece en el país de Magadha una nueva casa reinante llamada de los Gupta, asentada en Pataliputra, la antigua ciudad regia. Uno de sus soberanos, Chandragupta, al igual del antiguo rey de Maurja, adoptó el título de «rey supremo sobre los grandes reyes», fórmula donde encerraba sus ambiciosas pretensiones al dominio del mundo. Este rey funda una era que se inicia en el año 319. Su hijo Samudragupta somete la mayor parte del N. de la India y muere hacia

el fin del siglo IV. Su hijo y sucesor Chandragupta II somete la India central y el Gujarat y pone fin al reinado de los sátrapas. Después adopta el distintivo de Vikramaditya, propio de los soberanos de la India central, y en las tradiciones indias se le celebra con tal denominación como un defensor de la literatura y de la ciencia. El famoso peregrino chino Fa-Hian visitó Pataliputra durante su reinado y se hace lenguas del alto desarrollo de la literatura y de la ciencia, y del gran orden y seguridad de que se disfrutaba en el país.

Bajo el reinado del siguiente rey Kumaragupta (415-448), irrumpen los feroces hunos por los pasos del NO. y se asientan en el país. Ni él ni su sucesor Skandagupta (445-465) consiguieron expulsarlos; antes bien, con la muerte del último queda destruída la soberanía de los Guptas y apenas si en el E. de la India conservan un resto de esplendor. Hacia el fin del siglo V los hunos, al mando de reyes como Toramana y su hijo Mihirákula, imponen su dominio a los restantes Estados indios. Afortunadamente su dominación es efímera y en el año 28 los rechaza al otro lado del Indo el príncipe del Deccán Yasodharman. Aun durante algún tiempo se sostienen en Cachemira y en toda la región del NO., pero no tardan en desaparecer definitivamente del escenario de la India.

A fines del mismo siglo un príncipe indio, Harscha de Thanesar, nieto de una princesa Gupta, consiguió fundar un gran Imperio en el N. Con él, en el año 606, comienza una nueva era. Visita su Corte el viajero chino Huan-tsang, quien nos lo presenta como un rey eminente que gobierna a su pueblo con severidad, pero con justicia, y bajo cuyo amparo florecen las artes y las ciencias, y se respetan todas las religiones, incluso el Budismo. Él mismo rinde homenaje al divino arte de la poesía y nos lega tres dramas, de ellos uno de tendencia budista. A la muerte de Harscha, acaecida en el año 648, se derrumba también su Imperio y se inicia una época de gran intranquilidad. Cuán poco segura era la conformación política del país en aquel entonces nos lo demuestra el hecho de que los reyes del pequeño Estado

de Cachemira se atreven repetidamente a emprender campañas de conquista hasta el corazón del Indostán.

En el E., los antiguos reinos de Bihar y Bengala se conservan hasta la conquista musulmana, pero su importancia es puramente local. El papel más importante en el N. corresponde en adelante a tribus que, según rezan sus tradiciones, proceden de Rajputana: rajputas — una palabra cuyo significado es «hijos de príncipes o miembros de una Casa real» —, gurdyaras, y jates. Uno de los más notables príncipes jates ya lo hemos nombrado (Yasodharman). En cuanto a los rajputas propiamente dichos la tradición nos habla de cuatro estirpes, cuyo origen legendario se dice fué una caverna de fuego en el célebre monte Abú, situado en el S. de Rajputana. Esas cuatro estirpes fueron: los Paramaras, Pratiharas, Chahamanas y Chaulukyas. Todas ellas intervienen de modo significativo en la historia de la India.

Los Paramaras reinaron en Malva y algunos de ellos, como el rey Mundja (974-995) y Bhodja (1010-1060), son celebrados como protectores de la poesía y de las ciencias. Los Pratiharas fueron quizá en sus orígenes Gurdyaras y reinaron en el Rajputana occidental extendiendo también su soberanía sobre el Gujarat. Alrededor del año 810 se hicieron dueños del antiguo reino de Pantjala, en cuya capital, Kanjakubja, la actual Kanauj, también el rey Harscha había residido antes; y allí se mantuvieron hasta el siglo ɪɪ en que los expulsaron los mahometanos. Los reyes Mahendrapala (890-910) y Mahipala (910-940) son muy alabados por los poetas. Los Chahamanas formaron varios pequeños Estados en Rajputana, entre los cuales Sambhar era el más importante. Conquistaron en el siglo xɪɪ Delhi, y su último rey, Pritivirad, quien en el año 1192 sucumbió luchando contra los musulmanes, es una de las figuras más relevantes de la poesía rajputana. Con los Chaulukyas nos trasladamos más tarde hacia el S. Cuando el imperio de los Andhara en el siglo ɪɪɪ se desmorona, encontramos los antes nombrados Pallavas en el E., entorno al reino de Conjeeveram, probablemente los Abhiras en el Centro y en Occidente ciertos caudillos locales denominados

Rajtrakutas. En el siglo vɪ surgen aquí los Chaulukyas, quienes si bien se tienen por rajputas es lo más probable procedan de los dravidas. A partir de Vatapi, en el distrito de Bidjapur extendieron poco a poco sus dominios y reinando Pulakesin II (principio del siglo vɪɪ) su Imperio se extendió desde Gujarat, donde en otro tiempo tuvo su Corte la dinastía Valabhi, dependiente de los Gupta, hasta la costa oriental. Este rey Pulakesin parece ser que mantuvo relaciones diplomáticas con el rey persa Cosroes II; su Corte fué también visitada por el chino Huan-tsang. La región oriental del Imperio se independiza bajo el mando del hermano de Pulakesin, y este mismo y sus sucesores guerrean repetidas veces, con suerte varia, contra los Pallavas. Los Chaulukyas consiguieron seguramente poner su planta en el Gujarat, pero hacia la mitad del siglo vɪɪɪ su rama más occidental es vencida y expulsada por los Rajtrakutas, quienes conservan el poder más de dos siglos hasta que los vencidos Chaulukyas occidentales vuelven a arrebatarles la soberanía.

Al S. del reino de los Chaulukyas, en el actual Mysore, toma carta de naturaleza otra dinastía, la de los Gangas orientales, mientras otra Casa reinante de igual nombre dominaba en las comarcas litorales al N. de las pertenecientes a los Chaulukyas orientales. Al S. de los Pallavas encontramos los Cholas, que mantienen incesantes luchas con los primeros y con los Panjas situados aún más al S. En definitiva, quedan vencedores, y después de fundirse con los Chaulukyas orientales llegan a ser en el siglo xɪ el poder más considerable de la India meridional, sometiendo incluso a los Keralas del extremo SE.

La época posterior al nacimiento de la dinastía Gupta se ha calificado con frecuencia de «renacimiento indio». En realidad, más justo sería hablar de un renacimiento brahmánico. En efecto, los brahmanes son cada vez más los guías espirituales del pueblo indio. Su actividad se pone de relieve en todas partes. Así como en los tiempos pretéritos recogen y moldean en formas sabias y armónicas el riquísimo tesoro espiritual de los arios, ahora dedican todas sus facultades a penetrar en

el fondo de la nueva civilización, a la cual imprimen su sello peculiar y a la cual someten a una sistematización y clasificación tan rigurosas como son las de la antigua cultura. En esta sistematización la cultura aria se vuelve a mostrar como una cultura de conquista, es decir, como una cultura a la cual esencialmente corresponde el privilegio del lugar más elevado. El Budismo, cuyo papel en los períodos anteriores había sido decisivo, pasa ahora lentamente a un lugar secundario, y en los siglos VIII y IX incluso encontramos pensadores como Kumarila y Sankara que lo combaten con todas las armas de su sapiencia. El antiguo culto védico de los sacrificos no se restableció seguramente en toda su amplitud. En adelante Visnú y Siva son las divinidades más importantes, junto a las cuales la gran masa popular adora toda clase de dioses locales y demonios. En todo lo concerniente al servicio divino, en las innumerables ceremonias de la vida cotidiana, la ayuda de los brahmanes es indispensable. Perfeccionáronse los distintos sistemas filosóficos y sus libros doctrinales se comentaron celosamente. Los derechos atávicos, la reglamentación acerca del sistema de castas se hacen cada vez más circunscritos y más decisiva también la preponderancia de los brahmanes en todos los órdenes.

En justa correspondencia con tal estado de cosas el sánscrito se emplea cada vez más como lenguaje administrativo y como lenguaje literario. Al mismo tiempo las lenguas populares arias se perfeccionan desde el punto de vista gramatical hasta convertirse lentamente en idiomas eruditos como el sánscrito, mientras los dialectos populares efectivos sepáranse gradualmente de ellos.

También los idiomas dravidas del S. de la India, a ejemplo del sánscrito, adquieren un carácter literario mediante la adición de palabras nuevas procedentes del primero y se convierten con el tiempo en idiomas brahmánicos. Paralelamente a la gramática, el vocabulario se elabora de modo sistemático, naciendo diccionarios como el de Amara, procedente, según toda probabilidad, del siglo VI.

Las Ciencias exactas se estudian también con celo. Continúanse y coméntanse los antiguos textos de Medicina y salen a luz otros nuevos, como el Vagbhata, confeccionado en el siglo IX. La Astronomía la cultivan sabios tan eminentes como Aryabhata y Varahamihira en el siglo VI, Brahmagupta en el VII y Bhaskora en el XII. Los dos últimos descuellan también en las ciencias matemáticas. En éstas y muy especialmente en la aritmética y en álgebra los indios se han distinguido siempre. En cuanto a saber si en sus principios se inspiraron en la ciencia de los griegos es cosa que hasta ahora no ha sido posible comprobar.

Con particular afición los indios se especializan, sin embargo, en el ejercicio de las bellas letras. Y dentro de éstas dedican gran atención a la preceptiva literaria. El arte de la conversación, las imágenes retóricas del lenguaje, las diversas artes de la palabra y de la elocuencia y la poética propiamente dicha cultívanlos autores tan eminentes como Bhamaha, Dandin (siglo VII?); Vamana, Udbhata (ambos en el siglo VIII); Anandavardhana (siglo IX), Rujjaka (siglo XII) y otros. También se perfecciona la teoría de la métrica, sobre todo para la versificación artística. Los poetas debían poseer todos los secretos del aparato técnico y enriquecerlo por su parte. Pero en los comienzos del período sopla todavía el hálito de la remota poesía de los primeros tiempos, libre, vigorosa, ruda y elocuente; el fino instinto con que la Naturaleza atrae al indio, la poética imaginación de éste perdura siempre y no puede ser ahogada sino sólo encauzada por las severas y complicadas disciplinas de la técnica y de la erudición. Hasta en las obras poéticas más artificiosas y eruditas encontramos pasajes de una belleza sublime. Sin embargo, hemos de confesar que los más antiguos legados literarios del período son al mismo tiempo los más valiosos.

En la tradición india, como ya hemos dicho en otro sitio, desempeña un papel eminente el rey Vikramaditya de Ujjain, y en su Corte vemos vivir y triunfar a los más afamados poetas de la época. Para los indios, Vikramaditya es el vencedor de Saka y el fundador de una era que co-

mienza el año 58 a. de J. C. En realidad, no se trata sino del rey Chandragupta II, quien conquista Malva y Ujjain, ciudad en la que residió durante algún tiempo.

Durante su reinado vivió el más famoso de todos los poetas indios, Kalidasa, un hombre del pueblo, a creer las noticias de aquel entonces, como lo confirma por lo demás su apellido, de origen sudra evidentemente. Su drama *Malavikagnimitra* parece hacer alusión a la conquista de Malva por Chandragupta y al célebre sacrificio de los caballos ordenado por Samudragupta. También en su epopeya artística *Raghuvamsa*, donde se describen las hazañas de la dinastía de Rama, se ha creído descubrir alusiones a los reyes Guptas, y su segunda epopeya, el *Kumarasambhava*, debe quizá su inspiración al nacimiento de Kumaragupta. Las obras más célebres de Kalidasa no son, sin embargo, las mencionadas, sino «El mensajero de las nubes» *(Mehgaduta)*, una poesía lírica — donde se describe el amor de un *jakscha* (seres sobrenaturales de la comitiva del dios Kubera) y los mensajes que envía a su amada por el intermedio de las nubes —, los dos dramas *Urvasi* y *Sakuntala*. El *Sakuntala*, conocido en Europa por la traducción de Jones, publicada en el año 1789, despertó sobremanera la atención del mundo culto, al cual se reveló en toda su elocuencia la belleza sublime de la poesía india. Los dos últimos dramas citados constituyen, en verdad, la cúspide de ese arte asiático tan refinado y al mismo tiempo tan extraño que los europeos no sabemos apreciar en todo su valor. El conflicto argumental no nace, como suele suceder en nuestros dramas, del choque de caracteres diversos, sino de una maldición que la heroína se atrae sobre sí por una omisión involuntaria. El argumento no es invención del poeta, sino que está sacado de las antiguas leyendas del país.

Un segundo dramaturgo, quien al parecer también vivió en la corte de Chandragupta, es Visakhadatta, el autor del *Mudrarakjasa*, cuyo argumento está basado en las intrigas que acompañaron a la fundación de la dinastía Maurya, aunque es probable se aluda en el mismo al monarca Chandragupta II.

Los poetas posteriores se caracterizan por una mayor erudición y un dominio más perfecto de la técnica del arte. En ellos nos sorprende muy a menudo la delicadeza de los sentimientos y la sublimidad de la expresión. Sin embargo, en ellos la forma y la ornamentación artística con frecuencia representan un papel fatalista. La poesía evolucionaba continuamente hacia formas más depuradas; en realidad, se repetían los antiguos temas poéticos, pero revestidos con ropajes cada vez más suntuosos. A pesar de todo, el concepto lírico, la visión fina y espiritual con que el indio mira a la Naturaleza no decae jamás. El lenguaje es con frecuencia artificioso y a veces hasta tropezamos con frases y palabras ambiguas y de doble sentido, donde el ingenio y la imaginación del lector puede adivinar distintas interpretaciones; así, por ejemplo, existen poesías cuyo texto desde el principio hasta el fin presenta un doble sentido, mientras otras, como el *Bhattikavya* (siglo VI o VII) se compusieron con la finalidad práctica de ilustrar las formas gramaticales menos comunes y las figuras retóricas y poéticas. No obstante en tales obras abundan los pasajes de sorprendente belleza.

Los vates indios se complacen en cultivar la lírica pura, aunque no en obras de vasto desarrollo. Las más de las veces se trata de estrofas aisladas donde se describe una situación o una figura. Anteriormente hemos citado ya una colección de tales versos escritos en dialecto. Entre las colecciones en sánscrito son las más notables la de Amaru (siglo VI o VII) y la de Bhartrihari (siglo VII).

Pasando ahora al terreno de la epopeya vemos que los *Puranas* se terminaron en este período. Pero más refinada que los *Puranas* es la epopeya artística titulada *Kavya*. Y con ella pueden parangonarse las dos de Kalidasa. Más tarde, el contenido, el fondo de la epopeya va perdiendo valor comparado con la forma. Las poesías artísticas de Bharavi y del Magha (siglos VI o VII y VIII, respectivamente), las más famosas de este género, son tan «conceptuosas» que no se pueden leer sin la ayuda de un comentario. Y, sin embargo, están impregnadas de una poesía bien real.

También la prosa se transforma artísticamente con el mismo aparato retórico y la misma composición interminable. La prosa se considera, en general, como una forma mucho más difícil que el verso; ella es la piedra de toque de los poetas. Entre las obras famosas de esta clase merecen citarse «La aventura de los diez príncipes» *(Dasakumaratjarita)* del escritor Dandin, conocido también como retórico; el *Vasavadatta* de Subandhu (siglos VI o VII), y el *Kadambari*, de Bana, el poeta de la Corte del rey Harscha (606-448), en cuyo honor escribió la pomposa *Harschatjarita*.

En cuanto al drama, sigue el camino que le marca la literatura. Dos de los dramas del rey Harscha, la *Priyadarsika* y la *Ratnavali*, están, por ejemplo, construídos con arreglo a los mismos moldes. El ministro desea que el rey se case con cierta princesa, pues los más felices augurios patrocinan dicha unión. La princesa es conducida al harén, donde ella y el rey se contemplan y se enamoran mutuamente. La reina, a impulso de los celos, manda encerrar a la princesa. Pero, en definitiva, se descubre la princesa como una parienta de la reina; el equívoco se deshace y la reina da su consentimiento. El mismo pensamiento fundamental, cuyo origen podemos encontrar en los dramas de Bhasa, se repite reiteradamente en tiempos posteriores. Un tercer drama de Harscha, el *Nagananda*, tiene tendencia budista. Después de Kalidasa ningún poeta dramático fué tan apreciado de los indios como Bhavabhuti (siglo VIII). En dos dramas, el *Mahaviratyarita* y el *Uttararamatyarita*, expone la historia de Rama, y en un tercero, el *Malatimadhava*, el relato de unos amores contrariados. El último presenta la particularidad interesante de ser el primer drama burgués donde no interviene el *viduyaka*. Con el poeta Bhavabhuti comienza el drama de Rama, propiamente dicho. La historia de este antiguo héroe legendario, convertido más tarde en dios, es el tema predilecto de los dramas subsiguientes, debidos a autores tan eminentes como Murari (siglos VIII o IX), Rajasekhara (del 900), Jaideo (época indeterminada) y otros. Aparte los referentes a Rama, Rajaseklara escribió también otros dra-

mas notables, como es el *Karpura Manjari*, editado exclusivamente en prácrito. En cuanto a las tradiciones del *Mahabharata* se han dramatizado por su parte en muchas ocasiones; de gran aceptación goza el *Venisamara*, de Bhatanarayana (siglo VII?), inspirado en ese ciclo épico. En varios de tales dramas resulta casi incomprensible que se escribiesen para la escena. En otros, su finalidad ya aparece más clara y es indudable se destinaban a las representaciones del teatro de sombras; tal ocurre con el *Hanumannataka* o *Mahanataka*, dos veces refundido y cuyo argumento se inspira en la historia de Rama.

Mucho menos artificiosa fué la literatura de las fábulas y consejas, tan extendida, sin embargo, en este período. Su fama rebasó los confines de la India, hasta el punto de que por iniciativa del rey persa Cosroes Anujirvan, cuyo nieto mantuvo cordiales relaciones con Pulakesin II, se tradujeron al persa toda una colección de fábulas indias, pasando luego del persa a otros idiomas y llegando incluso a traducirse a idiomas europeos. Mediante dicha colección son muchas las consejas y tradiciones índicas trasplantadas a la literatura mundial; otras, en tanto, se transmitían verbalmente y llegaron a propagarse de aldea en aldea, de región en región hasta los países europeos. El principal componente de la colección persa lo forma el *Panchatantra*, cuya primera concepción se remonta al período anterior, pero ha sido repetidamente reformado, como, por ejemplo, en el *Hitopadesa* del Narayana. Una colección también famosa, aunque acabada más tarde, es «El libro de los papagayos» *(Sukasaptati)*, integrado por 25 fábulas. La moral no raya a gran altura en estas creaciones; con frecuencia la astucia y la bellaquería consiguen la victoria; verdad es que en la literatura europea de la misma época ocurre exactamente lo mismo.

En todo el período literario considerado podemos comprobar una fuerte tendencia al cultivo de la forma exterior, llegando, incluso, a coartar la libertad de la versificación aunque sin conseguir, afortunadamente, ahogar el poder creador de la poesía. Sin embargo,

simultáneamente, encontramos un idealismo, un sentido religioso profundo, que nos exalta, que nos conmueve, y donde se demuestra cómo a pesar de todas las trabas de forma la fantasía de los poetas indios no reconoce límites.

Las artes plásticas nos causan una impresión análoga. La arquitectura se desenvuelve de un modo espléndido. Verdad es que sólo ruinas nos restan del tiempo de los Guptas; pero esas ruinas son bastante elocuentes para mostrarnos cuán firme era el estilo arquitectónico, cuán bello y armonioso. Más tarde podemos distinguir varios estilos diferentes. En el Norte encontramos torres con cuatro caras, las cuales en su parte superior se curvan y unen terminando en un remate campaniforme. En el S. los templos cuadrangulares están coronados por pirámides truncadas, a cuyo alrededor y en disposición concéntrica se hallan dispuestos varios patios. Aquí son también características las portadas monumentales. El estilo *chaulukya*, propio del Deccán y de la Presidencia de Bombay, tiene semejanza con los dos anteriores. Con frecuencia encontramos tres templos alrededor de un patio central, y también muy a menudo los ángulos del recinto presentan resaltes, de modo que el conjunto adopta una forma de estrella. Otras veces los santuarios se labran en las rocas de las montañas, en ellas se horadan grandes bóvedas con naves laterales o salas poligonales de techo plano; a veces tales salas se disponen en varios pisos. En Ellora, cerca de Hyderabad, se edificó por este procedimiento todo un magnífico templo con sus torres y pilares. Hermosas pilastras en las más variadas formas, magníficos ornamentos arquitectónicos se encuentran en todos los tiempos en gran profusión sin que desmerezca la impresión armónica del conjunto.

Numerosas esculturas adornan los muros de muchos de estos templos, a veces hasta con exceso, pero también las esculturas exentas suelen abundar. En este período la inspiración que preside en la estatuaria es netamente índica, como antes; sólo la técnica de la ejecución ha variado. Ya no hallamos aquellas formas reposadas, algo

rígidas y hieráticas, características del arte *gandhara*; ahora comienza a insinuarse una gracia espiritual, una movilidad extraña, pero no por eso menos elocuente; al mismo tiempo, y al igual que en la poesía, el arte escultórico manifiesta cierta tendencia a la rutina. Siendo así, sólo los atributos exteriores pueden denunciar cuál de los numerosos dioses del Olimpo indiano quiso representar el artista. En las figuras con varias cabezas o varios miembros, de las cuales tan grande profusión se encuentra, la fantasía de los indios se manifiesta exuberante.

Paralelamente a la escultura, la pintura no desmereció nada. Sus más hermosos ejemplares los encontramos en los frescos de las grutas de Ayanta. Los artistas pictóricos gustan de dar a las líneas una gracia y un encanto singulares, y sus asuntos están plenos de expresión. Estos cuadros ocupan en la historia universal del arte una categoría privilegiada; en Europa necesitamos retroceder hasta los tiempos del Renacimiento para encontrar algo comparable a las bellas creaciones legadas a la posteridad por los admirables artistas de Ayanta.

Cuarto período

La conquista mahometana

Durante los siglos transcurridos desde la caída de los Imperios indoescitas, los arios han afirmado su cultura, asimilándose las influencias extranjeras recibidas en los pasados períodos. La civilización aria se ha propagado a todas las comarcas del inmenso territorio y sus depositarios son recibidos con todas las consideraciones y honores en las Cortes de los príncipes y soberanos. Pero esa cultura sigue siendo de gentes refinadas, un patrimonio exclusivo de las castas superiores.

Después que los hunos fueron rechazados, es muy poco lo que sabemos de otros conquistadores extranjeros. Los combates subsiguientes librados en el país eran entre los distintos Estados en que estaba dividido. La guerra, por lo demás, no preocupaba a los brahmanes,

dedicados en cuerpo y alma a sus estudios religiosos, literarios o científicos; la guerra era un negocio propio de la casta de los chatrias; la gran masa del pueblo permanecía también indiferente a esas empresas.

Sobre el desarrollo material de la India en este tiempo, puede decirse que nada sabemos. Desde antigua fecha apareció a los ojos de los extraños como un país inmensamente rico. Esto constituyó los móviles que impulsaron hacia las llanuras indostánicas a los anteriores conquistadores. Y ese atractivo continuó inmutable a través de los siglos. Ahora son — en el siglo VII — los árabes quienes atravesando el mar arriban a las costas indianas; y no tardamos en verlos dominar como soberanos en el valle inferior del Indo.

Con los árabes penetra en la India el Islam; en lo sucesivo éste se convierte en un factor cada vez más importante en el desarrollo del país. La principal ola mahometana no es la antes citada, sino la que irrumpió por tierra, a través de los pasos del NO. La doctrina de Mahoma encontró, apenas triunfante, su camino hacia el Afganistán, y aquí es donde en el siglo X, en Ghazni, entre Kabul y Kandahar, florece por vez primera un Imperio mahometano. Las comarcas vecinas de la India fueron accidentalmente saqueadas; un rey hindu lanzóse a castigar las demasías de sus nuevos vecinos, pero fué completamente derrotado. El siguiente rey de Ghazni, Mamud (998-1030), acometió con todo su poder la conquista del hermoso país soñado del Ganges y del Indo.

El rey Mamud era un celoso musulmán, pero su alma estaba impregnada de insaciable sed de riquezas. De los templos hindúes trae él a Ghazni innumerables riquezas; al mismo tiempo, por la gloria de Alá, destruye cuantas imágenes de los otros dioses encuentra a su paso; por eso el mundo mahometano le adjudica el título honorífico de «demoledor de estatuas».

Sin embargo, no fué él, sino otro soberano, de nombre Mohamed, rey de Ghor — entre Ghazni y Herat —, quien fundó por primera vez, en el año 1162, un Imperio musulmán duradero en la India. En el año 1192 derrota ante los muros de Delhi al rey chahamana Prithivirajá, quien es asimismo muerto por su vencedor. Un esclavo turco, Qutb-ud-din es nombrado virrey de Delhi. Qutb-ud-din no tarda en erigirse independiente y desde entonces las dinastías reinantes se suceden en Delhi sin interrupción. En el Sind, Punjab, Cachemira, Provincias Unidas y Bengala se incuban lentamente varios reinos mahometanos, los cuales sólo en parte reconocen la supremacía de Delhi. También en Malva, Gujarat, Ahmadnagar, Gulbarga y Bidjapur en el S., y en Hyderabad, Berar y Khandech eucontramos a los musulmanes en el Gobierno. Sin embargo, nunca se formó un gran Estado mahometano que abarcase toda la India, así como tampoco, por su parte, los indios consiguieron nunca coligarse contra sus nuevos dominadores. Las grandes invasiones parecen haber cesado entonces. Los mahometanos continúan llegando, es verdad, pero en un flujo constante y moderado. Tan sólo se sabe de un gran ejército invasor, el de Timur Lenk (Tamerlán), arribado a la India en el año 1398, quien se dirige hacia el Indo y derrota en sus márgenes, completamente, al del sultán de Delhi. Apenas transcurridos cinco meses de su victoria abandona el país conquistado, no sin haber antes asesinado, robado y saqueado hasta saciarse. Los anteriores soberanos restauran su poder y continúan su sistema político de pequeños Estados, exactamente igual que antes de ellos habían practicado los soberanos hindúes. En su mayoría fueron buenos reyes.

En el siglo XVI las cosas cambian de aspecto. En el año 1526 Babar, un turco *barla*, descendiente de Timur por línea materna y el cual hasta entonces había llevado una vida aventurera, descrita por él mismo en una autobiografía, tan sencilla como atrayente, surge con un ejército al N. de Delhi. Las tropas del rey de Delhi son derrotadas, y Babar, vencedor, pasa a fundar la soberanía del *Gran Mogol*. En poco tiempo se apodera de toda la sultanía de Delhi y vence a todos los príncipes indios dependientes de éste. Su hijo y sucesor Humayún (1530-1556) tuvo que luchar con grandes dificultades en su vida y hasta se vió obligado a huir a Persia durante

algún tiempo. Otro príncipe mahometano, Scher Sha, uno de los mejores príncipes que vió jamás la India, reinó entre 1540 y 1545 en Delhi, a cuya corona unió el país de Malva. Hasta 1555 no consiguió Humayún recuperar el perdido trono. Su hijo Akbar (1556-1605) tuvo, en cambio, más suerte, consiguiendo adueñarse poco a poco de todo el N. de la India, desde Kandahar en el O. hasta Bengala en el E., desde Cachemira en el N. hasta el Sind en el S.; al propio tiempo intentaba apoderarse del Deccán. A los Rajputas y demás soberanos indios les brindó la más franca amistad, todas las consideraciones inherentes a su elevada categoría, con lo cual se granjeó su aprecio, hasta el punto de contar entre ellos a sus más fervientes partidarios.

Akbar no fué tan sólo un gran caudillo; también como gobernador de pueblos poseía las más relevantes cualidades. En la administración del Estado procuraba, por regla general, inspirarse en los usos establecidos. Sus consejeros y ministros fueron hindúes en su mayor parte; tal, por ejemplo, Todar Mall, quien organizó la hacienda pública y los impuestos. Y es que Akbar aspiraba a ser no un sultán mahometano sino un verdadero soberano indio con arraigo en las masas populares del país conquistado. Por esa razón abolió la capitación llamada *dschizja* pagada hasta entonces por los súbditos no mahometanos. La más amplia libertad religiosa reinaba en su Imperio e incluso él mismo era muy libre, muy tolerante en cuanto a ideas religiosas. Tan era así, que contrajo matrimonio con una cristiana armenia y consentía en su Corte hacer ostentación de sus dogmas a los representantes de las más diversas religiones. En su ecuanimidad llegó a proyectar el fundir todas las creencias en una sola religión ecléctica, en la esperanza de que sus súbditos no vacilarían en adoptarla. No se sentía como un extranjero en el país, era un indio de corazón y en ello estriba su principal grandeza y reside la causa de sus éxitos.

Jahangir (1605-1627), hijo de Akbar, trató en vano de extender hacia el S. los límites de su Imperio. También su hijo Sha Jahan (1627-1658) hace del Deccán el teatro

de sus campañas militares. Mientras tanto, en Kandahar el Imperio se desmorona. Y no es sólo aquí donde las cosas toman un giro desfavorable: también en Kabul la soberanía del Gran Mogol parece vacilar. Por lo demás, la sabia y conciliadora política de Akbar con respecto a los indios la siguen practicando sus sucesores. Otra cosa fué cuando el siguiente emperador Aurangzeb (1658-1707) subió al trono. En verdad, consiguió someter grandes regiones del S. de la India y extender sus dominios hasta Tanjur. Cierto también que consiguió mantener incólumes tan valiosas adquisiciones; pero no lo es menos que sus enemigos crecían sin cesar y que sólo esperaban el momento de su muerte para poner un fin al poder del Gran Mogol. Aurangzeb era un fanático musulmán. Volvió a restablecer la dschizja y se malquistó con los hindúes por multitud de otras medidas antipolíticas. El foco de la oposición hindu se encontró en los marathas, quienes ahora se convierten en una verdadera potencia del Deccán y los cuales, especialmente bajo su soberano Sivadji (1627-1680), ocasionan a Aurangzeb las más arduas dificultades. Su carácter sombrío y desconfiado se revela igualmente frente a sus súbditos mahometanos; su desconfianza le impulsaba a reunir en su mano todos los hilos de la complicada máquina de la administración del Estado. Tan absorbente se mostró que al morir no había nadie capaz de hacerse cargo de las inmensas responsabilidades de la corona.

Consiguientemente se inicia la decadencia del gran Imperio mogol. Los distintos virreyes y gobernadores de las provincias — el Nizam en el Deccán y los Nababs de Oudh — eran independientes de hecho. En Rajputana y en la Presidencia de Bombay los hindúes vuelven a recobrar su antigua supremacía. Los marathas, bajo el Sivadji hace ya tiempo que se han erigido en nación independiente creando el lema de «la India para los indios». Pero sus guías no son ya los descendientes de Sivadji, sino el ministro brahmánico, el *Peschva*. Desde Gujarat hasta Orissa extienden ellos su poder y entre sus caudillos figuran los antepasados de las actuales dinastías mará-

thas: el Gaikvar de Baroda, Sindhia en Gwalior y Holkar en Indor.

También en el exterior soplaban vientos de tempestad. El rey persa Nadir Sha dirige en 1738 una campaña contra la India que origina un golpe de muerte al prestigio del Gran Mogol; su ejemplo lo sigue en breve el afgano Ahmad Sha, quien se establece como conquistador en el Punjab. Este último consigue en el año 1761 unir a los mahometanos del N. de la India contra los marathas, a los que derrota en Panipat. Con ello se derrumba la coalición maratha. No obstante, sus príncipes representan ya siempre un poder considerable cuya influencia se deja sentir incluso en el N.

Fig. 33. La Corte del Gran Mogol, en Delhi

En tanto, los mahometanos pierden su efímera cohesión. Nadie tiene poder ni prestigio suficiente para hacerse cargo del complejo total; la soberanía del Gran Mogol es más nominal que efectiva, y en gran parte del país reina la anarquía. El terreno está abonado para los

nuevos conquistadores, quienes ahora adquieren carta de naturaleza. El gran Imperio de los mahometanos había cesado de existir para siempre, y apenas si hoy está representado por Hyderabad y algunos pequeños Estados.

Esta es, a grandes rasgos, la historia de la conquista de la India por los mahometanos. Ya hemos visto cómo los musulmanes, al igual de todos o casi todos los conquistadores precedentes, se asientan de un modo definitivo en el país. Los reinos por ellos fundados fueron, al fin y al cabo, reinos indios y no denunciaban una marcada separación con respecto a los Estados brahmánicos. Los soberanos musulmanes cuyas huellas en la historia de la India son más profundas, procuraron no vivir en contraposición con el pueblo conquistado, y a ello ayudó no poco la circunstancia de que muchos de ellos contrajeran matrimonio con princesas hindúes. Desearon reinar sobre todos los indios y no se les ocultaba que lo mejor para conseguirlo era no dejar sentir demasiado el peso de su yugo. En estas condiciones dejaban de ser extranjeros para convertirse en indios. Por tales medios lograron los Mogoles fundar un imperio mayor que todos los precedentes. Bajo la gloriosa enseña de los Mogoles, inmensas regiones de la India sienten por primera vez generarse una mutua compenetración, un principio de patriotismo. No tiene, pues, nada de extraño que, cuando la insurrección contra los ingleses en 1857, el último Gran Mogol y no otro príncipe indio cualquiera fuera nombrado emperador de los indios. Así como el pensamiento de un imperio mundial había venido de Persia, la idea de una India grande, única e independiente, fueron los mahometanos quienes la llevaron a vías de realización. Esta sola circunstancia basta para demostrarnos cuán fecunda fué la conquista otomana para el desarrollo político de la India.

Esa compenetración íntima en que cuaja la labor de conquista de los sectarios de Mahoma, no se habría podido prever de antemano. Eran extranjeros, al fin y al cabo, y representantes de una cultura y de una religión completamente distintas de la indiana, de una religión, sobre todo, poco apta para aliarse con otros dogmas

cualesquiera que fuesen. Y sin embargo, hemos visto cómo, poco a poco, cesaron de sentirse como extraños; en la India, en la tierra clásica de las religiones, otro dogma más no tenía importancia alguna; podía vivir sin estorbar ni ser estorbado por los antes existentes. No sólo el Islam no desaloja de los Estados indios a las religiones, sino que la economía del Estado mahometano cuenta entre sus ingresos las contribuciones individuales recaudadas entre los adeptos de los dogmas indios. Los soberanos musulmanes se mostraron en general suaves y tolerantes, y la violencia y la opresión fueron excepcionales. Por otra parte, los mahometanos no permanecieron insensibles a la influencia de la ideología brahmánica; un nuevo motivo para suavizar la contraposición inicial. La consecuenciaa de esta conducta comprensiva fué el gran número de partidarios que el Islam adquirió entre los hindúes, sobre todo entre las castas inferiores a las cuales conquistó con su repulsa — más teórica que práctica — del sistema de castas. En esa oposición teórica creían ver los infelices sudras la liberación. El Islam se convierte, en fin, en una religión india, tan india como pueda ser el Brahmanismo o el Budismo.

Las tendencias democráticas del Mahometismo se reflejan benéficamente en el desarrollo general de la cultura. El poder de los brahmanes no podía continuar siendo el mismo de antes si los poderosos, los directores del Estado, se emancipaban de su tutela. En particular, la dominadora posición del idioma sánscrito en la vida espiritual estaba rota. En la Corte del Gran Mogol se hablaba persa, paralelamente al cual los dialectos populares aumentaban su esfera de influencia hasta el punto de ser empleados en la administración. El intercambio intelectual entre mahometanos e hindúes es cada vez mayor, el círculo espiritual se amplifica y la cultura india adquiere nuevos fundamentos.

En verdad, el círculo de la cultura brahmánica continúa sus trabajos según las normas antiguas, pero admitiendo también la influencia de elementos populares mantenidos alejados hasta aquel entonces. Los idiomas populares adquieren cada día mayor preponderancia y se

introducen en la alta literatura generando las más valiosas producciones de este período. Y es indudable que las causas de este magnífico resultado no son otras que la relajación de la rigidez sistemática de otros tiempos y la remoción de las capas sociales, aportada por la conquista mahometana.

En el S. florecieron durante largo tiempo los estudios filosóficos acerca de la religión y a consecuencia de estos estudios nace una literatura religiosa escrita en idioma dravida. Los yainos son los que de manera especial adquieren mayor renombre en esta literatura. A ellos se les atribuyen las más famosas colecciones poéticas del idioma tamil, del naladiyar y del kurral. Por lo demás también encontramos en dravida una rica literatura profana a la manera del N. indiano. Pero este florecimiento de los idiomas inferiores, por así decirlo, no le resta nada de su vitalidad creadora al sánscrito. Su actividad se manifiesta espléndida en la filosofía de los *vedanta* de la India meridional. Aquí resalta el nombre de Ramanuja (siglo XII) con claros fulgores. En sus disquisiciones y ensayos sobre las Upanishadas fué influído por la religión de los bhagavatas, los cuales reconocían un solo dios al que únicamente lleno de amor y en pleno renunciamiento de sí mismo puede el creyente acercarse.

En el siglo XV un apóstol de esta escuela, Ramananda de nombre, es expulsado de su casta porque, al parecer, en el transcurso de sus numerosos viajes había quebrantado los probibitivos preceptos brahamánicos referentes a la alimentación. En vista de ello, emigra al N. de la India, donde predica en dialecto popular y gana numerosos discípulos sin distinción de castas. Entre sus doce discípulos predilectos, se encuentran un curtidor, un barbero y un tejedor mahometano llamado Kabir. El último citado se dedica a combatir la idolatría en todas sus formas haciendo resaltar la idea de un dios único, Rama, ser espiritual que debe ser adorado, por lo tanto, también en espíritu. La religión de los sikhs es una de las influídas por las doctrinas de Kabir; éstas, por lo demás, ejercen enorme influencia en el desarrollo religioso

de todo el país. Mayor aún es la alcanzada por Tulsi Das, quien vivió bajo el reinado de Akbar. También él reconoce a Rama como el único dios, todo amor y compasión para los humanos, de los que exige en mutua correspondencia adoración y renunciamiento. El *Ramayana* de Tulsi ha sido para millones de indios el más puro y sublime manantial de inspiración religiosa, y su moral elevada y noble ha ejercido la más benéfica influencia.

Otros, no es a Rama sino a Krishna a quien erigen como el dios único, bajo los mismos principios de amor y renunciamiento. En tales doctrinas encontramos un fervor místico que nos recuerda el de los antiguos místicos cristianos. La religión de Krishna aparece expuesta en una serie de obras en sánscrito debidas a la pluma de Vallabhatjarja (1478-1530). Chaitanya, por su parte, propaga dicha religión a Bengala, donde ya, en el siglo XII, había cantado en su obra *Gita Govinda* un himno apasionado en loor de Krishna y de su amada Radha, en cuyo amor inmenso por el dios, quiso el poeta religioso reflejar el que el alma humana debe sentir por la Divinidad. Al mismo tiempo otros poetas cantaban al dios en dialecto: tal es, el ciego vate de Agra, Sur Das, contemporáneo de Tulsi; Bihari Lal, de Jaipur (siglo XVII?) y el maratha Tukaram (nacido en 1606). Su papel en la vida espiritual india es muy importante, sobre todo por haber hecho accesible a las vastas capas del pueblo las bellas conquistas literarias de los intelectuales. Los ideales mahometanos y cristianos han tenido, en verdad, una participación en esta obra redentora; pero, a pesar de todo, el espíritu no ha perdido nada de su sabor indiano; y el contenido está construído evidentemente sobre fundamentos indostánicos.

Más perceptibles son las huellas dejadas por los mahometanos en el arte arquitectónico. Los esbeltos alminares y las cúpulas de amplio abovedado entraron con ellos en el país de las pagodas. De ellos aprendieron los indios por primera vez el secreto de la construcción de los arcos y bóvedas. Las magníficas y cautivadoras mezquitas y mausoleos en ciudades como Agra, Delhi,

Lahore, Lucknow, los palacios de los Mogoles en Agra y Delhi, la residencia del rey Akbar en Fatehpur Sikri, y muchos otros monumentos del arte árabe excitan todavía nuestra admiración y nos dejan adivinar hasta qué punto esta arquitectura fué imitada por los artistas hindúes. En cuanto a la pintura, muy cultivada en los palacios de los soberanos Mogoles, podemos comprobar una influencia exótica, esencialmente persa, aliada con elementos indios. En resumidas cuentas, las aportaciones culturales del mundo musulmán, como las grecoescitas antes consideradas, son puramente formales, de naturaleza artística. El espíritu, el fondo de la civilización india permanece en tanto inquebrantable; apenas si las culturas más occidentales de los mahometanos ahora, y de los griegos antes, consiguen contagiarla de un mayor dinamismo y ponerla al alcance de las masas populares. El marco exterior se cambiaba a menudo, y así aconteció cuando los templos hindúes recibieron un nuevo sello mediante la arquitectura musulmana; pero el contenido y el espíritu continuaron siendo indostánicos, y a este espíritu se sometieron paulatinamente incluso los conquistadores extranjeros.

Quinto período

La conquista británica

No bien se derrumba el Imperio mogol aparecen ya — sin transición — los europeos como conquistadores en la península indiana. Las primeras relaciones indoeuropeas son puramente comerciales. Por lo demás, estas relaciones databan ya de muy antiguo; las repúblicas italianas habían logrado por tal medio tan pingües beneficios que la codicia de las demás naciones se había despertado. Después de muchas tentativas se consigue, al fin, encontrar una ruta marítima hacia la India; fué cuando Vasco de Gama alcanzó en 1498 la costa de Malabar, después de doblar el cabo de Buena Esperanza. Entonces comienza entre los europeos una lucha feroz de competencia en torno del comercio indiano. Mientras

el Imperio mogol se conservó aún fuerte, las tentativas de los occidentales debieron limitarse a recabar determinados privilegios y la concesión de ocupar ciertos puntos para establecer factorías. Pensar en otra cosa, en hacer vastas adquisiciones territoriales, era una utopía.

Fig. 31. Vasco de Gama, según un grabado contemporáneo que se conserva en el Museo Británico

Los portugueses son los primeros que aparecen en la India con miras imperialistas; a lo largo del siglo xvi monopolizan el comercio indiano; todavía conservan las bases más importantes de los primeros tiempos. Pero cuando, al derrumbarse el Imperio mogol, se plantea el problema del dominio de la India, los portugueses habían perdido ya su predominio marítimo. Los puertos holandeses fueron durante mucho tiempo los principales descargaderos utilizados por los buques portugueses que llegaban de Oriente repletos de mercancías. Desde 1596 comienzan los holandeses a traficar por su cuenta. Y en 1602 queda fundada la hegemonía holandesa sobre el comercio indio. Arrebatan a los portugueses algunas de sus posesiones, pero su principal atención la dirigen hacia las islas adyacentes, desviándose algo del Continente en el cual sólo adquieren algunas bases. Sus empresas son más bién pacíficas, y cuando se entabla el combate decisivo en torno a la posesióndefinitiva del hermoso y riquísimo país, demasiado débiles para mantener sus prerrogativas, deben ceder su puesto a Francia

e Inglaterra. En cuanto a otras naciones, como Dinamarca, Alemania y Suecia, no habían alcanzado aún el desarrollo suficiente para intervenir en la contienda. Así, pues, quedan solas Francia e Inglaterra frente a frente ante la magna empresa.

Los ingleses se habían anticipado a los franceses en la explotación de la India. En efecto, la Compañía inglesa para el comercio de la India se había fundado en 1600 y a lo largo del siglo xvii adquirió diversas bases en la península indiana: Surat en 1608, Madrás en 1640, Bombay en 1661, Calcuta en 1690, etc. La Compañía francesa de las Indias se fundó más tarde, en 1664, y contaba como principales factorías con Pondicherry y Chandernagore.

Al desaparecer el Imperio mogol la situación de ambas potencias era equivalente. Y sin embargo, era natural que los ingleses acabaran por conseguir el total triunfo de sus pretensiones. Su Sociedad comercial era más rica y el apoyo que le prestaba la metrópoli más decidido que el que la Compañía francesa recibía de Francia. Pero en definitiva debía ser la superioridad marítima el factor decisivo, toda vez que se trataba de la posesión de colonias sumamente alejadas y cuyo acceso más fácil estaba en el mar.

Cuando el Imperio mogol dejó la India huérfana de una autoridad fuerte, los países europeos se vieron obligados a cambiar su anterior política respecto de la India, si querían seguir manteniendo sus empresas comerciales con la misma. En todo el país reinaba la intranquilidad y la inseguridad, cuando no la más completa anarquía; ningún poder, ninguna autoridad que garantizara la defensa de los agentes comerciales europeos. Éstos, en consecuencia, debieron tomar por su cuenta la defensa de sus propios intereses y crearse en el país ingobernado una situación sólida. Por eso, apenas asentados en unos cuantos puntos del litoral, pensaron extender poco a poco sus dominios hacia el interior. Y tan pronto la penetración de las diversas potencias se amplificó tenía que ponerse en claro cuál había de ser, en definitiva, la única dominadora.

Por otra parte, no existía entonces ningún poder suficientemente fuerte para oponerse a la intrusión de los extranjeros, y menos uno que tuviera prestigio bastante para levantar en armas a todo el país y tomar la dirección del movimiento defensivo. El emperador de Delhi había pasado a ser una figura borrosa de la cual los nababs de Oudh y Bengala se consideraban independientes de hecho. En el Punjab el máximo poder pasaba a residir en manos de los sikhs. Este nuevo Estado había surgido de una secta fundada por Nanak, un discípulo de Kabir. Como *Guru* o caudillo de la secta, Nanak hubo de nombrar un sucesor, y dicha costumbre, seguida más tarde durante mucho tiempo, dió a la comunidad sikh una gran cohesión. Bajo los mahometanos, los sikhs fueron muy perseguidos, pero consiguieron prevalecer a pesar de todo y afirmar su poderío. En la India central dominaban los marathas, mientras en Hyderabad el Nizam se había proclamado independiente. En Mysore reinaba en tanto una dinastía hindu que fué depuesta, sin embargo, en 1760 por el caudillo mahometano Haidar Ali. En la costa occidental, en Carnática, regía un nabab musulmán y en el extremo SO. prosperaba el reino hindu de Travancore. Entre todos estos soberanos faltaba en absoluto esa compenetración necesaria para hacer frente a la invasión de los occidentales, al «peligro europeo» cada vez más inminente. Tanto ingleses como franceses supieron aprovechar esa falta de contacto y armonía entre los príncipes indios, en pro de sus mutuos intereses.

Una vez vencidos los franceses, los ingleses, ya sin nuevos competidores, amplificaron cada vez más el desarrollo de sus intereses comerciales. Con los soberanos indios independientes cerraron contratos para asegurar el tráfico en todo el país. De un modo regular las relaciones comerciales con el interior traían consigo rozamientos, y éstos, a su vez, campañas militares que invariablemente conducían a nuevas anexiones de comarcas hasta entonces no ocupadas. El círculo de dominación quedaba ensanchado y el mismo proceso se repetía al cabo de cierto tiempo. Los empleados de la

Compañía de las Indias eran los mantenedores de este estado de cosas, al cual, en cambio, parecían oponerse los directores de Londres, poco partidarios de una política agresiva que pudiera mermar sus cuantiosas ganancias comerciales. En general, tras un período de dispendiosas luchas con los indios enviaban allí gobernadores que restablecían la política pacifista a cuyo solo amparo podía continuarse la explotación de la inmensa colonia. Sin embargo, también los directores cedían en su resistencia a una política agresiva si se presentaba la posibilidad de una competencia extraña. El temor a Francia y más tarde a Rusia ha contribuído grandemente a acelerar el desarrollo del Imperio indobritánico. La situación de la antigua Compañía de las Indias se modificó poco a poco con el tiempo. En 1773 su estado financiero era bastante precario, hasta el punto de tener que recurrir a la ayuda del Estado bajo la forma de un empréstito. Con tal ocasión el Estado inglés comenzó a intervenir en los asuntos de la Compañía. En 1784 el Parlamento crea una autoridad inspectora; en 1813 pierde la Compañía su privilegio sobre el comercio indio, y en 1833 cesa de ser una Sociedad comercial, debiendo en lo sucesivo limitarse a asumir la administración de la India; la idea de renunciar a sus derechos primitivos en pro del Estado británico se abre camino cada vez más. Después de la gran insurrección de 1857 esto se consuma, no sin que la Compañía perciba una cuantiosa indemnización. La reina Victoria se hace cargo en 1.º de noviembre de 1858 del Gobierno de la India y adopta el título de «emperatriz de las Indias», que desde entonces queda afecto a la Corona inglesa.

El verdadero fundador de la soberanía inglesa en la India fué Roberto Clive (1725-1774), quien había llegado a ese país en calidad de escribiente de la Compañía. El nabab de Bengala hubo de atacar a los ingleses, quienes sin su consentimiento se habían establecido en Calcuta. Clive le derrotó el 23 de junio de 1757 en Plassey, y con ello los ingleses se convierten en los amos efectivos de todo el país en torno de Calcuta. Este mismo hecho de armas debilita la influencia de los franceses. Tras nuevas

luchas con el nabab de Bengala, la batalla de Baxar les convierte en los amos de todo el valle del Ganges; en 1775 reciben además el Sarkar septentrional, el país litoral al N. del Kistna. En 1772, Warren Hastings es nombrado primer gobernador general de la India. Éste dedica gran atención a los problemas administrativos, pero no puede sustraerse a las empresas guerreras que sostienen incesantemente los príncipes indios del S. Bajo lord Wellesley (1798-1805) el reino de Hyderabad cierra tratos con el Imperio indobritánico y con la ayuda del Nizam es vencido Tipo, el sucesor del anterior soberano de Mysore llamado Haidar Alí; su reino es repartido entre los vencedores. En el N., Oudh se convierte en protectorado inglés; en cuanto a los marathas, también son sensibles los progresos hechos para someterlos. Como si esto fuera poco, aún hemos de añadir la alianza con Ranjit Singh, rey de los sikhs del Punjab. Bajo el marqués de Hastings (1814-1823) los marathas son vencidos definitivamente y los príncipes rajputas pasan a ser vasallos de Inglaterra. De ahora en adelante, el lema de los ingleses en la India es no consentir en toda la extensión del país la existencia de un solo soberano completamente independiente. Hasta aquí la supremacía del Gran Mogol se había admitido, por lo menos de nombre; en adelante esto termina. La administración

FIG. 35. Lord Clive

del siguiente gobernador — William Bentincks (1828-1835) — se caracteriza de nuevo por una intensa gestión administrativa. Las partidas de bandoleros del Thag son exterminadas y se afirma la seguridad interior. Los indios son admitidos cada día en mayor número en la administración; la primera piedra para la política posterior de instrucción pública queda asentada. En esta época comienzan a inquietar a los ingleses los progresos de los rusos en el Asia. La consecuencia es una serie de campañas en el Afganistán, de las cuales, sin embargo, no se deriva ninguna ventaja de consideración. En 1843, se consigue la anexión del Sind. Los sikhs, antes afectos, se insurreccionan, pero son vencidos y su país que-

FIG. 36. Warren Hastings

da, bajo el nombre de Provincia de Punjab, incorporado en 1849 al Imperio indobritánico. Lord Dalhousi (1848-1856) fortalece la administración. La tendencia de extender cada vez más, y en beneficio de los propios indios, la soberanía inglesa en detrimento de los poderes locales se afirma incesantemente. Inglaterra se adjudica el derecho de nombrar la sucesión al trono en los Estados indios donde el poder no es hereditario, o en los que reina un desbarajuste inveterado. Dos pequeños Estados: Tanjur y el llamado de Carnática, son incorporados sencillamente a la Corona inglesa por muerte de sus soberanos, y la misma suerte corre Oudh, cuyo nabab descuidaba los deberes de su elevada jerarquía.

Esta política caprichosa había creado a lo largo del tiempo un ambiente poco favorable a los conquistadores. Añádase la sangre derramada en el sinfín de luchas habidas por el temor, creciente entre los indios, de que los ingleses pretendieran abolir sus religiones y sustituirlas por el Cristianismo. Una atmósfera de gran excitación se respiraba en todo el país; sólo hacía falta un pretexto para desencadenar la amenazadora tempestad y ese pretexto fué una omisión, quizás involuntaria, por parte de los ingleses y atentatoria a los severos principios de la religión india; se trataba de que al introducir el uso de los fusiles en el ejército no se había tomado la precaución de suprimir el uso de la grasa de cerdo y de vaca, consideradas como impuras por mahometanos y brahmánicos, respectivamente. Como protesta a esa impía imposición surge la terrible insurrección de los cipayos, el 10 de abril de 1857. El Gran Mogol es proclamado emperador y la situación se hace muy apurada para los ingleses. No obstante, logran al fin sofocar por completo la insurrección.

Después de tales acontecimientos la Corona inglesa se hizo cargo del Gobierno directo de la India. El Imperio indobritánico no ha hecho desde entonces sino progresar, y el tema primordial del Gobierno ha sido el desarrollo de las inmensas riquezas naturales del país. La adquisición territorial más importante de esta época es Birmania, anexionada en 1886 tras de una campaña.

De 1878 a 1880 se sostiene una ardua campaña contra el Afganistán y en 1885 todo parece augurar una guerra con Rusia. También entonces reina gran agitación en la Frontera del NO.; en 1901 lord Curzon separa del Punjab los distritos situados al O. del Indo para constituir con ellos una provincia separada, con un oficial militar como máximo empleado. En 1904 el fantasma de Rusia vuelve a preocupar a los estadistas ingleses; ante el temor de una expedición rusa al Tibet, los ingleses procuran afirmar su influencia en las regiones fronterizas. Lord Curzon es quizás el virrey más enérgico de cuantos han pasado por la India. El carácter de su actuación marcadamente personal provocó no pocas oposiciones y resistencias, sobre todo cuando en el año 1905 emprendió una partición de la provincia de Bengala; la excitación entre los bengalís y en general entre todos los indios fué muy viva, y causa de que más tarde se anulara dicha partición. El Gobierno de lord Mintos (1905-1910) trajo consigo un profundo descontento mantenido en primer lugar por el partido revolucionario que aspiraba a emancipar a la India del yugo inglés. Una serie ininterrumpida de atentados y *dakaitis*, es decir, de actos de bandidaje político comienzan desde entonces y el movimiento en pro de la autonomía o de la independencia absoluta ha venido aumentando en lo sucesivo. En el año 1907 se llega a un acuerdo con Rusia y se definen los límites de sus respectivas zonas de acción en Persia. La más importante medida de gobierno realizada por lord Mintos consiste en la institución del Consejo Legislativo en 1909, en el cual se da ocasión a los indios para que puedan pronunciarse en todas las leyes y disposiciones importantes, sin concederles, empero, una influencia decisiva. Por lo demás, su actuación es poco independiente; en todos sus actos de gobierno se deja ver la influencia de lord Morley, ministro de las Indias en Inglaterra.

Bajo lord Harding (1910-1916) el Gobierno de la India vuelve a independizarse; el nuevo virrey se hace notar por una loable defensa de los intereses indios cuando se encuentran en pugna con los de la metrópoli. El acontecimiento más importante fué el empleo de las

tropas indias en la primera Guerra Mundial. La India tomó con tanto entusiasmo el partido de Inglaterra en la gran contienda, que bien podemos decir fué su actitud una de las circunstancias que salvaron a Inglaterra en la hora más grave de su historia. La conciencia nacional de los indios ha crecido desde entonces a ojos vistas y sus aspiraciones a una mayor independencia se han fortalecido, singularmente ante los acontecimientos de aquel conflicto.

El Imperio indobritánico es la formación política más considerable que la India ha presenciado jamás, y la organización política es muchísimo más firme que bajo la soberanía de los antiguos reyes, aun de los más sabios y poderosos. La dominación inglesa se distingue en un punto importantísimo de todas las precedentes. Mediante ella, la India ha experimentado por vez primera el sometimiento a un país y a una cultura extranjeros sin que los dominadores se hayan dejado influir por el ciclo cultural indio. Esta circunstancia debe tenerse muy en cuenta si se quiere apreciar acertadamente lo que la conquista inglesa significa para la India y para el pueblo indio. Para la antigua Compañía de las Indias lo más esencial era, como es natural, recabar el máximo provecho económico; a él había de supeditarse la administración, la conformación política, todo. Tal norma de conducta tradicional no ha desaparecido todavía. Nadie podrá creer que Inglaterra gobierne la India por puro altruísmo sin tratar de conseguir alguna ventaja para sí. Pero es indudable que desde muchos puntos de vista los intereses indios e ingleses corren parejas. Por eso uno de los temas que debían resolverse era el de asegurar y defender la India contra todo ataque exterior. A ello obedece la organización del ejército indio, a ello y a evitar, por otra parte, el que pueda emplearse en contra de la propia Inglaterra que lo ha organizado. Carece de oficiales indígenas y de artillería y, por otra parte, existe un fuerte ejército de tropas europeas. La prohibición de uso de armas se lleva con sumo rigor con objeto de evitar el peligro de un levantamiento popular. Mediante estas medidas, una justicia equitativa y una

administración honrada han asegurado los ingleses dentro de la humana posibilidad la paz exterior e interior.

Para todas las necesidades del país, y muy especialmente para satisfacer las exigencias del tráfico, era además necesaria la construcción de buenas carreteras, ferrocarriles y la organización de buenos servicios de correos, telégrafo y teléfono. A todo se ha atendido gracias al concurso entusiasta del capital inglés. Y aun hemos de contar con otras medidas encaminadas a fomentar de un modo directo las fuentes de riqueza, pues sólo si la India goza de una existencia próspera será su posesión una fuente de ingresos para Inglaterra. Entre esas medidas procede citar las grandiosas canalizaciones, la organización forestal, la acuñación de moneda, la organización bancaria y el desarrollo de la industria. Los capitales colocados en tales empresas han proporcionado, por regla general, muy buenos réditos.

La inmensa labor cultural realizada ha sido muy útil para Inglaterra. Pero también la India y sus habitantes han sacado de ella ventajas inconmensurables. Los intereses de los dominadores y de los dominados coinciden en gran parte. La India era antes un país atrasado; hoy es capaz en muchos aspectos de competir con los países extranjeros. La dominación inglesa ha logrado las bases materiales para asegurar a este país una vida independiente. Se ha evidenciado del modo más palpable que a pesar de su enorme extensión es posible administrarlo bien, sin roces ni perturbaciones. No sin razón dijo Bismarck: «Aunque Inglaterra no contara con las grandes figuras espirituales de su espléndido pasado, sólo la labor inmensa que ha realizado en la India bastaría para hacerla inmortal».

A pesar de ello, la India no ha sido preparada por Inglaterra para marchar por su propio pie, sencillamente porque tal cosa no ha entrado nunca en los planes de Albión. Para conseguir tal cosa habría sido necesario crear un ejército indio independiente y habituar a los indios a administrarse por sí solos dándoles acceso a las más altas jerarquías del Gobierno. Además, se habría necesitado hacer la cultura india fuerte e independiente,

puesto que en definitiva ella había de ser el lazo espiritual de unión entre todos los indios. Pero precisamente en este aspecto es donde la dominación inglesa parece haber obtenido peores resultados. Por dos caminos se podría haber logrado emancipar y fortalecer la cultura: o bien sustituyendo la antigua cultura india por otra puramente europea o reanimando la antigua civilización a su pasado esplendor, enriqueciéndola al paso con elementos culturales modernos. En los primeros tiempos de la dominación inglesa este último procedimiento contaba con muchos partidarios.

Bajo el Gobierno de Warren Hastings se codificó el antiguo derecho indio; para las ciencias musulmanas se fundó una Universidad o *madrassah* en Calcuta, mientras otro centro análogo se creaba en Benarés para los estudios sánscritos. Ingleses tan eminentes como Charles Wilkins, Wiliam Jones, Thomas Colebrooke y otros, frecuentaban al lado de los eruditos indios las aulas de sus universidades y abrían los ojos de Europa acerca de las imponderables riquezas de las pasadas civilizaciones de la India. Los mismos sabios indios fueron requeridos para contribuir con su ciencia a esa labor de compenetración tan comprensiva y noble. Así se formó un ambiente de mutua simpatía, un cambio continuo de pensamientos e ideales sumamente fecundo para ambas partes. En Europa la cultura indiana excitó la mayor consideración y ejerció no poca influencia sobre las corrientes culturales de entonces; por otra parte, los indios amplificaban y profundizaban su antigua ciencia por medio de las ideas europeas y hasta muchos de ellos esperaban surgiera de esa actividad espiritual indoeuropea un nuevo florecimiento de la civilización india más esplendoroso que todos los pasados.

De gran importancia para el desarrollo espiritual del país fué el perfeccionamiento de las dos formas principales del idioma hindu hasta convertirse en idiomas habituales en el N. de la India, resultado no previsto por los ingleses. La prensa, muy floreciente y cuyos ataques van dirigidos con suma frecuencia contra los propios dominadores, debe gran parte de su éxito a los esfuerzos

de los ingleses que necesitaban libros de texto para el aprendizaje del idioma.

Pero no tardaron en ganar la mano los modernistas, los que veían la salvación de la India en una compenetración lo más íntima posible con la cultura europea. Y esto era una consecuencia de la política de la antigua Sociedad comercial. Se trataba de educar a los indios en el servicio del Estado, punto de vista que tanto había de influir en la organización de la enseñanza superior. Puesto que los indios se habían de capacitar para colaborar con los ingleses en la administración del país, era lógico que se instruyeran en los métodos europeos. El comité instituído por lord Bentinck para la dilucidación del problema escolar condujo a la convicción de que una educación a la europea era preferible a la educación oriental. Según lord Macaulay, un solo anaquel de libros de una biblioteca europea vale más que toda la literatura de India y Arabia. Así, la escuela inglesa fué el modelo que sirvió de base en la formación escolar de la India. Y ya hemos visto cómo los resultados obtenidos no fueron del todo favorables para los interesados. Lo que los indios aprenden en las escuelas superiores no basta para satisfacer sus exigencias espirituales. La nueva cultura tan sólo se la asimilan superficialmente. Falta el fundamento espiritual, la armonía entre lo aprendido y las ideas heredadas de los antepasados, sin la cual no se puede pensar en un resultado satisfactorio. Y por otra parte la antigua cultura, aquella que, aun hoy día, constituye el orgullo de los indios, apenas produce ya nuevos frutos, puesto que falta el estímulo, la excitación por parte de los dominadores. En realidad la cultura espiritual de la India no se ha beneficiado tanto de la dominación inglesa como al principio creían los propios dominadores.

Sin embargo, la actividad de los ingleses ha conducido aquí a resultados de imponderable valor para el futuro desarrollo de la India. Los indios aprendieron a conocer los ideales europeos de libertad, igualdad, fraternidad, el derecho de las naciones y de los individuos. El hecho de ver a su patria bajo la dominación extranjera; de

que las fuentes de riqueza nacional no se explotaban en exclusivo y a veces ni siquiera en primordial beneficio de los intereses indios; que ellos, a pesar de que en el manifiesto lanzado cuando la proclamación de la reina Victoria, en 1858, se les aseguraba la igualdad con los demás súbditos británicos, no gozaban en su propio país de los mismos derechos que los ingleses; que en multitud de ocasiones eran tratados despectivamente, etc.: daba no poco que pensar a esos ingenuos orientales, tanto más cuanto que repetidas veces se les había dicho que la más sagrada misión de Inglaterra en el mundo era velar por los derechos de los pueblos oprimidos. Forzosamente habían de llegar a la conclusión de que la práctica y la teoría estaban separadas por un ancho abismo; de que, por lo menos con ellos, no se realizaban los hermosos preceptos del humanitarismo. De aquí una reacción creciente contra las corrientes europeizadoras; en esta reacción se funden poco a poco los más variados elementos del pueblo indio. Frente a los europeos, sienten alentar por primera vez en su espíritu el germen de una unidad nacional.

La consecuencia de este proceso era ser cada día mayor el número de indios que deseaban una modificación esencial en las relaciones entre Inglaterra y su país. Los unos preconizaban una separación absoluta, pues sólo, según ellos, una India por completo independiente podía realizar la perfecta explotación, en pro de sus habitantes, de las inagotables riquezas del país y resolver ante el mundo su problema cultural. Otros opinaban que estas aspiraciones, muy justas, cabían, sin embargo, en el marco del Imperio británico y que lo único que debía recabarse era una autonomía análoga a la que disfrutan otras colonias inglesas. Según estos últimos, la protección inglesa siempre sería útil para defender al país de los ataques y codicias ajenas y para excitar al máximo la actividad económica. La primera tendencia ha cristalizado en una propaganda resueltamente revolucionaria dirigida, en primer término, durante la primera Guerra Mundial, por la colonia india de San Francisco, la cual intentó provocar en la India un movimiento de revuelta.

Desde hace tiempo el centro de los nacionalistas moderados es el Congreso Nacional, que funciona desde 1885 y donde indios eminentes se reúnen para dilucidar toda clase de cuestiones referentes al bien de su patria. Dicho Congreso ha erigido como programa la autonomía administrativa y en los últimos tiempos ha llegado a preconizar la más completa independencia fiscal. En 1907 hubo una ruptura entre los elementos moderados y los radicales del Congreso. Los últimos, caracterizados por un marcado matiz anglófobo, se retiraron y dejaron durante diez años a los moderados gobernar solos en el Congreso. Pero en el ejercicio 1916-17 volvieron a reaparecer con el nacionalista Tilak a la cabeza; en aquel entonces estaban en mayoría. No hace mucho que diez y nueve miembros del Consejo legislativo del virrey manifestaron su pretensión de lograr la autonomía administrativa, arrastrando consigo a todo el Congreso. En diferentes asambleas provinciales se manifestaron iguales exigencias; las tan anheladas reformas no podían tardar.

Los mahometanos se mantuvieron mucho tiempo alejados de este movimiento y tomaron poca parte en las discusiones políticas. No obstante, en el año 1916 se fundó una Liga musulmana cuyo programa era la autonomía administrativa de la India bajo la protección de la Corona inglesa. Durante el ejercicio de 1916-17 la Liga se adhirió al programa de los hindúes; ambas asambleas llegaron a un acuerdo en lo referente a sus mutuas relaciones en la futura India y a su representación en las asambleas nacionales indias del porvenir. Así, pues, la dominación inglesa ha conducido poco a poco a hacer de los indios, antes desperdigados, sin un ideal común, una nación unida en espíritu, del mismo modo que hace mucho tiempo ya había labrado los fundamentos para la independencia material.

En los últimos tiempos el desarrollo político se ha proseguido con pasos de gigante. El sentimiento nacional de los indios, antes en lenta gestación, ha experimentado un impulso enorme gracias a la primera Guerra Mundial. Las circunstancias les obligaron en cierto modo a colaborar con sus dominadores en la gran empresa guerrera;

entraron en la guerra, no porque lo desearan o porque sintieran el patriotismo inglés, sino porque ello les era necesario. Por lo demás, la unión entre Inglaterra e India era quizá más necesaria para aquélla que para ésta.

La conciencia nacional aumentaba sin cesar, orientándose cada vez más en el sentido de que la antigua dependencia debía abolirse. Y al fin, el 20 de agosto de 1917 llegó la solemne declaración del Gobierno inglés, según la cual el objetivo de la política británica en la India había de ser en lo sucesivo llegar poco a poco a la autonomía administrativa; el país en un porvenir próximo contaría con un Gobierno responsable e independiente, aunque sin dejar de ser una parte integral del Imperio británico. En 1919 comenzó a regir la nueva Constitución, en virtud de la cual una parte considerable de la administración pasaba a manos de los indios.

Antes de que como una consecuencia de la citada Constitución surgieran a la vida la Asamblea del Imperio y la Popular, ocurrieron cosas de significación aún más decisiva para el desarrollo político. A causa de las agitaciones antibritánicas de carácter revolucionario, los ingleses, en 1919, introdujeron severas «medidas de excepción», que fueron recibidas por los indios con las mayores muestras de desagrado. Hubo tumultos populares sofocados enérgicamente. Al mismo tiempo el descontento se declaraba entre los mahometanos, pues pensaban que la política antiturca del Gobierno británico estaba en contradicción con los principios, sobre cuya base se habían prestado a ayudar al Imperio durante la primera Guerra Mundial. El resultado fué una desconfianza creciente acerca de las verdaderas intenciones del Gobierno británico y un movimiento anti-inglés de gran intensidad en toda la India. La principal figura de ese movimiento era M. K. Gandhi, quien creó el lema contundente de la «no cooperación»; los indios debían, sin realizar por lo demás ningún acto de violencia, negarse a cooperar con los dominadores en cualquier trabajo y rehusar todo pago de impuestos; de este modo pensaba Gandhi hacer imposible la dominación inglesa.

En las primeras elecciones de las dos Cámaras los nacionalistas, de acuerdo con los principios de Gandhi, se abstuvieron de toda participación y todos los mandatos

FIG. 37. Mahatma K. Gandhi

recayeron en los moderados. La prohibición de realizar actos de violencia no se observó. Grandes disturbios estallaron, cuya responsabilidad alcanzó a Gandhi a pesar de sus ideas. El Gobierno inglés le encarceló, condenándole a seis años de prisión.

A pesar de todo, la situación política era, al parecer, tranquila. Pero, en realidad, los ánimos estaban muy excitados; los revolucionarios de Moscou atizaban el fuego de la rebeldía, y la demanda de una completa independencia era cada vez más apremiante.

En las nuevas elecciones del año 1923, los nacionalistas habían desistido ya de la política de la no cooperación. Su intención ahora era debilitar al gobierno con una táctica de obstrucciones. Gandhi, que en tanto se había puesto a salvo, continuaba preconizando sus procedimientos de no cooperación.

La situación para los ingleses era la siguiente: Todos los indios, incluso los moderados, pedían la autonomía administrativa completa, sin restricciones, y a la mayor brevedad. Gandhi y sus partidarios y los extremistas querían romper todo lazo con Inglaterra: los primeros, mediante la no cooperación; los segundos, mediante su método de obstrucciones y de campañas violentas.

Pero Inglaterra no había vulnerado los principios de su declaración del año 1917. Su objetivo seguía siendo construir una India autónoma como un miembro más del gran Imperio mundial. Una comisión debía estudiar las líneas generales de este desarrollo. En verdad, la India podía mirar la fecha del 20 de agosto de 1917 como una de las más augustas de su historia.

En el pasado, como en el presente, han sido muchas veces los extranjeros los que han decidido de la suerte del país. Extranjeros eran quienes crearon la magnífica cultura indiana convertida en patrimonio del pueblo al convertirse en indios sus creadores. Otros han enriquecido, han profundizado dicha cultura y a la postre han pasado también a formar parte del pueblo indio. Los ingleses, finalmente, han aportado los elementos de la cultura material y precisamente porque no han llegado a fundirse con el pueblo dominado, éste ha adquirido la conciencia de su unidad nacional; frente al pueblo dominador, siempre extraño, las llanuras del Ganges y del Indo están presenciando por primera vez la soberbia gestación de una nacionalidad. Para que pueda prosperar, y sobre todo para que la cultura india pueda dar

nuevos frutos, es preciso que sus directores espirituales —indios— puedan ser los dueños de su propio país. El

Fig. 38. Rabindranath Tagore

que esto se verifique dentro o fuera del marco del Imperio británico es ya de menos importancia. Si la India llega a administrarse por sí misma, surgirá en seguida la cuestión de si tendrá los mismos derechos que las demás co-

lonias libres de Inglaterra a intervenir en los asuntos de interés general del Imperio. Sea como quiera, la situación actual no puede durar. La India sólo con repugnancia soporta ya la dominación extranjera. Quiere ocupar en el mundo culto el lugar que en justicia le corresponde. Y el día que lo consiga, la Humanidad civilizada saludará con gozo tamaño acontecimiento. No sólo porque es una pérdida muy sensible para la Humanidad que una antigua cultura como la índica se agote y pierda su capacidad creadora, sino también porque el espíritu indio, tan fecundo en el pasado, sigue siendo apto para proporcionar a la cultura actual inmensos valores de que está necesitada. Así lo demuestran el arte indio contemporáneo, lleno de vida y fuerza, y sus pensadores, cuya influencia alcanza incluso a nuestros países occidentales atacados del vértigo de un progreso más ficticio que verdadero; así lo anuncia al Universo la poesía sublime y profunda de un Rabindranath Tagore (1861-1941).

Apéndice

En el Congreso Nacional Indio del 8 de septiembre de 1920 el programa de resistencia de Gandhi incluía la retirada paulatina de los niños indios de las escuelas inglesas; el boicot gradual de los tribunales ingleses y el establecimiento de tribunales de arbitraje privados, para el arreglo de cuestiones industriales; la negativa a servir al Gobierno y a entrar en el Ejército o en cualquiera de los Consejos reformados y, en fin, el boicot de los géneros ingleses. No obstante, el 8 de febrero de 1921 el duque de Connaught abrió el Parlamento o Asamblea consultiva, en Delhi, y en agosto quedó completamente organizado el nuevo Gobierno. La visita del príncipe de Gales a la India en 1922 dió ocasión a nuevos disturbios en Bombay. Gandhi fué arrestado el 18 de marzo de 1922 y sentenciado a seis años de prisión. La guerra con el Afganistán terminó con el Tratado de paz del 8 de agosto de 1920; había comenzado en 1919

con la declaración de Amanullah del Afganistán de que iba a « librar a la India de los horrores de la revolución y de la tiranía inglesa ». A despecho del Tratado, las tribus fronterizas de los waziras y mahsuds renovaron sus ataques en octubre de 1920. En febrero de 1923 el Gobierno prometió seguir una política de protección a la industria, lo que, como oficialmente se dijo, marcaba una época en la historia fiscal de la India, cuyos recursos dependían hasta entonces de un modo muy principal de los derechos aduaneros y de consumo. En la reducción del presupuesto se tendió a una reducción del Ejército, a fin de equilibrar los gastos y los ingresos.

En las elecciones para la nueva Asamblea, los candidatos swarajistas, o sea el partido que tiende al establecimiento de un gobierno plenamente responsable, obtuvo 50 mandatos en un total de 145, y en las provincias su victoria fué mayor. La característica política de 1924 fué la creciente actividad revolucionaria, la actitud de obstrucción constitucional de los swarajistas en la legislatura y las medidas tomadas por el Gobierno para contrarrestar las tentativas hechas con objeto de imposibilitar la marcha administrativa del país. Con todo, en febrero se puso en libertad a Gandhi por motivos de salud, y durante el año se ahondó la separación entre sus partidarios y los extremistas. Savarka, complicado en la conspiración de Masik, fué puesto en libertad condicional. Al éxito de los swarajistas en las elecciones siguió en toda la India un aumento del deseo de revisar inmediatamente la Constitución, completar la autonomía provincial y hacer compulsar los gastos por la Asamblea. En las sesiones legislativas de Delhi los 45 swarajistas se coligaron con algunos liberales e independientes y quedaron, en la práctica, frente a frente sólo dos partidos: el del Gobierno y el no oficial, ante cuya oposición el gobernador hubo de hacer uso de sus facultades extraordinarias a fin de que no se suspendiera la marcha administrativa del país. Durante el mismo año (1924) hubo en Bengala gran actividad terrorista. Las cuestiones relativas al trabajo originaron también serios desórdenes.

En 1925 continuó la lucha entre el Gobierno y los no cooperadores, pero sin el carácter agresivo anterior. En 1926 una monzón favoreció enormemente las cosechas, a pesar de las inundaciones que ocasionó en Birmania, Bengala y Provincias Centrales; inauguráronse varios ferrocarriles eléctricos. La Gran Bretaña consiguió que se diese libertad a 3500 esclavos del valle de Hukawsing en Birmania, y que el Kan del Estado de Kalat, en el Beluchistán, aboliera la propiedad privada de esclavos; esta medida coincidió con la liberación de 60 000 esclavos en Nepal. En 1927 se inauguró el nuevo Palacio legislativo de Delhi. De 1928 a 1929 fué grande la actividad política inglesa, mediante la comisión presidida por Simon, y a la que se recibió con hostilidad en Lahor, Karachi, Pesehavar, New Delhi, Lucknow y Patna. La «Conferencia de todos los partidos» reunida en Bombay nombró un Comité, presidido por Motilal Nehru, encargado de redactar una constitución para la India con objeto de llegar a la completa independencia. La Constitución redactada por el Comité Nehru quisieron los partidos políticos imponérsela por fuerza a Inglaterra, siguiendo las sugestiones de Gandhi respecto a la desobediencia civil. Esta actitud se extendió provocando huelgas y cierres de fábricas. A pesar de todo, en esta época se llevaron a cabo varias obras y mejoras de interés público, como el canal Sarda, con 4000 millas de canales de riego (en la región de Oudh), y 15 000 millas de acequias, y el gran dique «King Emperor», de Calcuta. En 1929 se dejó sentir también la actividad de los agitadores, quienes propalaron la noticia de que los pathans secuestraban a los niños, lo cual originó contiendas, asesinatos y represalias entre hindúes y mahometanos. A consecuencia de esto fueron detenidos 31 jefes comunistas.

No terminado aún el gobierno de Baldwin y en vista de la intranquilidad industrial, se nombró una comisión regia bajo la presidencia de J. H. Whitley, destinada a estudiar las condiciones del trabajo; pero los indios se esforzaron en impedir su funcionamiento y se mostraron prontos a adherirse al secretariado de la Unión sindicalista *Pan-Pacific*. A consecuencia del informe de John Simon, lord Irwin, en un mensaje al pueblo indio, anunció, en nombre del Gobierno británico, que, a juicio de éste, la declaración de 1917 envolvía «la idea de que la consecuencia natural del progreso constitucional de la India implicaba la obtención de la categoría de Dominio».

Estas frases escandalizaron a la mayor parte de los miembros de ambas Cámaras, donde se llegó a decir que la Comisión Simon no estaba conforme con ellas, que Baldwin, hallándose de vacaciones en Francia, había dado su asenso condicionalmente suponiendo la aprobación de la Comisión, y que los jefes del partido liberal se oponían en absoluto a ellas. La situación se complicó con los manejos a que daba lugar la diversidad de aspiraciones de los partidos políticos. Una carta del primer ministro a Baldwin (16 de noviembre) en la cual se decía que la interpretación dada por el virrey a la promesa de 1917 era que no implicaba modificación alguna a la política de «realización progresiva de un Gobierno responsable» promulgada en el preámbulo a la Ley de 1919, la acogieron con gran satisfacción en la India los moderados; en una reunión de jefes políticos en New Delhi (1 y 2 de noviembre) se aprobó una proposición aceptándola condicionalmente, firmando, entre otros prohombres del Congreso, Gandhi, los dos Nehru y varios políticos liberales, como Sastri y Tej Bahadur Sapru. La noticia la saludaron cordialmente los maharajaes de Patiala y Bikaner y otros soberanos, así como muchas de las personalidades eminentes de la India.

Al volver de una jira por el S. de la India, lord y lady Irwin, en la mañana del 23 de diciembre llegaban en tren especial a New Delhi para fijar por vez primera su residencia en la *Viceroy's House*, recién equipada, cuando estalló una bomba que recordaba el atentado cometido el mismo día en 1912 contra lord Harding en su entrada en Delhi cabalgando en un elefante, para marcar el traslado de la capital allí desde Calcuta. La bomba, accionada por medio de un flexible conectado a una pequeña batería eléctrica, a unas 200 yardas de la línea férrea, voló una parte del tren; pero lord Irwin

y su séquito salieron indemnes. La misma tarde recibió lord Irwin la visita de Gandhi, Pandit Motilal Nehru (m. en 1931), Patel, Tej Bahadur Sapru y Jinnah. Instado por los dos primeros, en nombre del partido del Congreso, a que asegurase que el objeto de la Conferencia de la Tabla Redonda era redactar un plan del estado de Dominio, al que prestaría su apoyo el Gobierno de Su Majestad, el virrey declaró que era imposible prejuzgar la acción de la Conferencia ni restringir la libertad del Parlamento. Este fué el preludio de la efervescencia que reinó en la sesión del Congreso Nacional Indio en Lahore inmediata a la Navidad de aquel año, y en la que se desarrollaron escenas verdaderamente dramáticas. En ella se tomaron acuerdos de gran trascendencia, como el de un absoluto boicot a las legislaturas central y provincial y el de que los miembros presentes que a ellas pertenecían, dimitiesen. Autorizóse al Comité del Congreso *All-India* a lanzar programas de desobediencia civil, e incluso de resistencia al pago de tributos. El pleno de la sesión (inaugurada el 29 de diciembre presidida por Pandit Jawaharlal Nehru) aprobó dichas resoluciones, después de rechazar una enmienda que pretendía omitir la cláusula del boicot a las legislaturas. La Federación Nacional Liberal, reunida en Asamblea en Madrás (29 de diciembre), acogió con entusiasmo las manifestaciones hechas por el virrey y exhortó a todos los partidos a combinar sus esfuerzos para asegurar una Constitución basada en el estado de Dominio, con las salvaguardias y reservas necesarias en el período de transición. El presidente (Phiroze Sethna) dijo que la desobediencia civil descargaría sobre el país todos los males y horrores de un conflicto con el Gobierno, el cual tomaría, naturalmente, las medidas oportunas para hacer fracasar el movimiento sedicioso. De todo lo dicho puede deducirse lo crítico de las circunstancias en que comenzaba el año 1930. A la sesión del Congreso Nacional en Lahore, el día 1.° de enero, siguió un manifiesto declarando que el objeto del partido era la completa independencia de la India y que toda obligación o con-

cesión que la India independiente heredase se sometería a la fiscalización de un Tribunal independiente, el cual la rechazaría si no la hallaba justa o justificable. El día 26, designado como *Independence Day* (día de la Independencia) para hacer manifestaciones de este carácter en todo el país, discurrió sin incidentes, excepto el hecho de izar en los grandes centros urbanos la nueva bandera nacional. El 12 de marzo, Gandhi, con otros ocho voluntarios, empezó su marcha espectacular a pie (200 millas) desde su *ashram* (poblado), cerca de Ahmadabad, hasta Dandi, población de la costa de Surat. En las poblaciones por donde pasaba incitaba a los funcionarios públicos a abandonar sus puestos con objeto de paralizar la administración. Al llegar a Dandi (5 de abril) inauguraron su campaña contra la Ley, haciendo sal en la orilla del mar, y como de momento la policía apenas puso resistencia, al cabo de algunas semanas hubo un verdadero desenfreno de fabricación ilegal de sal en varios puntos de la región. Gandhi amplió su programa de desobediencia civil y autorizó una invasión no violenta en el depósito de sal que el Gobierno tenía en Dharsana por lo cual el 5 de mayo se le detuvo e internó en la cárcel de Yaravada, cerca de Poona. A pesar de esto, la campaña de desobediencia siguió adelante; pero hubo importantes elementos, entre ellos los mahometanos, que no se dejaron arrastrar hacia aquel movimiento subversivo. Las autoridades, por su parte, obraron con gran energía: tanto el presidente del Consejo (Pandit Jawaharlal Nehru) como su padre, el anciano Pandit Motilal Nehru, fueron encarcelados por infringir la Ley, aunque a las pocas semanas se libertó al segundo a causa de su poca salud; pero el movimiento insurreccional era muy intenso. En la noche del 18 al 19 de abril unos 100 rebeldes, armados con armas modernas, destruyeron la vía férrea, penetraron en el depósito de armas de la policía y se llevaron más de 1000 fusiles. Bombay fué el centro de la máxima agitación. Durante los nueve meses antes del 31 de diciembre 54 000 personas fueron convictas del delito de rebelión civil, y de ellas 23 000 estaban encarceladas al

terminarse el año. En la primavera ocurrieron dos hechos de especial gravedad: el primero fué (23 de abril) un grave tumulto en Peshawar, en el que las tropas inglesas e indias hubieron de defenderse en sus cuarteles contra el populacho incitado por el Congreso y los comunistas, que habían arrastrado al pillaje a los campesinos descontentos y a las tribus fronterizas. El segundo fué el ataque de Sholapur (en la Presidencia de Bombay) ocurrido el 8 de mayo, en que la plebe acometió furiosamente a la policía.

El estado caótico del país lo tuvo en cuenta G. Schuster, consejero de Hacienda, al presentar, a fines de febrero, el presupuesto. Éste presentaba un déficit de 795 000 libras esterlinas, y en él se proponía aumentar los derechos de importación del algodón en pieza de 11 a 15 %, para proteger la industria textil de Bombay, que sufría mucho de la competencia japonesa. En algunas partes de la Frontera NO. la situación era difícil, especialmente en Peshawar, Kohat y Bannu. Al experimentarse, a fines del verano, algún decaimiento en las actividades del Congreso, se renovó la campaña de los terroristas y anarquistas. De septiembre a diciembre fueron asesinados numerosos oficiales de la policía inglesa.

No faltaban, empero, patriotas que se interesaban por restablecer la paz y ponían medios para obtenerla. En la primavera se celebró una conferencia de todos los partidos no adheridos al Congreso, en la que se excogitaron fórmulas para acabar con aquella triste situación, y su labor no fué estéril. Aunque en la India no se dió acogida favorable al informe de la *Statutory Commission* (Simon), publicado el 10 y el 24 de junio, sin embargo, el discurso pronunciado por lord Irwin en la breve sesión de verano de la Legislatura india (9 de julio), para definir el fin y objeto de la Conferencia de la Tabla Redonda, que se había de reunir en Londres el otoño siguiente, hizo reaccionar saludablemente a la opinión nacionalista. Tej Bahadur Sapru aprovechó la oportunidad para obtener una reconciliación entre el punto de vista del Gobierno inglés y el de los jefes del Congreso, que se hallaban detenidos. A los negociadores de esta reconciliación se les dieron facilidades para ponerse al habla con Gandhi, y con ambos Nehru, y éstos fueron llevados a Poona para tratar con Gandhi. De nada sirvieron, sin embargo, estas diligencias: los elementos perturbadores seguían en su tarea, sacando partido de las dificultades económicas con que luchaban la clase media y los campesinos, aumentadas por el trastorno público y el descontento general. A esto añadieron la intensificación del boicot a las mercancías inglesas. El movimiento perjudicó notablemente al comercio británico de la India, el cual, por esta y por otras causas, sufrió terrible baja.

Bhupendra Nath Mitra fué nombrado en diciembre para el cargo de alto comisario de la India, cuyo ejercicio había de comenzar en julio de 1931. Su predecesor, Atul Chatterjee, llevó a feliz término la construcción de la nueva Oficina general, *India House*, en Aldwych, que había costado 324 000 libras esterlinas, y que el rey inauguró oficialmente el 8 de julio. Este acontecimiento fué un adecuado preludio para la convocación y reunión de la Conferencia de la Tabla Redonda, puesto que la *India House* aproxima la representación visible, directa del Gobierno de la India en Londres, a la de los demás dominios autónomos.

El día 5 de mayo, un terremoto destruyó en Birmania casi totalmente la antigua capital de Pegu. La noticia, propalada en diciembre, de que la Conferencia de la Tabla Redonda había aceptado en principio la separación de Birmania de la India, se recibió con alegría; pero poco después el pretendiente al trono birmano promovió una rebelión en el distrito de Tharrawaddy, en la que se cometieron grandes desafueros, muriendo asesinados gran número de oficiales del Gobierno, europeos y birmanos. En julio el Indo tuvo una gran crecida, inundando la ciudad de Shikapur (Sind). Más de 100 poblados quedaron cubiertos por las aguas, sufriendo enormes daños. En 1931 celebró sus sesiones en Londres la Conferencia de la Tabla Redonda, que fué interrumpida por la baja de la libra esterlina y la formación de un Gobierno nacional.

En abril de 1934 publicó Gandhi unas declaraciones recomendando a sus seguidores que abandonasen la política de desobediencia civil. Este gesto (dice Le Mois) estaba previsto hacía ya algún tiempo, puesto que una vez recobrada la libertad, el 25 de agosto del año anterior, había reducido su actuación a la defensa de los parias y colaboraba desde entonces con las autoridades inglesas en la obra de auxilio a las víctimas del terremoto de mediados de enero. Manifestó asimismo que había recomendado a sus amigos tomar parte en las elecciones legislativas y votar las candidaturas «swarajistas». Las autoridades inglesas correspondieron a la actitud de Gandhi poniendo en libertad a gran número de detenidos políticos y levantando la prohibición de la reunión del partido del Congreso. En Cachemira se publicó el estatuto de la nueva Asamblea legislativa, según el cual los diputados tienen el derecho de criticar el presupuesto y demás proyectos legislativos del Gobierno; pero el maharajá, que es el que nombra el presidente de la Asamblea, puede hacer caso omiso de las decisiones de la misma. El soberano nombra y destituye a los ministros, y son muchas las cuestiones que quedan fuera de la competencia de la Asamblea.

En los últimos días de noviembre de 1934 se publicó en Londres el informe de la Comisión mixta de lores y diputados sobre la reforma constitucional de la India. Este trabajo que, en colaboración, habían ejecutado dieciséis miembros de la Cámara de los Lores y dieciséis de la Cámara de los Comunes, pertenecientes a los tres partidos políticos ingleses, era una crítica del Libro Blanco publicado en 1933 y que contenía las grandes líneas de la reforma propuesta, a la luz de las tres conferencias de la Tabla Redonda, el informe Simon y otros estudios hechos para la reforma, a partir de 1927. El informe de la Comisión mixta aceptaba en conjunto el plan del Gobierno sobre este asunto, pero formulaba algunas reservas capitales que correspondían directamente a las principales críticas del grupo conservador, tales como el asentimiento del gobernador de cada provincia para toda la legislación relativa a cuestiones de

policía, el derecho del veto del virrey contra la eventual imposición de tarifas sobre mercancías procedentes del Reino Unido, etc. Entretanto se procedió en Inglaterra a la discusión sobre la reforma de la India. Terminado el debate en la Cámara de los Comunes el 13 de diciembre de 1934, comenzó en la de los Lores. La moción ministerial autorizando al Gabinete a proponer un proyecto de reforma en el sentido del informe de la Comisión mixta parlamentaria, se aprobó aquel mismo día por 410 votos contra 127. En la Cámara de los Lores la moción gubernamental destinada a preparar el camino para el *India Reform Bill* la presentó Lord Halifax, ministro de Instrucción Pública y ex virrey de la India, y la Cámara la aprobó el 19 de diciembre por 239 votos contra 62.

Al empezar el año 1935, el virrey de la India, ante los rumores de una posible actitud de desobediencia civil por parte de Gandhi, dirigió un aviso secreto al mahatma amenazándole con un severo castigo en caso de que llevara adelante su proyecto de resucitar el movimiento de desobediencia civil. Al anunciar el año anterior Gandhi, en nombre del Congreso panindio, que iba a cesar el movimiento de desobediencia, se había reservado el derecho de practicar personalmente la desobediencia con miras a la independencia del país. Esta reserva, naturalmente, inquietaba al virrey, el cual, por lo mismo, insistía en la prohibición hecha al mahatma de ponerse al frente del movimiento de desobediencia. La negativa del virrey de que Gandhi visitase la Frontera del NO. se explicaba por el recelo de que su presencia tuviese repercusiones revolucionarias en aquella región. En efecto, la correspondencia cruzada entre el mahatma y el virrey confirmaba esta posibilidad. El mahatma persistía en su idea de desobediencia civil, «derecho que el hombre posee (decía él) por nacimiento» *(Archives Contemporaines)*.

El 25 de enero de 1935 y bajo el título de *Government of India Bill*, se publicó el proyecto de reforma constitucional de la India. Comprendía 451 cláusulas y 15 apéndices y formaba un volumen de más de 300 páginas. Ateníase con bastante exactitud al informe emitido

por la Comisión mixta parlamentaria, publicado el 21 de noviembre anterior, o sea separando Birmania de la India, instituyendo 11 provincias autónomas de la India británica y estableciendo una federación india que abarcaba la India británica y los Estados indios vasallos de la Gran Bretaña. En aquella ocasión, el virrey, lord Willingdom, pronunció en la Asamblea de Delhi un discurso en el que invitó a los representantes de la India a cooperar lealmente con el Gobierno para la aplicación de la reforma constitucional. Este proyecto se aprobó en segunda lectura en la Cámara de los Comunes con 271 votos de mayoría. Por su parte, los príncipes indios, reunidos en Patiala, resolvieron unánimemente rechazar el proyecto de federación incluído en el proyecto gubernamental para la Constitución india. Contra el mismo proyecto gubernamental se rebelaron los príncipes porque (decían) no respetaba el acuerdo pactado como consecuencia de las discusiones habidas entre los representantes de sus Estados y los miembros del Gobierno británico; «los príncipes estimaban que bajo la forma actual y sin una modificación y una alteración satisfactoria de los puntos fundamentales, los Estados indios no podían considerar aceptable el *bill* de la India». Semejante y hasta más enérgica repulsa había recibido el proyecto en la Asamblea legislativa de Delhi (7 de febrero), en la que se había aprobado, por 74 votos contra 58, una moción en que el proyecto de Constitución india se calificaba de fundamentalmente malo y totalmente inaceptable por la población de la India inglesa. El Gobierno británico, a pesar de esta manifiesta obstrucción, sometió el proyecto a la sanción regia, que obtuvo el 2 de agosto, adquiriendo automáticamente fuerza de ley. A los pocos días, el 7 de agosto, se nombró virrey de la India a lord Linlithgow, como sucesor de Lord Willingdom y con encargo especial de vigilar las primeras fases de la aplicación de la reforma constitucional en la India. El nuevo virrey, que ya en 1926 había sido presidente de la Comisión regia de Agricultura de la India, en aquellos últimos años lo había sido de la Comisión mixta parlamentaria de lores y diputados que desde marzo de 1933

a noviembre de 1934 habían estudiado y redactado luego el proyecto que ahora era ley y se trataba de poner en ejecución.

En 1935 la India sufrió terribles sacudidas sísmicas. El 30 de mayo, a las 3 de la madrugada, ocurrió en el Beluchistán un violento terremoto, que destruyó la población de Quetta. El número de víctimas alcanzó a unas 30 000.

Quedaron devastadas otras poblaciones del Beluchistán, entre ellas Mastug y Kancahar, esta última en Afganistán. Fué el mayor desastre registrado desde el 15 de enero de 1934, en que análogo accidente destruyó 12 poblaciones de la provincia de Biar.

Para terminar este *Apéndice* baste decir que al estallar la segunda Guerra Mundial se agravó la situación política de la India, esforzándose los independientes en sacar provecho de la difícil posición del Imperio británico en el Extremo Oriente, y el Gobierno inglés en hacer alentadoras promesas para cuando terminase el conflicto.

BIBLIOGRAFÍA

En la nueva edición de la *Imperial Gazetteer of India*, Oxford, 1907-1909, podrá encontrar el lector un abundante material sobre la India de nuestros días y un resumen de su historia y su cultura. En especial los primeros cuatro tomos son dignos de elogio. Manuales más detallados que conciernen a las distintas provincias se están publicando poco a poco. También son importantes los censos demográficos *(Census of India)* que aparecen cada 10 años. Sobre la población india tratan las obras de W. Crooke, *Natives of Northern India*, Londres, 1907, y de H. H. Risley, *The People of Northern India*, Calcuta, 1908. Un resumen sobre el mismo tema nos ofrece Athelstane Baines en el tomo II de *Elementos sobre la filología indo-aria y el conocimiento de la antigüedad* (GJAPA). *Ethnography*. En especial, sobre las castas existen excelentes recopilaciones de D. C. Ibretson, *The races, castes and tribes of the Panjab*, en *Report of the Census of the Panjab*, 1881, Lahore, 1883, y de J. C. Nesfield, *Brief view of the caste system of the North-Western Provinces and Oudh*, Allahabad, 1885. Consúltese también E. Senart, *Les castes dans l'Inde, les faits et le système*, Paris, 1886, así como el artículo de H. Oldenberg, *De la historia del régimen de castas en la India*, aparecido en la Revista de la Sociedad alemana de los Países Orientales, vol. 51, pág. 267. La *Linguistic Survey of India*, de Steen Konow y G. A. Grierson, editada por este último, ofrece un compendio gramatical y suficientes documentos idiomáticos acerca de los distintos idiomas indios.

Acerca de las religiones en la India, véase A. Barth, *Les religions de l'Inde*, Paris, 1879, traducida al inglés por J. Wood; E. W. Hopkins, *The religions of India*, Boston, 1895; Edmund Hardy, *Indische Religionsgeschichte*. Leipzig, 1898 (colección Göschen). Muy importantes suplementos a esta cuestión se encuentran en la obra de conjunto *Encyclopaedia of Religion and Ethics*. Para la antigua religión de los vedas, consúltese a H. Oldenberg, *Die Religion des Veda*, Berlin, 1894, con una nueva edición en 1917; Edmund Hardy, *Die vedisch-brahmanische Periode des Religion des alten Indiens*, Münster i. W., 1893, y para la mitología A. Hillebrandt, *Vedische Mythologie*, Breslau, 1891-1902, con una pequeña edición en 1910. El tránsito a los periodos posteriores lo trata Oldenberg, en su obra *Die Philosophie der Upanishaden und die Anfänge des Buddhismus*, Göttingen, 1915. Véase además H. Jacobi, *Des Ursprung des Buddhismus aus dem Sankaya-Yoga*, Göttinger Nachrichten, 1896. Al Budismo está dedicado exclusivamente un tomo de la colección Teubner, debido a la pluma de R. Pischel, donde se dan los más extensos pormenores literarios. La doctrina yainista se desarrolla en la obra de A. Warren, *Jainism in Western Garb*, Madrás, 1912, y la religión de los sikhs en las de E. Trumpp, *Die Religion der sikhs*, Leipzig 1881; M. A. Macauliffe. *The Sikh religion, its gurus, sacred writings and autohrs*, Oxford, 1909. Para el hinduismo consúltense: Monier Williams, *Brahmanism and*

Hinduism, 4.ª edición, Londres, 1891; W. Crooke, *The popular religion and folklore of Norther India*, Westminster, 1896; A. C. Lyall, *Asiatic Studies, religions and social*, 2.ª edición, Londres, 1907; Garbe *Indien und das Christentum*, Tubingen, 1914; Chantepie de la Saussaye, *Lehrbuch der Religionsgeschichte*, Tübingen, 1905.

La filosofía, tan íntimamente ligada a la religión, la trata P. Deussen, *Geschichte der Philosophie mit besonderer Berücksichtigung der Religion*, vol. I, 1-3 Leipzig, 1906-1908; Luigi Scali, *Introduzione allo studio della Filosofia Indiana*, Pavia, 1913, y varias monografías sobre cada uno de los sistemas filosóficos.

Obras maestras sobre el sistema administrativo, son las de John Strachey, *India, its administration and progress*, Oxford, 2.ª edición, 1911; E. Ilbert, *The Government of India*, Oxford, 2.ª edic., 1907. D. H. Baden Powell, *The Indian village community*, Londres, 1896, y *The origin and growth of village communities in India*, Londres, 1908.

Para la historia antigua, la obra maestra es la de Chr. Lassen, *Indische Altertumskunde*, Leipzig, 1858-1874. También son dignos de mención: Vincent Smith, *Early History of India*, Oxford, 3.ª edición, 1914; T. W. Rhys Davids, *buddihst India*, Londres, 1903. Para la historia de la civilización, son importantes las de H. Zimmer, *Altindisches Leben, Die Kultur der vedischen Arier, dargestellt nach der Samhitas*, Berlin, 1879; R. Fick, *Die Soziale Gliederung im nordöstlichen Indien zu Buddhas Zeit*, Kiel, 1897.

Para la literatura, consúltense: Max Müller, *A History of Ancient Sanskrit Literature*, Londres, 2.ª edición, 1860; A. Weber, *Academische Vorlesungen über indische Literaturgeschichte*, Berlin, 2.ª edición, 1876; L. v. Schroeder, *Indiens Literatur und Kultur in historischer Entwicklung*, Leipzig, 1877; M. Winternitz, *Geschichte der indischen Literatur*, Leipzig, 1905. R. Pischel nos ha legado un corto resumen en *Die orientalischen Literaturen*, Berlin-Leipzig, 1906.

En cuanto a obras científicas, se consultará con fruto una de G. Thibaut, sobre astronomía, astrología y matemáticas, así como otra de J. Jolly, referente a medicina, pertenecientes todas a la colección GJAPA. En la misma encontraremos tratados sobre las religiones, los sistemas filosóficos, los antiguos libros de Derecho, la ciencia del idioma, etc. Sobre arquitectura, tenemos la obra de J. Fergusson, *History of Indian and Eastern Architecture* (revisada y editada por James Burgess y R. Phené Spiers). Londres, 1910. Las publicaciones de la *Archaeological Survey of India*, nos suministran muy valiosos complementos a esta rama de la ciencia indiana. Sobre arte, existen libros de A. Grünwedel, *Buddhistische Kunst in Indien*, Berlin, 1900; A. Foucher, *L'art greco-bouddhique du Gandhara*, I, Paris, 1905; E. B. Havell, *Indian Sculpture and Painting*, Londres, 1908; Vincent Smith, *A History of fine art in India and Ceylon*, Oxford, 1911. Para la historia de la India musulmana, la obra maestra es la de H. M. Elliot, *The History of India told by own historians. The Muhammadan period*. Ed. by John Dawson, I-VIII, Londres, 1867-1877. Además, existen las de M. Elphinstone, *The history of India. The Hindu and Mahometan Periods*, Londres, 6.ª edición, 1874; Stanley Lane-Poole, *Mediaeval India under Mohammedan Rule*, Londres, 1914. La poesía de los dialectos, que floreció en este periodo, la analiza magistralmente G. A. Grierson, *The modern vernacular literature of Hindustan*, Calcuta, 1889. En cuanto a la historia de la India británica, léase a James Mill, *The history of British India*, Londres, 1840; M. Elphinstone, *The rise and expansion of the British dominion in India*, 5.ª edición, Londres, 1911; Sten Know, *Indien*

unter der englischen Herrschaft, Tubingen, 1915. Por último, sobre el movimiento nacionalista indiano, la obra cumbre es la de VALENTINE CHIROL, *Indian Unrest*, Londres, 1910, aunque el problema se estudia totalmente desde el punto de vista británico.

Consúltense además las siguientes obras, más modernas:

Geología: D. N. WADIA, *Geology of India*, 1926.

Etnografía: ROLAN B. DIXON, *Racial History of Man*, 1923; A. C. HADDON, *The Races of Man*, 1924.

Historia: Sir VERNEY LOVETT, *India*, 1923; Sir V. CHIROL, *India Old and New*, 1921; *India*, 1926.

Política: L. CURTIS, *Dyarchy*, Oxford, 1920; E. A. HORNE, *The political System of British India*, Oxford, 1922; Sir C. ILBERT, *The Goverment of India*, Oxford, 1922; ILBERT y MESTON, *The new Constitution of India*, 1923.

Problemas actuales: Sir VERNEY LOVETT, *History of the Indian National Movement*, 1920; y, como estudios sobre la psicología india, la trilogía de LORD RONALDSHAY: *Lands of the Thunderbolt*, *India; a Bird's-eye View* y *The Heart of Aryvaria*, 1923-1924.

Economía y Hacienda: Dr. P. P. PILLAI, *Economic Conditions in India*, 1925; GYAN CHAND, *Financial System of India*, 1926.

Arte: V. CHRISTIAN, *Die Beziehungen der altmesopotamischen Kunst zum Osten* en *Wiener Beiträge zur Kunst und Kulturgeschichte Asiens*, I, 1926; A. GODARD, V. GODARD y J. HACKIN, *Les antiquités bouddhiques de Bamiyan*, 1927; V. GOLOUBEW, *Documents... d'Ajanta. Les peintures de la première grotte*, 1926; H. V. GLASENAPP, *Helige Statten Indiens*, 1928.

Arquitectura: P. K. ACHARYA, *Indian architecture according to the Manasara*, 1927; *A Dictionary of Hindu architecture*, 1927; *Architecture of Manasara*, 1928; B. B. DUTT, *Town Planning in Ancient India*, 1925.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ILUSTRACIONES

El paradisíaco valle de Cachemira, bañado por el río Jehlam

I

Aspecto de la vida agrícola y minera, en la India

Progresos de la ingeniería india: Puente de madera en el valle de Cachemira. Viaducto metálico en la garganta de Goklek (Birmania)

Vista parcial de una de las torres del templo de Madura

Cremación de cadáveres, a orillas del Ganges, en Benarés

Kioscos exteriores de las tumbas reales de Ulwar

Templo yaino, uno de los grandes centros del culto, en Calcuta

Interior del templo de Dilwarra, Monte Abú

Estatuas de Budha que sirven de ornato en los templos y lugares sagrados de la India

La estación Victoria-Terminus, en Bombay

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

247. Instituciones romanas (2.ª ed.) .... L. Bloch
249. Despoblación y colonización (2.ª ed. en prep.) S. Aznar
250-252. Geografía de la Rusia soviética, I-II (2.ª ed. en prensa) .... E. F. Lesgaft
253-254. Países escandinavos .... H. Kerp
255-256. Derecho mercantil comparado (3.ª ed.) ... A. Vicente y Gella
257. Metafísica (2.ª ed. en preparación) .... H. Driesch
258-259. Literatura dramática española .... A. Valbuena
260-261. Historia de la Literatura griega (2.ª ed.) .. W. Nestle
263. La Pintura alemana .... A. L. Mayer
264. Música bizantina .... E. Wellesz
265-266. Armonía y modulación (2.ª ed.) .... H. Riemann
267-268. Historia de Grecia (2.ª ed.) .... J. Swoboda
269-270. Historia de Roma (2.ª ed.) .... J. Koch
271. Geografía de la Argentina (2.ª ed.) ...... Franz Kühn
272-273. Geología, III .... F. Frech
274. Morfología y Organografía de las plantas .. M. Nordhausen
275. Geografía de México .... J. Galindo Villa
276. Los vertebrados terrestres .... L. Lozano Rey
277. Pestalozzi (2.ª ed. en preparación) .... P. Natorp
279. Literatura sueca .... H. de Boor
280. Literatura noruega .... H. Beyer
281-282. Arte francés .... P. Guinard
283. Arte súmero-acadio .... E. Unger
284. Música de Oriente .... R. Lachmann
285. Manual de la Melodía .... E. Toch
286. Instituciones griegas .... Maisch-Pohlhammer
287. Los orígenes de la Humanidad (2.ª ed. en preparación) .... R. Verneau
288. Geografía de Bolivia y Perú .... W. Sievers
289. Geografía de Ecuador, Colombia y Venezuela. W. Sievers
290. Geomorfología .... S. Pasarge
292. La Industria .... W. Sombart
293. El cuerpo humano (2.ª ed. en preparación). Ch. Champy
294. Los microbios .... P. G. Charpentier
295. Geografía humana (2.ª ed.) .... N. Krebs
296. El espíritu de las ciudades: Ideales de la Edad Media, III .... V. Vedel
297-298. Filosofía natural .... F. Lipsius-K. Sapper
301-302. Filosofía de la Historia (2.ª ed. en prep.). H. Schneider
303. Juan Federico Herbart .... Th. Fritzsch
304. Vida monástica: Ideales de la Edad Media, IV .... V. Vedel
305. Organización del trabajo intelectual (2.ª ed.) P. Chavigny
306. Historia de Polonia .... A. Brandenburger
307. Arte asirio-babilónico .... E. Unger
308. Mitología nórdica .... E. Mogk
309. Arte egipcio .... H. A. Kees
310. Fundamentos de la Política .... H. v. Eckard
311. Vida económica de los pueblos .... F. Krause
313. Educación de la mujer contemporánea ... V. Mirguet
314. El Encaje en España .... C. Baroja
315-316. Historia de las Artes industriales, II ..... G. Lehnert
317-318. Esmaltes españoles .... V. Juaristi
319. La tonadilla escénica .... J. Subirá
320. Heráldica .... A. Armengol
321. Geografía de Australia y Nueva Zelanda . G. A. Melon
322. Derecho musulmán .... J. López Ortiz
323. Sociología .... L. von Wiese
324-325. Geografía de la Europa Central, I .... F. Machatschek
326-327. Geografía de la Europa Central, II .... F. Machatschek
330. La escuela nueva (2.ª ed.) .... L. Filho
331. Anormalidades mentales y educabilidad difícil de niños y jóvenes (2.ª ed. en prep.). Erich Stern
332. Historia de la Química .... Hugo Bauer
333. Psicotecnia (2.ª ed. en preparación) ...... Fritz Giese
334-335. Arqueología clásica .... J. Ramón Mélida
336-337. Historia de la Arquitectura española ..... Andrés Calzada

338. Cerámica española .... M. González Martí
339. Psicología del delincuente .... P. Pollitz
340-341. Física experimental, II .... R. Lang-B. Cabrera
342. Derecho administrativo .... Ludwig Spiegel
343-344. Derecho civil .... P. Oertmann
345. Doctrina social católica (2.ª ed.) .... Cuervo-Artajo
346. La situación espiritual de nuestro tiempo .. Karl Jaspers
348. Historia de Suiza .... Anton Largiadér
351. La herencia biológica .... G. Just
352-353. Historia de la Física .... A. Kistner
354. Educación cívica .... G. Kerschensteiner
355. Práctica de la orientación profesional .... A. Chleusebairgue
356-357. Los ornamentos sagrados en España ..... A. P. Villanueva
358-359. Historia del grabado .... F. Esteve Botey
360. Estética .... F. Challaye
361-362. Historia de la Filosofía (2.ª ed.) .... E. v. Aster
363-364. Rogerio Bacon .... A. Aguirre
365. Pedagogía sistemática .... W. Flitner
366. Psicología pedagógica .... O. Klemm
367-368. Los orígenes neolatinos .... Savi-López
369-370. Historia del Arte ruso .... V. Nicolsky
371-372. Historia del Arte hispano-americano ..... Miguel Solá
373-375. La Revolución Francesa, I-II-III .... A. Mathiez
376-377. La Riqueza .... Edwin Cannan
378-379. La Economía nueva .... Maurice Colbourne
380. Teoría económica de las explotaciones (2.ª ed. en preparación) .... K. Mellerovicz
381-382. Filosofía moral .... Félicien Challaye
383. Introducción a la Lógica moderna .... David García
384-385. Derecho español del Trabajo .... A. Gallart
386. Teoría del proceso .... J. Goldschmidt
387-388. Derecho internacional privado .... M. Wolff
389. La Ley, de Santo Tomás de Aquino ...... C. Fernández Alvar
390. Metodología de las ciencias .... Félicien Challaye
391-392. Arte precolombiano .... Miguel Solá
393. Los Incas .... A. Capdevila
394. Un milenio de vida griega antigua .... E. Bethe
395-396. Introducción al estudio de la Historia .... E. Bernheim
397. Teoría y prácticas ornamentales .... F. Pérez Dolz
398. Filosofía del Derecho .... M. E. Mayer
399-400. Introducción a la Ciencia financiera ..... K. Englis
401-402. La Poesía lírica española .... G. Díaz-Plaja
403. Los mayas .... M. Soto-Hall
404. Introducción al estudio de la Música ..... J. J. Mantecón
406. El Ritmo en la educación de la infancia. J. Llongueras
407. El Atlántico .... W. Siewert
408-409. La Música religiosa en España .... A. Araiz Martínez
410-411. Historia de la Economía, II .... H. Sieveking
412-413. Historia del Romanticismo en España .... J. García Mercadal
414. Organzación y eficiencia profesional ..... J. Vicens Carrió
415. Los grandes mercados de materias primas. F. Maurette
416-417. Tratado de Armonía, I .... J. Zamacois
418. Historia de la Lingüística .... G. Thomsen
419. El Canto gregoriano .... G. Prado
424. Geografía e Historia de Andorra .... J. Corts
428. La inteligencia y la cultura en el grafismo. Matilde Ras
429. Historia de la Música teatral en España .. J. Subirá
430-431. Tratado de Armonía, II .... J. Zamacois
432-433. Budismo .... P. P. Negre

NUEVOS VOLÚMENES EN PREPARACIÓN